

JORGE BARADIT



HISTORIA SECRETA
DE CHILE 2

Índice

Cubierta

Prólogo

¿Es Bernardo O'Higgins el libertador de Chile?

Terremoto de 1960, un sacrificio humano en Puerto Saavedra

El Estado chileno persiguió brujos en Chiloé

¿Hubo un Movimiento Nacional Socialista en Chile?

Los símbolos de poder chilenos

¿Quién es el niño del cerro El Plomo?

La Primera Guerra Mundial también se peleó en Chile

La niña de Portales

El Estado chileno autorizó zoológicos humanos

Pinochet no fue el líder del golpe

Bibliografía

Invitación

Créditos

Con ley o sin ella, esa señora que llaman la Constitución hay que violarla cuando las circunstancias son extremas.

DIEGO PORTALES

Solo un régimen autoritario... que no represente a la mayoría sino a los mejores, puede implantar orden, jerarquía y disciplina.

JORGE HÜBNER,
diputado de la República por
Santiago Centro (1961-1965)

La patria no hace al soldado para que la deshonre con sus crímenes, ni le da armas para que cometa la bajeza de abusar de esas ventajas ofendiendo a los ciudadanos con cuyos sacrificios se sostiene. La patria no es abrigadora de crímenes.

JOSÉ DE SAN MARTÍN

PRÓLOGO

De algún modo, un país es como una persona: tiene identidad, memoria, dolores y esperanzas. Cualquier psicólogo te dirá que para alcanzar la sanidad mental, una persona debe evitar esconder aquello que odia de sí misma, y menos olvidar y enterrar esos hechos traumáticos que la marcaron. La sanidad se encuentra abrazando luces y sombras, reconociendo los propios errores, asumiendo culpas y abriéndose a la pena y el perdón. Si no, surge la neurosis o, peor aún, el riesgo de caer en el ciclo enfermo del desmemoriado que tropezará una y otra vez con la misma piedra.

Si esto es así, Chile necesita un psicólogo con urgencia.

La historia que nos contaron en la escuela hace veinte o treinta años está plagada de omisiones y tergiversaciones acomodaticias, que esconden lo inconveniente y pulen lo demás como un pedazo de mármol muerto e inamovible.

Pura esquizofrenia.

Recuerdos incompletos.

Aparte de las simplificaciones torpes y los afanes pedagógicos moralistas, este país pequeño y joven que se encontró de pronto con su independencia caída del cielo, a raíz de un hecho fortuito en Europa, necesitó con urgencia un relato que lo cohesionara y le diera un esbozo de identidad, uno lindo y positivo, un cuento de hadas con el que nos sintiéramos cómodos. El Estado de Chile, los planes de estudio de antaño, medios de comunicación sesgados y los intereses de cierta élite de imponer su visión fueron los responsables de ir diseñando un relato de corte mítico y heroico lleno de superhéroes inmaculados, gestas épicas y catástrofes de las que surgíamos «siempre vencedores y jamás vencidos», pero a la vez escondiendo esos hechos oscuros donde no nos veíamos tan amables, metiendo bajo la alfombra las bestialidades, los motines, las decenas de golpes de Estado, las más de veinte masacres cometidas por las autoridades contra su propia gente: el historial de injusticia y muerte que cuelga desde el costado del país.

Otro objetivo al omitir esos pasajes es proteger las instituciones. Este es un país legalista que cree que sus instituciones son la patria y están por encima de las personas, como si fueran los muros de una casa los que construyen el hogar y no su familia. No entienden que proteger las instituciones no significa esconder sus pecados. Como si esconder a sus torturadores, sus corruptos y sus pedófilos los hubiera llevado a algún lado.

En ese sentido, este libro no busca reemplazar ningún discurso porque no tiene la autoridad para ello, sino indicar que a la gente como nosotros nos faltan piezas para terminar de armar ese rompecabezas donde se va a dibujar la cara de quienes somos. Este libro se cimenta sobre el trabajo de muchos que investigaron y revisaron las fibras de nuestra historia cuidadosamente, es de ellos el mérito. La bibliografía de este volumen es además de un homenaje una lista de lectura sugerida.

Los historiadores chilenos han producido una amplia gama de grandes trabajos e investigaciones, arrojando diferentes puntos de vista sobre quiénes hemos sido en este corto camino. Ellos reconocen que no han habido tantos mecanismos de divulgación exitosos orientados a la gente. Esto hace que la gran versión circulante de nuestra historia sea la sesgada y construida por la élite dominante. Es ahí donde se

ha producido la instrumentalización, el cálculo político y la omisión, mutilando la historia y convirtiéndola a veces en un manojito de relatos patriotericos y adoctrinamiento funcional a sus intereses. Es por esto que la gente de nuestra edad no se enteró en las aulas de la masacre de obreros en la escuela Santa María sino a través de un músico, Luis Advis; o de la explotación salvaje de los mineros del carbón sino por un escritor, Baldomero Lillo; o de la opresión al pueblo mapuche sino con las canciones de Violeta Parra. Es por esta visión sesgada que le ha llegado históricamente a la gente que hablamos de *posesión* de Isla de Pascua y no de *colonización*; es en ellos donde se hablaba de *pacificación* de la Araucanía para referirse al proceso de invasión, masacre y saqueo al pueblo mapuche; es en esa visión oficial donde se rechazó hablar de genocidio selk'nam por los efectos que podría traerle al Estado en términos de reparación a sus descendientes. Es en esa fragua donde se tergiversa a los próceres para convertirlos en vehículos de valores funcionales a los objetivos de la élite, y un Arturo Prat, progresista y laico, termina convertido en un santo emblema de los conservadores católicos; o se les desactiva, como a esa lesbiana, moderna y feroz crítica de la explotación del hombre por el hombre, Gabriela Mistral, reconvertida en una viejecita compositora de rondas infantiles. Todo para blanquear y proteger las instituciones y a la clase productora, orientar el relato según su conveniencia.

Y fue así como hablar de lo mal que nuestras instituciones, algunos héroes y prohombres pudieron haberlo hecho a lo largo de nuestra historia se volvió equivalente a atentar contra el proyecto nacional, una forma de traición. Y es así como tuvimos que cantarles himnos, desfilar o celebrar nombres que no podían ser cuestionados; transitar por calles que llevan nombres de asesinos y explotadores, la mayor parte de las veces sin saberlo. Porque no es conveniente enterarse, porque *para qué revivir el odio*.

Por supuesto que ha habido avances en las últimas décadas, en los primeros años del 2000, incluso en las reformas del año 2013, cuando se buscó ajustar los contenidos y ampliar la visión hacia un ángulo más inclusivo dentro del contexto mundial. Pero hablo por las omisiones que flotan en el grueso de la población que no ha accedido a esos cambios, aún incompletos.

Priman los nombres de los vencedores, porque desde los inicios se ha vivido una guerra sorda y desigual en nuestro territorio. Una pugna entre un grupo con necesidad de reformas y otro empeñado en bloquearlas. Entre un pueblo que busca su dignidad y la respuesta violenta de un Estado al servicio de la élite, una y otra vez. Porque desde la génesis misma de ese Estado resuena la voz de Diego Portales insistiendo en que en Chile la legalidad puede y DEBE ser quebrada si está en juego la *estabilidad*. Esa idea ha legitimado matar a miles de chilenos a lo largo de nuestra historia en nombre de la *estabilidad* necesaria para producir.

La *estabilidad*, esa palabra. Como el *orden*, que menciona el historiador Gabriel Salazar en sus trabajos.

Chile y sus permanentes terremotos deben estar en la base de ese profundo amor por la estabilidad que profesa nuestra élite. Cuando nos repiten hasta la náusea «Chile es admirado en el extranjero por su estabilidad», se refieren a la estabilidad para los negocios, mantenida muchas veces a través de la violencia contra su propia gente.

Porque Diego Portales era básicamente un comerciante enojado que quería que lo dejaran hacer negocios en paz y su gran idea fundacional, la que pende sobre la cabeza de los chilenos desde entonces, es que se necesita orden para producir aún por encima de los derechos civiles de las personas. Idea que ha legitimado la explotación del hombre y la naturaleza de maneras irracionales. A fines del siglo XIX, el diputado Manuel Antonio Matta rechazó un proyecto de ley sobre cierto tipo de trabajo en las minas porque, según él, afectaría a las familias más pobres. «El salario que estos ganaban constituía un recurso del cual NO ERA JUSTO privar a sus familias», explicó en el Parlamento. Ese proyecto de ley era sobre trabajo infantil.

Pero estar a favor de los derechos civiles no es estar en contra del crecimiento. Aunque nos hayan dicho que son contrapuestos a lo largo de toda nuestra historia, son compatibles. Solo la avaricia extrema que nos posee es incompatible con el respeto a las personas, y se han usado todas las herramientas para imponerla.

En el libro anterior lo comentábamos: nuestros uniformados han matado a más chilenos que a soldados extranjeros, porque han estado más cerca del Ministerio del Interior que de la Cancillería, siendo garantes de esa *estabilidad* con la que tantas gárgaras hacen nuestras autoridades.

«¡Orden y Patria, por la Razón o la Fuerza!» parece ser nuestro único lema. El *orden* del *statu quo* que se opone al *caos* con que se identifica a cualquier movimiento que proponga algún cambio en las condiciones del contrato.

«Orden o caos» parecen ser las alternativas blanquinegras para un pueblo postergado e inquieto. Y así nuestra historia se vuelve pendular, viciosa; una especie de «día de la marmota», donde una y otra vez la gente se organiza para ganar dignidad en una partida de ajedrez en la que siempre pierde. Porque incluso cuando parece que va a ganar, el oponente simplemente se ha puesto de pie, ha pateado el tablero y le ha pegado un tiro como último argumento. Y vuelta a cero.

Porque cuando la élite chilena se ha visto amenazada en eso que llama «orden y estabilidad», tan conveniente para ella, simplemente ha exacerbado el miedo al caos en el corazón asustadizo de sus empleados, o ha complotado para producirlo artificialmente y legitimar el uso de la violencia para recuperar el control.

Chile-Sísifo.

Sendero inconcluso como su geografía que camina hacia el sur, hacia la *Terra incognita*, la luminosa Ciudad de los Césares, la utopía que de pronto le estalla en las manos en mil islas y esquirlas a la altura de Puerto Montt, y vuelta a Arica.

Porque la violencia no solo ocurrió en 1973, sino muchas otras veces a lo largo de nuestra historia y en diferentes magnitudes. En Santa María de Iquique, en la plaza de Antofagasta, en el puerto de Valparaíso, en terrenos de Forrahue, en Coyhaique, en Punta Arenas, en las salitreras La Coruña y San Gregorio, en los campos de Ranquil, en Puerto Montt y en muchos otros lugares que no quieren que recordemos. «Para qué reabrir viejas heridas», «por qué no dar vuelta la página», dicen, cuando nunca hay que dar vuelta la página hasta no haberla leído completa; siempre que alguien te invita a mirar solamente hacia el futuro es porque algo tiene que esconder del pasado.

La historia está viva, no son momias secas colgando en algún museo. No es un conjunto de datos ajenos, es la sangre de nuestros antepasados. En tu ADN están los que subieron el morro de Arica muertos de susto y determinación, los que cabalgaron bayoneta en mano en Maipú, y esos que entraron a machetazos en los bosques vírgenes del sur del mundo cuando nadie sabía lo que había más allá de Aysén. En tu cuerpo está el cuerpo de los que se batieron en Placilla defendiendo a un presidente que quería que nuestras riquezas le pertenecieran al pueblo chileno, tragedia que también terminó en suicidio por un alzamiento militar; quizá tu sangre estuvo sobre la *Esmeralda*, bajo las rocas en Lota o como la mía, que vivió una vida de mierda en una salitrera cerca de Iquique a principios del siglo xx. Porque la historia es autobiografía. Nuestros abuelos abrieron la tierra para extraer piedra y semilla, o para enterrar a sus hijos. La historia de Chile es la historia de tu familia. Creo que de eso hablaba Allende en ese momento delirante en que las bombas caían y La Moneda estallaba en pedazos, cuando como un profeta, transmitiendo por teléfono y onda corta sus visiones, dijo que «la historia es nuestra y la hacen los pueblos».

Quizá ese sea el valor real de este libro, haber utilizado las herramientas de la narración para crear un vínculo emocional entre el lector y la historia de su país, para hacerla vivir en estas páginas. La literatura

consigue eso, te pone en el lugar de otro y te hace sentir las balas y el olor a humo, el dolor y la venganza, las emociones de las que están hechos los eventos que nos construyen. Soy escritor, y desde ahí veo el valor de estos capítulos. Un puente para investigar más en libros que profundizan sobre lo expuesto, para hacerse de criterio y para tener opinión propia.

La historia sigue ocurriendo, se repite, por eso es necesario conocerla y discutirla. La historia es política, se debate, está viva. Quizá de ahí extraigamos nuestros errores y aciertos para tomar decisiones. Porque solo si sabemos quiénes realmente fuimos sabremos quiénes somos, y solo así podremos decidir lo que queremos y lo que no para nuestro futuro.

En el libro anterior analizamos el simbolismo de nuestra bandera y en particular el de la estrella en su costado superior. Algo muy significativo se nos quedó en el tintero en aquella ocasión. La estrella de cinco puntas tiene otro significado más en el mundo de los símbolos: si la miran bien, es un ser humano con piernas y brazos extendidos, pleno, luminoso. Entonces, si lo pensamos, en la bandera que nos regalaron quienes fundaron este sueño, Chile, no hay un signo monetario o una bravata totémica, está la persona como centro escondido de nuestro relato histórico. Y quizá sea esa la verdadera *Historia secreta de Chile* por develar: que el *sendero inconcluso* que caminamos tiene por destino no la producción ni el crecimiento desatados, sino la plenitud de las personas, pero la de todas. Con esta idea en mente, qué distinta debería ser la historia que comencemos a escribir juntos, fraternalmente, de ahora en adelante.

SAN PEDRO DE LA PAZ, CONCEPCIÓN
ABRIL DE 2016

¿ES BERNARDO O'HIGGINS EL LIBERTADOR DE CHILE?

¿Recuerdas cuando tenías diez años y te contaban la maravillosa historia de nuestra independencia, esa de hombres con pantalones muy ajustados montados a caballos siempre parados en dos patas? Esta narración no cambiaba mucho con los años; se repetía como un mantra en ciertas fechas y supuestamente debía hacerte sentir muy orgulloso de todos ellos, esos héroes que habían dado su vida por nuestro país. Era un relato más bien infantil, donde los buenos eran heroicos, épicos, y los malos, demonios que merecían ser derrotados para que triunfara la luz.

En nuestros libros y láminas de infancia, Bernardo O'Higgins no era ese hombre bajito y rechoncho, de rostro colorado y manos pequeñas que describen las crónicas de la época, sino un «kriptoniano» fornido de 1,80 m, de rasgos marcados, mirada penetrante y cabello perfecto, siempre envuelto en ropajes que flameaban al viento como una ilustración de algún juego de PlayStation. Cuentos de hadas más cercanos a leyendas mitológicas que a la historia propiamente tal.

¿Cómo recordamos nuestra independencia y al libertador Bernardo O'Higgins?

El profesor te decía que el pueblo de Chile, cansado de la tiranía del Imperio español, creó el 18 de septiembre de 1810 una junta de hombres sabios y justos para autogobernar la nación. Que José Miguel Carrera junto a Bernardo O'Higgins organizaron el país en ejércitos llenos de encendidos y desinteresados patriotas para hacer frente a los malditos españoles que llegaban por el mar para aplastar la rebelión. Que el joven Bernardo era una especie de Luke Skywalker enfrentándose a su padre, quien había sido virrey del Imperio. Que desgraciadamente fueron derrotados y que, después del Desastre de Rancagua en 1814, Bernardo O'Higgins tuvo que cruzar la cordillera de los Andes acompañado de sus fieles patriotas en busca de ayuda para continuar la lucha por la independencia de Chile (acá Carrera desaparece misteriosamente de todos los textos de estudio). También supimos que José de San Martín, argentino y gobernador de Mendoza, escuchó a nuestro padre de la patria y le ayudó a preparar un ejército libertador —nunca te decían por quiénes estaba integrado— con el que posteriormente cruzó la cordillera de vuelta, derrotó primero al ejército español en Chacabuco, luego tomó Santiago —donde O'Higgins fue nombrado Director Supremo— y después de una campaña nebulosa que nadie recuerda muy bien, terminó venciendo a los imperialistas definitivamente en la Batalla de Maipú con un ejército parece que chileno, comandado por varios personajes, entre ellos el mismo San Martín. El evento es rematado por la infaltable imagen del abrazo de Maipú entre el héroe argentino y nuestro libertador —herido y triunfante— en pleno campo de batalla. Luego vendrían los cuadros con su figura imponente, los monumentos al padre de la patria, la Alameda del Libertador Bernardo O'Higgins, los actos públicos, los niños vestidos de soldados y la veneración nacional.

Quizás el mismo profesor también te enseñó que la Patria Vieja —ese período que se inaugura con la Primera Junta Nacional de Gobierno— fue una especie de *primer tiempo* y que, después del descanso en camarines, en Mendoza, lo dimos vuelta heroicamente en el *segundo tiempo*. Como si fuera el mismo proceso, el mismo partido.

La verdad es que este cuento con el que nos criaron es técnicamente falso. O a lo menos tergiversa, omite y, en ciertos aspectos muy relevantes, falta enormemente a la verdad.

Algo que ya casi todos saben es que la Primera Junta de Gobierno, eso que celebramos cada 18 de septiembre, NO ES nuestra independencia. Napoleón había invadido España y, ante el vacío de poder, las colonias —que no estaban dispuestas a aceptar un reinado invasor— formaron *juntas de gobierno* para

cuidarle sus intereses al monarca. Tanto así, que nuestra junta, la del 18 de septiembre de 1810, terminó con un sonoro «¡Viva el rey!». Lo que tampoco te explicaron es que hubo dos proyectos independentistas posteriores a eso. El *chileno*, encabezado por Carrera y apoyado por O'Higgins, que fracasó en Rancagua y se desbandó, y el *argentino*, liderado por San Martín, al que O'Higgins se unió luego de huir a Mendoza tras el Desastre de Rancagua, y que no tenía NADA que ver con el anterior. El segundo era un proceso latinoamericanista organizado por una logia de corte masónico financiada desde Inglaterra: la Logia Lautaro, que de hecho vio en Carrera y su proceso nacional un estorbo. Por cierto, la Logia lo persiguió y terminó fusilando a sus hermanos primero y cazando al propio José Miguel después hasta fusilarlo, también en circunstancias muy indecorosas. Incluso hay una versión que dice que le cortaron la cabeza y las manos para enviarlas después de regalo a distintos oficiales trasandinos. El propio O'Higgins envió dinero desde Chile para recompensar a los involucrados en el asesinato del prócer nacional e incluir, en el mismo correo, una carta con nombres de carreristas chilenos que también debían ser hostigados. Y es la misma Logia Lautaro la que persiguió y eliminó a los aliados del *proceso chileno*, entre ellos al propio Manuel Rodríguez.

O'Higgins era, en definitiva, parte del grupo de *los argentinos*, como se les conocía en Santiago a quienes liberaron Chile en 1818. Sí, nos liberaron los argentinos, lo siento.

La historia siempre es más amplia de lo que se acostumbra a presentar. ¿De dónde viene este plan latinoamericanista de San Martín y la Logia Lautaro, al que se suma como un subordinado nuestro padre de la patria?

En esos años había dos grandes imperios peleándose el dominio de los mares: España e Inglaterra. Este último le tenía hambre a la riquísima América y planeaba desde mucho antes la forma de arrebatarla a los españoles. Ya en 1800, el general inglés Thomas Maitland presentó a su Estado Mayor una carpeta de cincuenta páginas titulada «Plan para capturar Buenos Aires y Chile y luego emancipar al Perú». Los ingleses intentaron ponerlo en práctica dos veces, hasta que en 1806 fueron definitivamente rechazados por los bonaerenses.

Francisco de Miranda, el venezolano que fundó la Logia Lautaro y que influyó con sus ideas republicanas e independentistas en Carrera, O'Higgins, San Martín y muchos otros jóvenes aristócratas americanos que se educaban o peleaban en Europa, y que pretendía liberar América del yugo español con ayuda financiera inglesa, presentó al argentino San Martín a funcionarios diplomáticos y militares británicos en varias ocasiones. Historiadores argentinos, como Felipe Pigna, afirman que es muy probable que en esas entrevistas le haya sido entregada información sobre el Plan Maitland, pues las similitudes con el posterior cruce de los Andes son más que evidentes.

En 1814, José de San Martín, al parecer ya con esa información, y antes incluso de la derrota de O'Higgins y Carrera en Rancagua, se instalaba como gobernador en Mendoza e iniciaba los preparativos para invadir Chile. Sí: invadir Chile.

Pero hubo un momento en que todo podría haberse ido al carajo en América. Al año siguiente, en 1815, el repuesto rey de España solicitó a las monarquías europeas ayuda para aplastar todos los movimientos independentistas americanos de una sola vez. Adivinen quién se opuso. Sí, Inglaterra.

Pero volvamos a Mendoza. La verdad es que en los libros sobre el tema casi no se menciona a O'Higgins en los preparativos de la campaña de los Andes. Fue San Martín, como gobernador de la zona,

el que reorganizó la ciudad como una especie de proyecto militar de enorme envergadura. Creó laboratorios de armas, de pólvora y tejidos para fabricar uniformes. Construyó campamentos y áreas de entrenamiento donde se preparó a las tropas desde 1816. Fue él quien diseñó nuevos elementos para el transporte de agua, alimentos secos que se activaban con agua caliente, sistemas de poleas y herramientas para el traslado de cañones por desfiladeros y cumbres, y quien le insistió al gobierno de las Provincias Unidas de la Plata —como se conocía a la actual Argentina— para que apoyara su plan. Cosa no tan difícil, porque la Logia Lautaro tenía infiltrados en casi todas las instituciones de gobierno. Fue San Martín quien recibió e integró a O'Higgins y a sus exiliados tras el proceso fallido de Carrera. Si iba a invadir Chile, era conveniente contar con rostros conocidos que le dieran legitimidad a la acción; de lo contrario, solo se leería como una invasión argentina al territorio chileno. Y quién mejor que O'Higgins, por dos razones: no era díscolo e individualista como Carrera, de hecho era callado, obediente y disciplinado. Además era nada más y nada menos que el hijo de un exvirrey del Perú. Haciendo un salto en el tiempo, ¿se imaginan si el Frente Patriótico Manuel Rodríguez hubiera podido reclutar a un hijo de Pinochet? Sin duda, Bernardo era el indicado para ser la cara chilena de la invasión.

Tampoco fue O'Higgins quien dio el visto bueno a nada, sino que el gobierno de Pueyrredón en Buenos Aires le entregó a San Martín financiamiento extra y la autorización para la invasión de Chile.

El trabajo fue arduo. En 1816, San Martín comenzó a formar el Ejército de los Andes. La provincia de Cuyo fue generosa: donó caballos, vacas, telas, dinero y... esclavos. Sí, hubo un escuadrón de esclavos negros peleando por Chile a cambio de su libertad. La ciudad completa de Mendoza estaba abocada al objetivo, hasta los niños hacían ejercicios militares y colaboraban en la preparación de pertrechos. A O'Higgins se le encargó el desarrollo del campamento donde se concentrarían las tropas, el Plumerillo, en las afueras de la ciudad.

En paralelo, San Martín organizó en Chile una guerrilla de desconcierto entre los españoles. Manuel Rodríguez, a pesar de ser amigo de Carrera, colaboró con la causa del argentino y fue su principal hombre atacando por sorpresa, robando haciendas y entregando lo incautado a los más pobres, haciendo proclamas sorprendidas e infiltrando a las autoridades para generar un flujo de información de inteligencia muy valiosa para San Martín. Una guerrilla que divulgaba información errónea y ridiculizaba a las autoridades españolas, anticipando el apoyo popular a la invasión.

Finalmente, luego de más de un año de una preparación febril e incesante, San Martín montó su caballo y recorrió los campamentos a los pies de la cordillera. Ahí estaban las divisiones, más de cinco mil hombres. Más allá, las diez mil mulas que llevaban los pertrechos, la comida, seiscientos cañones con dos mil balas y dos mil proyectiles de metralla. Cargaban herramientas, carpas y otras necesidades. Seiscientas vacas que pastaban frente al general proveerían de proteína a los soldados rasos siempre mal alimentados. Y algo que hoy nos parece increíble: eran cinco mil soldados que contaban con solo novecientos tiros de fusil y seiscientas granadas. Estaba contemplado que los soldados de los Andes atacarían corriendo a bayoneta calada contra los disparos realistas.

San Martín estaba nervioso, no por la guerra, no por sus hombres. Estaba muy preocupado por la cordillera misma.

Los argentinos querían atacar pronto, querían convertir a Chile en un colchón entre ellos y los españoles que amenazaban con reconquistar a los bonaerenses. El avistamiento de soldados del rey en algunos pasos fronterizos les hacía temer una invasión. Pero la verdad era otra: los realistas consideraban imposible que un ejército organizado cruzara los Andes y no pocos patriotas pensaban igual. Cuando uno es pequeño y mira la cordillera piensa que trepando a las cumbres podrá ver de inmediato al otro lado las llanuras de la pampa. Pero no es así. Ahora mismo, mientras escribo estas notas y tengo abierto un libro de historia argentina, observo por la ventanilla del avión que me lleva de

regreso a Santiago la extensa superficie de cerros y más cerros nevados que forman el gran espesor andino. El sector de la cordillera por donde cruzaron esos soldados tiene casi el mismo ancho que Chile de montaña a costa. Me emociona pensar en ese ejército de gente pobre en Mendoza, mirando asustada los cerros, sabiendo de antemano la magnitud de la travesía: cruzar la cordillera más larga de la Tierra, con el corazón en la mano, mal vestidos y un fusil de cuatro kilos al hombro.

Pero llegó el día. San Martín galopó hacia sus ejércitos enarbolando una bandera albiceleste, y les dijo:

—¡Soldados, esta es la primera bandera independiente de América!

Y mientras la agitaba, las tropas, los ayudantes, las mujeres y todos en el lugar gritaban, sonaban las campanas y el júbilo era generalizado. Era el 5 de enero de 1817. Las Provincias Unidas de la Plata eran el último reducto independiente que quedaba en América después del contraataque español. Y de este operativo sorpresa, demente y sin retorno, dependía la independencia de prácticamente todo el continente.

Hay que poner en contexto la hazaña. Para quien ha visto la película épica *Lawrence de Arabia*, esta idea es similar a la de atacar Aqaba por el desierto, o al proyecto desquiciado de Aníbal de cruzar los Alpes. Porque cruzar los Andes con todo un ejército organizado era la idea de un loco. Y San Martín era un loco tan carismático que había convencido a un país, a una ciudad y a cinco mil soldados de que esa idea demente era posible. De manera que ese 5 de enero alguien gritó una orden y la enorme maquinaria de soldados, mulas, caballos, cañones, ayudantes, hombres, niños, cocineros, soldados, tiendas, enfermerías —una verdadera ciudad en movimiento— se hizo a los cerros como una marea lenta que se lleva toda la esperanza en una sola jugada, donde se tira todo el dinero a la mesa, donde se baraja al todo o nada.

¿Por qué era un plan demente? Porque incluso hoy es una travesía de cierto peligro. Porque esos soldados mal vestidos, con calzado duro y mochilas incómodas debían soportar veintidós días subiendo y bajando cerros a 30 grados Celsius bajo el sol abrasador del verano, con el agua justa, ni hablar de baño, y -10 grados Celsius en noches gélidas que mataron a varios durante el sueño. Los hombres se quemaban la vista durante el día, a veces trepando a más de cuatro mil metros de altura, ahí donde el mareo, la vista nublada y las náuseas provocan vómitos y desmayos, sin medicamento alguno para disminuir los síntomas de la falta de oxígeno. El propio San Martín, enfermo crónico de reuma y úlcera, debió ser transportado en camilla algunos tramos por los dolorosos ataques que sufría con cierta frecuencia. Hierbas y algún remedio decimonónico que actuaba más como placebo que como alivio real, mantenían despierto al líder de este ejército de locos que no paró de subir y bajar montañas durante semanas. Una travesía por un paraje infernal acarreando kilos de fierro, balas y enormes sombreros; nada de ergonomía, nada de diseño, nada de materiales livianos; todo madera, cuero áspero que rompe los hombros y costuras que pueblan de llagas el cuerpo.

Las tropas cruzaron por dos pasos diferentes. Luego de más de treinta días agotadores, lograron reunirse en el norte de Santiago. El día 11 de febrero se encontraron cara a cara por primera vez con los realistas. Después de meses de anunciarse, finalmente un ejército se materializó en pleno territorio chileno, a pocos kilómetros de Santiago, y la autoridad española estaba aterrada. Al día siguiente, en Chacabuco, el ejército invasor argentino de José de San Martín arrasó con... el ejército chileno, formado principalmente por chilotes y valdivianos.

El parte de batalla de San Martín, dirigido al presidente Pueyrredón, fue explícito:

Excelentísimo Señor:

Una división de mil ochocientos hombres del ejército de Chile acaba de ser destrozada en los llanos de Chacabuco por el ejército a mi

mando en la tarde de hoy...

Y fue una masacre. El Ejército de los Andes sufrió doce bajas contra las más de quinientas del ejército real de Chile. El gobernador Casimiro Marcó del Pont, al saber el resultado, huyó rápidamente hacia San Antonio buscando embarcarse con rumbo a Lima, pero fue capturado. San Martín entró a Santiago bajo la aclamación del pueblo. El gobierno de la Reconquista española había sido represivo y violento: relegaron gente a Juan Fernández, incautaron propiedades, realizaron encarcelamientos masivos, prohibieron las fiestas y reuniones; llevaron a cabo medidas para crear terror en la población, como fusilamientos sumarios y la exhibición de los cadáveres de los ajusticiados en plazas públicas. La aparición de San Martín, entonces, era un rayo de esperanza para el país, y así se lo hicieron saber.

La población de la capital tenía clarísimo quién había derrotado a los españoles y el Cabildo le ofreció por aclamación el cargo de Director Supremo a José de San Martín, no a otro. Pero este lo rechazó dos veces, ofreciendo como reemplazante a Bernardo O'Higgins, quien aceptó, aun cuando, técnicamente, no asumió el mandato sino hasta un año después. Mientras tanto, la administración del país fue argentina.

El propio O'Higgins no dejó lugar a dudas sobre quién liberó Chile en su primer mensaje al mundo después de asumir el mando. Dijo:

Después de haber sido restaurado el hermoso reino de Chile **por las armas de las Provincias Unidas de la Plata bajo las órdenes del General San Martín**, y elevado como he sido por la voluntad de mi pueblo a la suprema dirección del Estado, es mi deber anunciar al mundo un nuevo asilo...

De todas maneras, San Martín no estaba liberando a Chile por alguna razón romántica. Para atacar Lima y el virreinato necesitaba un puerto desde donde lanzar una ofensiva marina. Tal como se indicaba en el Plan Maitland: ocupar Chile y utilizar Valparaíso. Y así lo hizo.

Con O'Higgins ya en el mando, los santiaguinos comenzaron a resentir de esta autoridad. Para muchos, O'Higgins había sido instalado en el cargo por su servilismo hacia los argentinos, bajo el apoyo de un ejército extranjero acantonado en suelo patrio, situación que sentían humillante. Lo consideraban un títere de San Martín. Y quizá no estaban tan lejos de lo cierto: el artículo 9º de las leyes penales secretas de la Logia Lautaro era taxativo:

Siempre que uno de los hermanos sea elegido para el supremo gobierno, no podrá deliberar cosa alguna de gran importancia sin haber consultado el parecer a la Logia.

Y una vez que San Martín zarpó hacia Perú con la escuadra que el Estado chileno le financiara, O'Higgins quedó a merced de sus opositores: los carreristas lo consideraban un traidor por haber perseguido y asesinado a su familia (O'Higgins no solo celebró públicamente el asesinato de Carrera, sino además le envió a su anciano padre en Santiago una cuenta por los gastos del fusilamiento), y la aristocracia estaba enfurecida porque, apenas asumido su cargo, les quitó sus títulos y derechos nobiliarios. Además, la evidente ilegitimidad de su poder casi monárquico causaba recelo, pues cuestionaban la mecánica de su elección. A su vez, le enrostraban la bancarrota en que se había sumido el Estado por haber financiado la escuadra libertadora a Perú de San Martín. Pero, sobre todo, la población general empezó a cuestionarlo duramente tras conocerse la manipulación de las elecciones que lo legitimarían en el poder y la redacción de una Constitución que buscaba eternizarlo en el mando.

Ningún otro nombre desató defensas y ataques tan cerrados en nuestra historia. Pero quizá la verdad esté en medio. Bernardo O'Higgins Riquelme fue un emancipador que lo dio todo por la libertad de

Chile. Su hacienda fue quemada, sufrió la detención de su madre y de su hermana, tuvo que huir del país y luchó codo a codo junto a sus soldados, como un bravo. Pero también fue un dictador. Bajo su administración fue asesinado por oficiales del Ejército uno de nuestros próceres más queridos, Manuel Rodríguez. Reinstaló prácticas represivas y de terror propias de la Colonia. Gobernó con mano dura. Algunos historiadores dicen que era lo que Chile necesitaba durante ese período, pero la verdad es que ya he escuchado ese discurso antes y nunca se justifica. Su gestión tuvo luces y muchas sombras, como todas. El propio San Martín no era tan republicano como se lo presentaba. De hecho, cuando liberó a Perú, de inmediato mandó a emisarios a buscar descendientes de incas porque pensaba que lo mejor para América Latina —Chile y Argentina también—... ¡eran las monarquías!

O'Higgins es un personaje complejo en nuestra historia. Peleó legalmente durante años para recibir el título de marqués de Vallenar de su padre Ambrosio, pero fracasó. Luego, en una de sus primeras decisiones al asumir como Director Supremo, ordenó el fin de los títulos de nobleza, escudos de armas y mayorazgos entre los chilenos. Bernardo era hijo ilegítimo y sufrió muchísimo por esa condición. Sin embargo, él mismo tuvo un hijo fuera del matrimonio con Rosario Puga, y lo primero que hizo fue decidir no inscribirlo como hijo propio, esconderlo y heredarle el mismo sufrimiento.

Tampoco es producto de la asociación que Pinochet quiso entablar de sí mismo con la figura de Bernardo O'Higgins lo que condena a este último en algunos círculos. Él ya se identificaba con los conservadores más duros después de su exilio. De hecho, estuvo relacionado con intentonas de golpes militares para reinstalarse en el poder. Y cuando los conservadores dieron su gran golpe militar contra los progresistas en 1829, la primera intención fue traer de regreso desde Lima a O'Higgins para que encabezara un gobierno totalitario y represor, pero fue Portales quien se opuso y dirigió ese período.

Al parecer, hay dos Bernardo O'Higgins. El primero fue un gran líder militar, un emancipador valeroso y apasionado; un colaborador clave de la invasión argentina y sus planes latinoamericanistas. El segundo, un dictador a veces cruel y un gobernante duro para tiempos difíciles. Nos legó nuestro primer documento constitucional, persiguió y eliminó a próceres queridos para la patria y erigió instituciones que permanecen hasta el día de hoy.

Se puede decir mucho sobre el claroscuro de este padre de la patria. Pero no nos engañen: Bernardo O'Higgins no fue nuestro libertador.

Al final del día, si lo que buscábamos al bautizar nuestra principal arteria capitalina era honrar a quien nos liberó de los españoles, esa calle debería llamarse Alameda del Libertador José de San Martín y Matorras. De eso no hay ninguna duda.

TERREMOTO DE 1960, UN SACRIFICIO HUMANO
EN PUERTO SAAVEDRA

Cuando pensamos en un sacrificio humano nos situamos en otros tiempos. Son imágenes de un pasado lejano o materia de culturas exóticas, nada que tenga que ver con nosotros, eternos aspirantes a país desarrollado. Sin embargo, cuando levantamos la alfombra de la historia nos encontramos tanto con tesoros y secretos increíbles, como también con pasajes de espanto que todos los involucrados preferirían olvidar. Algo así sucede con el caso del sacrificio humano llevado a cabo por la machi Juana Namuncura en mayo de 1960 en Puerto Saavedra, costa de la Araucanía, a pocos kilómetros de Temuco.

Pero para entender lo que allí ocurrió debemos regresar al 22 de mayo de 1960. Ese día parecía uno como cualquier otro; la gente de la zona había almorzado tranquilamente, quizás incluso comentando los detalles del terremoto que el día anterior golpeará a la vecina Concepción, produciendo daños graves en su infraestructura vial y urbana. En Chile sabemos que un terremoto significa no solo casas derrumbadas y desastres humanos, sino también el comienzo de un largo período de calma telúrica para la zona afectada. «La Tierra no estornuda dos veces seguidas», le escuché a mi abuela en 1985. Sin embargo, esa vez no se cumpliría la norma, nadie sabía que algo peor estaba por venir, un horror tan grande como jamás había visto el ser humano.

Ese 22 de mayo, exactamente a las 15.11, la tierra comenzó a moverse. «Está temblando», es la frase que conocemos y hemos escuchado tantas veces. Pero ese movimiento escaló bruscamente acompañado por un bramido subterráneo aterrador. El pánico estalló en la gente junto con las ventanas, algunas cámaras de gas y los transformadores de luz eléctrica que pendulaban sobre postes que caían, entre chispazos de cables cortándose, gente corriendo, muros derrumbándose, gritos y el caos absoluto. Un megaterremoto de 9,5 grados en la escala Richter fue fracturando la geografía chilena entre el Biobío y Aysén, en una cadena de al menos treinta terremotos simultáneos que hicieron durar el monstruoso evento diez infernales e interminables minutos. Más de 1.300 kilómetros de nuestra costa fueron levantados y dejados caer, devastando todo el territorio chileno entre Talca y Chiloé. Las casas, la mayoría de adobe, no resistieron. Se derrumbaron edificios, casonas, iglesias, conventos, desaparecieron ríos, subió el terreno, aparecieron hondonadas; el terremoto de 1960 modificó la geografía de la zona para siempre. Fue tan devastador que por su efecto murió gente en lugares tan alejados como Hawái y Japón. El terremoto más grande de la historia de la humanidad había golpeado el sur de nuestro país, dejando un catastro de víctimas que hasta el día de hoy no se conoce. Regiones completas quedaron aisladas, pequeñas tragedias desconocidas ocurrieron en poblados de difícil acceso, en casas alejadas que se convirtieron en la tumba de sus moradores.

Con los años se ha sabido que la energía que estalló durante esos diez minutos de horror fue equivalente a toda la energía liberada por todos los terremotos que han ocurrido en el mundo durante casi todo el siglo xx. Una bomba nuclear de las más poderosas puede producir un temblor en Santiago y destruir un tercio de la ciudad, pero este evento zamarreó toda la geografía desde Talca hasta Aysén durante diez minutos eternos. El eje de la Tierra se desplazó notoriamente y las placas tectónicas involucradas hicieron desplazarse el terreno, las montañas, valles y las ciudades, no dos a tres centímetros como lo hace anualmente, sino ¡cuarenta metros!

En las ciudades, los lamentos, los incendios, el silencio que sucedió al cataclismo dieron paso a un nuevo horror. Las personas que caminaban desconcertadas entre los escombros, los fantasmas cubiertos de polvo que se movían por las calles de Temuco, Victoria, Curacautín, Valdivia y Puerto Montt,

comenzaron a escuchar un rumor lejano, distinto al gruñido subterráneo que había sonado antes. Casi una hora exacta después de la catástrofe, los pobladores de la costa vieron con espanto que el mar retrocedía violentamente, llevándose consigo botes, navíos menores e incluso barcos de gran tamaño. Alguien gritó: «¡Entrada de mar!», y se produjo el desbande hacia los cerros. En plena zona de la Araucanía, seguramente a todos se les vino a la cabeza un nombre ancestral: Kai Kai, la serpiente de agua que ataca los valles para destruir al hombre. Un enorme muro de agua de ocho metros de altura entró golpeando a 150 km/h, arrasando con bosques, casas, rucas, edificios, animales y seres humanos; cientos de habitantes que habían sobrevivido al terremoto eran ahora arrastrados por las aguas, golpeados y aplastados entre los troncos que empujaba la marea. Los pocos sobrevivientes como podían buscaban refugio entre los árboles cuando otra ola, esta vez de diez metros de altura, ingresó nuevamente aún a mayor velocidad llevando escombros, casas y edificios completos tierra adentro. El barco *Canelos* solo se detuvo cuando encalló entre rocas a más de 1.500 m de la línea costera.

En Collileufú, la costa de Puerto Saavedra, a pocos kilómetros de Temuco pero de muy difícil acceso en la época, todos corrieron desesperadamente hacia el cerro Mesa, cerca del lago Budi, lugar sagrado para los lafkenches, antes de que las olas lo destruyeran todo. Solo imaginen a los habitantes del lugar apiñados en la cima de un cerro, sin saber si el nivel del agua seguiría subiendo como decía la historia que desde niños los había aterrado. Kai Kai había regresado para destruir a los humanos, y Ten Ten, la serpiente de tierra benefactora, no parecía estar subiendo el cerro para protegerlos como indicaba el mito. Era un acabo del mundo, lo más parecido a un apocalipsis que han vivido los habitantes de nuestro país.

En este contexto, con gente aterrada, con indígenas rogando a dios y a sus pillanes a viva voz, en ese cerro que tantas veces había visto ceremonias en las que se quemaban los cuerpos de guerreros muertos en combate, de pronto la machi Juana Namuncura levantó desesperada sus brazos, hizo un silencio y ordenó:

—¡Traigan al nieto de Juan Painecura!

Era el atardecer del día 22 y un grupo de lugareños fue hasta la ruca del anciano, quien prácticamente no ofreció resistencia. Adentro estaba José Luis Painecura, un niño de alrededor de seis años, el «huachito» del pueblo. Era hijo natural de Rosa Painecura Marileo, de veintinueve años, que como tantas otras «indiecitas» había tenido que partir a la capital a trabajar de nana para alimentar a su familia. José Luis era un crío algo lento para el trabajo que desde pequeños se les exigía a los niños mapuche de la época; es decir, era el miembro más débil de la comunidad.

Los testimonios cuentan que el niño intuyó de inmediato que algo no andaba bien. Comenzó a llorar y a pedirle a su abuelo que lo protegiera, gritándole que iba a trabajar más pero que no le hicieran daño.

—¿¡Por qué me van a castigar!?! ¿¡Qué me van a hacer!?! —gritaba el niño colgando del anca del caballo que lo llevaba hacia la machi.

Cuarenta años más tarde su madre lo recordaba entre sollozos como «un cabro bonito y alentado». Porque Rosa Painecura, con setenta años en 2001, cuando dio la única entrevista a un diario de circulación nacional, aún recordaba con enorme dolor lo ocurrido. Decía que por esas noches había soñado en Santiago con un aguilucho que venía y le robaba a uno de sus pollos; ella salía corriendo y llorando trataba de recuperarlo entre una muchedumbre de sombras y figuras inquietantes. Su tío, don Segundo Marinao Painecura, le avisó de lo ocurrido algunos días después y la trajo de regreso a la isla Huapi, en Puerto Saavedra, donde pudo constatar, con horror, que había sido su propia familia, su propio padre, quien había facilitado el asesinato de su único hijo, su niñito José Luis. Rosa jamás se recuperó.

Las versiones varían. En la primera confesión los involucrados dijeron que solo arrojaron el cuerpo al mar. Hubo testigos que afirmaron que la sangre y el cuerpo fueron arrojados por separado a las olas,

dejando entrever un rito previo. Apuñalamiento, dijeron unos. Evisceración a través de un corte en canal, dijeron otros. El punto fue que nunca más se encontraron los restos del niño José Luis. Su madre contó que fue muchas veces a recorrer la costa con la esperanza de que el mar le devolviera algo de su niño, pero nada ocurrió, su cuerpo nunca regresó a su lado, iniciándose entonces una larga cadena de olvidos y desapariciones en torno al suceso, como si la historia, el lugar o el pueblo no quisieran recordar el día en que se volvieron locos y mataron a un niño por temor al océano.

Curiosamente, al parecer fue también un niño el responsable de destapar los hechos. Una de las versiones cuenta que un menor se habría quejado ante los carabineros de Nueva Imperial de que habitantes de Collileufú se habían robado dos caballos de su comunidad «para comérselos en la rogativa esa donde mataron al niño y lo arrojaron al mar», habría dicho, desatando un operativo policial que terminó con la captura y detención de la machi Juana Namuncura, Juan Painecura (el abuelo del niño), Julio Cuminao, Juan Paiñán y Manuel Painecura, tío abuelo del niño José Luis. A la llegada a Nueva Imperial, los acusados fueron atacados por una muchedumbre enfurecida, terminando en el calabozo semiinconscientes y muy golpeados. Lo más extraño, según los registros de la época, fue la serenidad de los procesados. Parecían tranquilos, con la sensación de haber cumplido una misión importante. La misma machi Juana Namuncura explicó en el tribunal: «Tú tienes que saber que para un gran mal se emplea un remedio muy grande. ¡Animales son muy poca cosa! (...) Los cataclismos son penas por los pecados de la gente (...) Los sacrificios de animales pueden aliviar los terremotos (...) Pero ahora los pecados son demasiado grandes para pagarlos con sacrificios normales».

Ni siquiera los años cambiaron su perspectiva. En 1983, entrevistada por un antropólogo extranjero, la machi insistió en que todo se debía a los pecados de la gente. «Los mapuche se han apartado de su verdadera religión, volviéndose malos, como los *wingka*. La Tierra se había enfermado como se enferma una persona», le dijo.

Por esos días la machi Juana se había transformado en un personaje temido en la zona, maldito si se quiere, y vivía aislada de todos.

De los cinco acusados, solo Juan Painecura, el abuelo, y Juan Paiñán fueron procesados por la muerte del niño. Juana Namuncura fue absuelta y dos años después todos estaban en libertad. El artículo 10, n.º 9 del Código Penal Chileno establece que «están exentos de responsabilidad penal: 9º El que obra violentado por una fuerza irresistible o impulsado por un miedo insuperable». A lo que el juez agregó «de usanza ancestral», apoyado en un precedente judicial de 1953, cuando un tribunal absolvió a Juana Catrilaf por haberle dado muerte a su abuela, acusándola de haber invocado a un espíritu maligno en la forma de un perro rojo para matar a su hijo recién nacido. La figura del contexto cultural salvó al grupo. El fallo fue dictado por el juez subrogante Ricardo Aylwin, primo del expresidente de la República, Patricio Aylwin.

Fue un caso extraño el de José Luis Painecura. La cultura mapuche no contempla el sacrificio humano, sin embargo cierta memoria ancestral parece haber sido despertada por los eventos límite del 22 de mayo de 1960. Hace pocos años la machi Margarita Neiculeo sospechaba que «no fue un niño, sino dos, también una niña, la nieta de ella, y habrían sido dos sacrificios, un niño y una niña ese mismo día». La machi Claudina Deumacán declaró en los años ochenta que José Luis Painecura no fue el único niño inmolado en 1960, pues según un cacique local era probable que hubiese habido sacrificios humanos en toda la zona costera de la catástrofe. Incluso el *wewpife* (sabio) de Collileufú, después del terremoto del 27 de febrero de 2010, ante la pregunta de si creía que podría ocurrir algo así otra vez, declaró que «ese saber viene de arriba y el culpable no es el que está haciendo la rogativa. Tenemos una cosmovisión y de arriba llega el mensaje sobre qué debe hacer la machi. Yo no podría decir que sí o no. Se haría nomás».

¿Qué mecanismos operan en la memoria ancestral que hacen actuar de modos no usuales a una

persona? Hechos atroces de nuestra historia han sido cometidos por países completos, que entran en una especie de frenesí producto de los acontecimientos. Es común también un deseo de olvido posterior. José Luis no se transformó en una figura de culto, a pesar de ser declarado «algo parecido a un santo» por la machi Claudina. Hoy los detalles se han ido olvidando en Puerto Saavedra, fundiéndose con la leyenda. En su momento los responsables también olvidaron y declararon que al parecer el niño se habría ido con el maremoto y no en un sacrificio. Los archivos del juicio a su vez se extraviaron, según se cuenta entregados a un gringo que quería «sacarle fotocopias». El cuerpo del pequeño José Luis jamás apareció ni quedó ningún vestigio de su paso por esta tierra, esfumándose paulatinamente de la memoria de todos como un recuerdo tenue. Salvo en la de su madre, que nunca volvió a salir de la isla Huapi, cerca de donde perdió a su «pollito». «Sola como una estaca», la describió una vecina. Nunca se casó, nunca volvió a tener un hijo, nunca perdonó a su padre, ni siquiera después de muerto; nunca olvidó cuando su gente, su familia, su padre, el encargado de protegerlo, enloquecieron de terror y llevaron a ese niño inocente, a su hijito de seis años, hasta un cerro para ofrecerlo en sacrificio al mar, a Kai Kai, para detener un maremoto y calmar su miedo.

EL ESTADO CHILENO PERSIGUIÓ
BRUJOS EN CHILOÉ

Desde niños escuchamos hablar de la magia de Chiloé. Era un capítulo obligado en cualquier libro sobre folclor o mitos chilenos. Nos mostraban la isla grande como un territorio de leyenda y superstición. Pero nunca nos quedaba del todo claro qué aspecto particular la convertía en algo tan especial. Chiloé era presentado majaderamente como un lugar donde habitaban bestias mitológicas descritas en dos líneas de texto, y donde se desarrollaban un puñado de prácticas supersticiosas campesinas divertidas, todo esto en una especie de parque temático folclórico, arcaico, con un par de vales repetidos hasta la náusea sonando de fondo; un lugar allá por el sur donde todavía creían en brujitos voladores y otras tonteras.

Cuando se acaba la carretera en Pargua y el continente estalla en mil islas, Chiloé, esa lengua rocosa al otro lado del canal Chacao, parece muda. La gente en el transbordador tampoco habla mucho; el solo acto de estar cruzando de una ribera a otra ya tiene un sabor a rito y símbolo que se acoge en silencio. Un salto lo suficientemente largo para sentirse suspendido entre mundos diversos, y lo bastante corto como para no convertirse en un viaje por sí mismo.

Cuando recorres Chile por la Ruta 5, la sensación es la de estar quieto mientras el paisaje se mueve a tu lado como una animación de caricatura. Flotas mientras pasan cerros, bosques, volcanes, desiertos, lagunas y más volcanes. Al viajar por la isla la sensación es diferente. Lomas de curva suave que se hunden y trepan con pocas rectas entre manchones de lengas y coigües, matorrales, helechos y nalcas, vaivén de montaña rusa amable que calma el ojo y te muestra los paisajes en tramos. Pasas una curva y aparece un río con toda su escenografía, remontas la loma y se despliega un vallecito de cuento. Tiene algo de relato ese ir develando la geografía por capítulos. De repente, caes en la cuenta de algo: se ve poca gente, la isla parece deshabitada. La isla es privada, Chiloé se construye puertas adentro en esas casas que parecen hechas con piel de pescados de madera. Mientras viajas vas tratando de entrever qué pasa detrás de puertas cerradas y ventanas cubiertas, algo de esas historias repetidas hasta el cansancio. Pero nada se ve.

Es debajo de la caricatura que leímos años atrás, detrás del *Caleuche* de cartón y de la Pincoya hecha calcomanía, donde todavía late una niebla ominosa entre los canales y la niebla de Dalcahue, Huillinco y Achao. Debajo de la costra infecta de un Sernatur tóxico y la postal desactivada, la salmonera y las carreteras que preparan la futura explotación minera de sus riquezas, circula una corriente subterránea invisible. La marea baja, y deja enormes extensiones secas donde hubo mar y botes, y lo hace en silencio. Todo ocurre en silencio. No en la estridencia, el color o la batucada. Niebla y silencio, ni siquiera oleaje. Respiración, no palabra, jamás grito.

De pronto, un queltehue.

Hubo una historia en Chiloé que no les gusta contarnos: relatos que han pasado de abuelos a nietos, archivos que se quemaron, familias que cambiaron de apellido, abuelas que lo niegan todo. Hoy los jóvenes ríen con escepticismo, pero detrás de la burla en realidad no hay tanta risa.

Lo que pasó en Chiloé fue único. Fue la creación casi desde la nada de un gobierno mágico que desafió al Estado chileno, una estructura de poder que creció igual que el musgo en el humedal, sin parar, hasta cubrir y devorarse la isla. Maleficios, mundos subterráneos, cacerías de brujos, asesinatos y cofradías ocultistas reales, documentadas. Lo que ocurrió en la isla grande no fueron leyendas para niños. El vendaval que cubrió a Chiloé se llamó La Recta Provincia, nombre que aún hoy se evita o se murmura con recato.

Era 1879, en Alemania nacía Albert Einstein. Chile le declaraba la guerra a Bolivia dando inicio a la guerra del Pacífico. Arturo Prat tomaba el mando de la corbeta *Esmeralda* sin saber nada aún. Y en el sur, muy al sur, Santiago Raín, campesino chilote, era interrogado en el tribunal de Ancud por el asesinato de Andrés Netor, que según sus propias palabras era «el principal brujo y hechicero de la isla de Caucahué».

Para un observador externo este caso podría parecer una curiosidad aislada de superstición campesina, pero la verdad es que las autoridades civiles de la República llevaban años luchando contra un enemigo invisible que parecía tener manos en todos lados. Las víctimas cambiaban repentinamente sus declaraciones, se retractaban; casos completos se derrumbaban. Además, nada podía hacer la legislación chilena contra un cuero cabelludo maligno, males tirados a distancia, ropa embrujada o espionaje con el uso de aves fabricadas con ramas de palqui. Acusaciones sin sentido, denuncias llenas de términos extraños llenaban el escritorio de las autoridades. Pescadores muertos de miedo llegaban a denunciar que, a pesar de haber pagado un *seguro contra magia*, un brujo que actuaba fuera de su territorio asignado les había «tomado los alientos» para traspasárselos a un sapo y torturarlo. A otro lo habían «encamahuetado» por desobedecer y tenía miedo de pasarle la sangre mala a su hijo en camino. Otro buscaba protección porque lo habían sentenciado a muerte a él y a toda su familia.

Algo grave y enorme estaba pasando. La brujería, el chamanismo y la curandería siempre habían estado presentes en Chiloé, pero el nivel de organización que este grupo en las sombras parecía tener superaba todo lo conocido.

¿Qué tan grande y estructurado era este conjunto de brujos que actuaba en la noche y parecía extenderse por todo el archipiélago? ¿Podía hablarse de una red de contactos, de un grupo de influencia, de un ejército de brujos o de una simple alucinación colectiva?

Mal que mal, por ese entonces se estaba *ad portas* del siglo xx, y Julio Verne había publicado *De la Tierra a la Luna* quince años antes. ¿Era posible que la intendencia de Ancud, representante del gobierno de don Aníbal Pinto, estuviese enfrentando a una cofradía de fantasmas?

La prueba de la existencia de esta organización había llegado un año antes en la forma de un documento distribuido clandestinamente, autorizado al parecer por el propio rey de La Recta Provincia. Sí, tenían un rey.

Juzgado principal de Salamanca de indijenas, mestizos y caballeros.

Señores Municipalidades de La Recta Provincia.

Tendrán el honor de reconocer por jefe al nombrado D.N.N. para la jurisdicción de la archipresidencia de (la localidad de) Payos con el fin de contener los desórdenes que en la época se ven (...) para velar todo desorden en cuerdo de algunos mayores que debe nombrar en cada distrito de toda la jurisdicción a su mando (...) el que infrinjere este Real mandato lo tomarán preso i esta presidencia lo remitiran para castigar su delito. Así lo mandamos i ofrecemos castigar con pena tremenda (...) en conformidad a las leyes patrias.

Dado en la sala de mi despacho presidencial de Salamanca de Quicabí a 26 de julio de 1878.

Lo que las autoridades estaban enfrentando era alucinante. Un auténtico gobierno mágico paralelo, con su propia estructura administrativa de poder; con reyes, comandantes y alcaldes distribuidos en jurisdicciones precisas. Un mapa diferente al oficial, con comunas propias y nombres diferentes, con autoridades, tribunales y organigramas estrictos. Policía secreta, brujos que recorrían su zona impartiendo la ley de los jueces, usando embrujos, tirando males, ejecutando sentencias de muerte.

Curanderos y machis reparando injusticias en distritos bien definidos de los que no podían salirse. Todo coordinado con sistemas de comunicación muy eficientes.

En resumen, en Chiloé existió un auténtico Estado monárquico ocultista que operaba en las sombras. Quizás el gran complejo social mítico producido en Chile y uno de los más notables del mundo occidental. Una corte demencial sin paralelo en nuestra historia.

Pero ¿cómo algo así pudo llegar a crecer de ese modo y tomar el control de una isla casi del tamaño de Jamaica?

Hagamos un poco de historia.

Previo a la llegada de los españoles, la población de la isla, en su mayoría chonos y williche, ya era administrada en parte por una red de machis que eran consultadas y respetadas por la comunidad. Este lugar, que se convertiría en parte de Chile, fue uno de los pocos en el mundo donde las mujeres podían alcanzar la más alta autoridad espiritual y dirigencial que se conociera en culturas ancestrales. La machi, usualmente mujer, era la chamana que comunicaba con el otro mundo, curaba y participaba en las decisiones importantes para el grupo.

Pero Chiloé, a diferencia del resto de los territorios mapuche, no se mantuvo aislada de la influencia directa de los españoles. La Iglesia católica floreció de modo particular en el archipiélago. La cantidad insólita de templos, más de cuatrocientos, versus la cantidad de habitantes da muestra de ello. La administración civil de los conquistadores le fue quitando poder a las machis y la Iglesia las combatió directamente, desplazándolas a una forma de clandestinidad donde poco a poco además fueron perdiendo su condición chamánica, quedando reducidas a curanderas y meicas.

La monarquía española mantenía una fuerte relación entre la Iglesia y el sistema de gobierno. La idolatría, el satanismo, la hechicería y otras prácticas eran perseguidas por la justicia, convirtiendo cultos ancestrales en delitos y a sus practicantes en criminales. Entonces la brujería se volvió una forma de resistencia contra el invasor. La isla era enorme y la administración española no alcanzaba a tocar todos sus rincones. A pesar de mantener una permanente vigilancia sobre las actividades de hechicería, penada por los tribunales, la red de colaboración entre brujos no solo pudo sobrevivir sino que lentamente fue reconfigurando su estructura. Un cuerpo mágico nuevo había nacido del choque cultural, mezclado con cristianismo, satanismo y otros conceptos europeos de dimensión más oscura, abrazando sombras y ecos del paganismo ocultista ibérico. La brujería europea encontró un espacio fértil en Chiloé como en pocos lugares, creando esa textura única de la práctica mágica chilota.

Chiloé fue el último reducto de la Corona en Chile. Recién en 1826 los españoles fueron expulsados por los patriotas y entonces vino la oportunidad esperada para la brujería. El vacío de poder que produjo la independencia no solo creó el espacio, sino también la necesidad de una administración que se hiciera cargo de la isla. Y ahí estaban los brujos. La expansión fue violenta. Comenzaron a crear cargos nuevos, a trazar territorios y jurisdicciones. No sabemos mucho de esos años, pero las luchas de poder deben haber sido tremendas en la configuración del reino mágico y su corte. Además, la nueva legislación patriota, moderna, alejada de las supersticiones de la monarquía, teniendo como emblema el racionalismo de los nuevos tiempos, no consideraba las artes ocultas como delito. A los patriotas los impulsaba la razón, la ciencia y el progreso. ¿Cómo juzgar a alguien por adorar a un río o clavarle alfileres a un sapo para dañar a un tercero? ¿Cómo ordenar una investigación policial porque alguien denuncia que su vecino le hizo un mal o le mandó un pájaro a espiarlo? Mientras tanto La Recta Provincia creaba tribunales ocultos, recibía denuncias y solicitudes escritas, enviaba jueces a investigar y emitía sentencias. Circulaban agentes que vendían seguros contra la magia de brujos disidentes. Se abrían postulaciones para aprendices y los brujos recorrían los distritos arrojando males, repartiendo

brebajes, elaborando artefactos mágicos con telas, cadáveres de animales, sangre y tierra para provocar vida, muerte, fertilidad, enfermedad, lluvia, desastre y control sobre la población.

Hacia 1850, Chiloé era una monarquía ocultista establecida y completamente operacional. Pero ¿qué tan organizada era la actuación de La Mayoría, como se denominaba la cúpula de poder de La Recta Provincia? ¿Cómo operaba la estructura en la resolución de un conflicto?

Se ha llegado a determinar que ocurría de la siguiente manera: en algún momento un *contribuyente* decidía que el problema que lo enfrentaba con un vecino debía resolverse con brujería. Las cuestiones graves, como por ejemplo el robo de títulos, el daño a un familiar o una violación, podían llevar a solicitar la pena de muerte por mano del brujo. Ese contribuyente debía elevar una solicitud fundamentada por escrito a la autoridad del distrito, la cual era destinada a La Mayoría. El grupo analizaba la demanda y podía enviar jueces y secretarios a la zona para llevar adelante una investigación que corroborara la denuncia. Con los antecedentes en la mano, se decidía o no «hacer el mal» que correspondía. En caso de decidir que sí, se autorizaba a un brujo a internarse en la zona, utilizar sus artes para identificar la mejor forma de llevar adelante la sentencia y ejecutarla. A veces era la muerte fulminante, la enfermedad del inculpado, el embrujamiento de los campos o «tomarse a cargo» a la familia completa para ocasionarle daños incesantes hasta exterminar a todos sus miembros. El inculpado en algunas ocasiones descubría que estaba bajo ataque por señales específicas: presencia inusual de moscas, sapos o lagartijas en su campo, pájaros «mandados» sobrevolando la casa, luces extrañas en las cercanías, malos olores inexplicables, «sueños malos» recurrentes o la presencia de marcas y moretones en el cuerpo al despertar. También podían existir evidencias aún más concretas, como la aparición de una bolsa con tierra de cementerio o un lechón muerto envuelto en un saco en el interior de la casa, velas encendidas en los campos o —una de las más temidas— el brote de *sajaduras*, cortes en el cuerpo sin explicación, o la extracción de piel, sangre, cabellos, cualquier muestra personal que pudiese ser utilizada para la fabricación de objetos malignos.

Cuando el individuo se convencía de estar siendo atacado podía buscar formas de protegerse, entrando en una guerra de prevención, protección y contraataque, a veces con la ayuda clandestina de otro brujo o curandero cercano.

Además se recomendaba evitar dejar ropa en el exterior durante la noche pues podría ser utilizada para embrujar; tener un animal pequeño en la casa para desviar hacia él las energías destructivas; quemar ají y sal; poner cruces de palqui en las cuatro esquinas del hogar y plantas de ruda junto a la puerta; ir a misa más seguido; usar agua bendita en infusiones. Incluso había técnicas de contraataque en esta batalla mágica. Por ejemplo, hacer la señal de la cruz con un puñal y clavarlo en el suelo servía para dejar inmobilizado a un brujo cuando pasara por ahí. En ese momento, los «limpios» podían saber su identidad y divulgarla; por este solo hecho el brujo quedaba condenado a morir en el lapso de un año. Otra forma de conseguir lo mismo era que una mujer lo enfrentara y se levantara las polleras para mostrarle sus vergüenzas e inmobilizarlo. En la tradición, un brujo desenmascarado era un brujo muerto.

A veces, cuando la acción de un brujo excedía su jurisdicción o no contaba con la autorización de La Mayoría, el afectado podía levantar una apelación y el tribunal mandaba a un *juez reparador* para que enderezara el mal cometido con la ayuda de una machi, curandero o hechicero que lo contrarrestara. Cada brujo o machi debía actuar únicamente en el distrito asignado. Se decía que la magia de un hechicero de Quinchao no funcionaba en Dalcahue, por ejemplo.

Solo hay que imaginar el miedo y la incertidumbre en los que deben haber vivido los habitantes de la isla durante ese período. Fuerzas y energías en las que ellos creían a pie juntillas volaban en todas las direcciones; brujos y agentes de La Recta Provincia, espías con ojos en todos lados, incluso en los pájaros que sobrevolaban tu casa, en el agua que bebías y en los amigos que creías conocer. La paranoia

y el temor, la rabia y la sospecha permanentes en un entorno rudo. Tú en tu casa en medio del bosque en la noche, alejado de todo.

Pero precisamente este inmenso dominio y expansión determinaron su caída.

Como el guante de La Recta Provincia crecía en tamaño y poder, esta comenzó a necesitar más y más integrantes. Así, muchos de ellos fueron admitidos de modo irregular, sin pasar por el proceso de aprendizaje y adoctrinamiento original. Esto contribuyó a que los beneficios en bienes y dinero que empezaron a acumular desataran finalmente la corrupción entre los representantes locales. El espíritu comenzaba a perderse. En febrero de 1880, el intendente por La Recta Provincia para la zona de Caucao «llamó al declarante a su casa y así le hizo presente que a consecuencia de las muchas fechorías que cometían los brujos (por cuenta propia), lo había designado... reparador (de la zona de Conao)». Lo que se inició como un gobierno mágico, derivó en una mafia que cobraba por protección y eventualmente en una tiranía ocultista que oprimía por medio del terror, la muerte y el chantaje.

Pero de un momento a otro todo cambió.

Un asesinato con arma blanca que tuvo por víctima al brujo Andrés Netor a manos de los hermanos Santiago y Cipriano Raín fue la oportunidad que el Estado chileno estaba esperando. Había un crimen *real*, había arma homicida y un cadáver.

Era el 3 de marzo de 1879 y a partir de esta hebra lateral comenzaría uno de los procesos más alucinantes de la historia judicial chilena: un juicio a brujos en el borde del siglo xx. Era el proceso contra La Recta Provincia.

Un año después de este suceso, el Estado dio el golpe institucional y desplegó todo su aparataje sobre la isla sin tener necesariamente motivos reales. En rigor, suspendió las libertades individuales, y se peinó a Chiloé en la búsqueda de brujos, hechiceros y machis. Vecinos denunciaban a otros vecinos y a soplones buscando venganza, lo que llevó a la detención de al menos cien personas acusadas de pertenecer a la organización. Hubo interrogatorios, careos y la tradición dice que incluso torturas. En Chile ya había antecedentes procesales contra la brujería, como el caso de Juan Pichunante en Concepción, en 1693, o el de Lorenzo Lienpangui, en 1749, durante los famosos juicios de Chillán. En ambos casos se utilizó la tortura, aunque en un contexto judicial colonial, cuando los maleficios eran una figura penal reconocida. En cambio, José María Chiguai, Domingo Coñoecar, Aurora Quinchén o Cristino Quinchén, en Chiloé, fueron detenidos y procesados por cargos inexistentes en la legislación chilena: bajo la acusación de pertenecer a una asociación ilícita ¡a la que no se le podía probar ninguna acción ilegal!

La verdad es que el intendente Luis Martiniano puso en curso la versión chilena de una cacería de brujas en toda su forma:

De día en día aumentan los datos que posee esta intendencia en virtud de los cuales queda fuera de toda duda que los llamados brujos o curanderos de Chiloé han formado por años una sociedad criminal que ha producido la miseria y la muerte de familias enteras.

CIRCULAR N° 437, DEL 10 DE MARZO DE 1880

Ningún detenido admitía ser integrante de La Recta Provincia, hasta que frente a las denuncias y careos pronto reconocían pertenecer a ella, pero invariablemente acusaban haber sido obligados a ingresar a escalones bajos de la jerarquía, precisaban. Todos, sin excepción, se negaron a dar información sobre las artes mismas, su enseñanza, iniciaciones o puntos de reunión, alegando que estaban bajo juramento de muerte. Excepto uno. Y por ese *uno* hemos llegado a saber un mínimo de su origen, estructura y ritos. Historias y secretos increíbles entregados a goteras por quien, después, fuera considerado por la justicia

responsable de varios asesinatos bajo su mandato como jefe principal de La Recta Provincia: don Mateo Coñoeocar.

Él contó que la cofradía se había iniciado en tiempos de los españoles, cuando un brujo europeo de apellido Moraleda había llegado a la isla y se había enfrentado a la machi Chillpila en un duelo mágico. Cuando la mujer lo derrotó, dejando su barco «en seco» sobre tierra, el español premió su triunfo regalándole un libro de magia que la machi llevó a Quicaví, donde abrió un subterráneo secreto como centro de enseñanza y reunión para la magia, la famosa cueva de Quicaví. A ese lugar oculto se accedía por una puerta ubicada en el suelo del bosque, accionada por una «llave de alquimia». Este mito refleja a la perfección el proceso de unión entre el chamanismo indígena y la magia europea para dar a luz la brujería chilota.

Coñoeocar también relató a los sorprendidos fiscales de los tribunales de Ancud algunos aspectos de la iniciación de un brujo. Este debía pertenecer por sangre a un linaje mágico para convertirse en aprendiz y estudiar las artes en uno de los lugares destinados para ello; debía fabricarse un *macuñ*, chaleco elaborado con piel humana amarrado con cordones, que le permitiría volar; también debía lavarse el bautismo cristiano permaneciendo cuarenta días bajo una cascada para «rasparse» el sacramento, y por último, matar a un familiar querido como muestra de desprendimiento total de su vida pasada. Una vez listo, podía presentarse frente a La Mayoría —esta especie de consejo de hombres sabios que asistían al rey de La Recta Provincia—, para ser incorporado en conformidad.

Tan mezclada estaba la realidad con el mito en esa época, que el tribunal de Ancud ordenó una batida policial para encontrar y allanar la cueva de Quicaví, como lo informó el periódico *El Chilote* el 8 de abril de 1880.

El intendente llevó la investigación con puño de hierro, aunque nunca se sabrá la real profundidad y dureza de los procedimientos. En los antecedentes que llegaron hasta nuestros días no hay detalles, pero la tradición en Quicaví habla de fusilamientos masivos y otras formas de represión contra la brujería. En síntesis, se buscaba aniquilar por completo la organización.

Finalmente, en 1881, los tribunales de Ancud emitieron sentencias de cárcel para los principales cabecillas identificados. La advertencia para la comunidad fue clara: esta forma de asociación no sería tolerada.

Pero ¿destruyeron La Recta Provincia?

Todo parece indicar que la institución se sumió en la clandestinidad para recomponerse. No sabemos con cuánto éxito. Lo que sí sabemos es que un año después el tribunal de Puerto Montt desestimó todos los cargos y liberó a todos los inculcados. Posteriormente, los expedientes se quemaron en el gran incendio que destruyó los tribunales de Ancud, quedando apenas unas pocas transcripciones de los juicios. Se supo, además, que el verdadero rey de La Recta Provincia era José María Chiguan, uno de los detenidos que desapareció de la prisión donde esperaba sentencia y nunca más fue encontrado. Es decir, los brujos le ganaron en todos los flancos al Estado chileno.

Los chilotes, que aún se refieren a la organización con respeto y algo de temor, parecen tener claro que ella y los brujos siguen operando. «Allá vuelan de día», bromean refiriéndose a algún lugar apartado donde los brujos no necesitan esconderse. El rumor general es que la central se habría trasladado a Puerto Montt.

¿Qué tan presente sigue siendo el fenómeno del maleficio?

Sencillo de explicar. En una investigación realizada por técnicos paramédicos el año 2004, en la comuna de Quinchao, la comunidad señalaba que un 25 por ciento de las muertes registradas en el período eran producto de la brujería.

¿Quiere irse a vivir a Chiloé algún día?

Hágalo, es un lugar maravilloso, pero quizá necesite de un dinero extra. Este autor recibió la información de que hoy un seguro contra la acción de brujos de La Mayoría cuesta alrededor de quinientos mil pesos. «Se aceptan animales como parte del pago», me aclararon.

¿HUBO UN MOVIMIENTO NACIONAL SOCIALISTA EN CHILE?

Adelante chilenos, aguerridos
con vigor y entusiasmo a la acción.
HIMNO DEL MNS

Son las 12.15 del mediodía y un hombre camina tambaleándose frente a la fachada norte del Palacio de La Moneda. El reguero de sangre que va dejando José Luis Salazar Aedo, su rostro desencajado, la respiración entrecortada, le van abriendo paso entre los transeúntes horrorizados. Dos pasos más, titubea y cae como un bulto al suelo. Una alfombra carmín comienza a extenderse desde su cuerpo encogido por el dolor. Es 5 de septiembre de 1938 y este carabinero de franco da la escena inicial a uno de los capítulos más oscuros de nuestra historia.

Cuando te dicen que Chile siempre fue una República estable, solo quebrada por los hechos de 1973, te están mintiendo. El Chile de nuestros abuelos y bisabuelos fue un país convulso, cruzado de motines, alzamientos militares y revoluciones trucas año a año, a veces semana a semana.

Por ejemplo, vayamos atrás.

La década del treinta se inició con un presidente electo democráticamente después de ¡siete años! de gobiernos ilegales, con la sombra del eterno golpista Carlos Ibáñez del Campo rondando La Moneda.

Juan Esteban Montero asumió en 1931, pero a poco andar tuvo que manejar la sublevación de la marinería de la Armada y el asalto al regimiento Esmeralda por un grupo armado del Partido Comunista, desarmar dos complots para derrocarlo, convivir con un ejército paralelo que muy pocas personas saben que existió: el Soviet Obrero Campesino Soldado Marinero, un movimiento paramilitar que llegó a tener cincuenta mil integrantes divididos en regimientos a lo largo del país, de los cuales quince mil estaban razonablemente armados, con un comandante en Jefe y su propio Estado Mayor. Montero debió estar en constante alerta frente a motines aislados de regimientos a lo largo de Chile, resistir conspiraciones de todo tipo al interior de su propia coalición, para caer finalmente por el golpe de Estado de Marmaduke Grove, aviador y tío de Salvador Allende. Grove proclamó una República Socialista eterna... que duró doce días, porque el regimiento Buin rodeó La Moneda, sacó a Grove e instaló otra junta de gobierno..., que a su vez fue derrocada por la guarnición de Antofagasta y Concepción, que a su vez le entregó el poder al presidente de la Corte Suprema, quien instaló algo de cordura, le dio un respiro al país y llamó a elecciones para octubre de 1932. Todo esto en el lapso de un solo año en la vida de esta copia feliz del Edén.

La década del treinta en Chile es comparable de algún modo con la del sesenta. La agudización de las diferencias entre clases sociales y programas de gobierno contrarios encendían el ambiente en las calles. Las batallas campales entre los miembros de las Juventudes Socialistas y los nacistas dejaban heridos graves y hasta muertos. Sí, nacistas, con C. Aunque usted no lo crea, hubo desfiles de camisas pardas chilenos haciendo el saludo romano frente a La Moneda, con banderas, swastikas y rayos dibujados sobre sus trajes. Años muy movidos. El presidente Arturo Alessandri, electo en 1932, siempre paranoico frente a la posibilidad de un golpe de Estado militar, fomentó incluso la creación de milicias republicanas para defenderse, su propio ejército de civiles pertrechados por suministros de unas muy ofendidas Fuerzas Armadas que, de todas maneras, fueron descubiertas en varias oportunidades complotando en su contra, en particular a favor de Carlos Ibáñez del Campo, quizás el gran golpista de nuestra historia.

De cara a las elecciones de 1938 y después de un agitado gobierno, un presidente de la clase media como Alessandri, sobre un barril de pólvora social, debió dar paso a dos candidatos opuestos. Uno fue Ross Santa María, oligarca capitalista con fe ciega en el libre mercado; el otro, Pedro Aguirre Cerda, radical y aliado con el Partido Comunista en una coalición de izquierda que despertaba temores en la clase dominante. Nuestra historia se repite. Todo parecía indicar que Ross ganaría: podía comprar los votos y contaba con el apoyo del gobierno; pero Aguirre Cerda tenía el respaldo de una clase obrera postergada y un Chile golpeado por la recesión mundial. La guerra civil española de 1936, la violencia republicana contra la Iglesia católica y los terratenientes ibéricos hacían temer a los conservadores chilenos de la época, de la misma manera en que la palabra «Cuba» resonaba en las cabezas de la burguesía chilena de fines de los sesenta. Muchos chilenos pensaban que en las elecciones de 1938 se estaba jugando el futuro de nuestro país como nunca antes. Unos temían la pérdida de la nación y su incorporación a un soviét internacional, y otros la llegada de un gobierno oligarca explotador nunca antes visto. Pero hubo un grupo de chilenos que pensaron que, frente a la alternativa del capitalismo salvaje de Ross y las políticas de izquierda de Aguirre Cerda, había que tomar una decisión drástica que nos salvara, según ellos, de la sartén y el fuego. «Chilenos a la acción» era su lema.

El lunes 5 de septiembre de 1938, a pocos meses de las elecciones, un grupo de treinta y dos jóvenes caminaron por la Alameda, doblaron por calle Morandé y a las 12.10 del mediodía ingresaron en el edificio del Seguro Obrero, una de las construcciones más altas del Santiago de la época. Llevaban bolsos y maletines cargados con armas cortas, bombas de ruido y una ametralladora. Vestían de cuello y corbata, algunos incluso sombrero. Perteneían al Movimiento Nacional Socialista Chileno, MNS, y estaban a punto de dar inicio a un golpe que buscaba derrocar el gobierno de Alessandri e instalar al general Carlos Ibáñez del Campo en la presidencia. Era la tercera coalición disputando las elecciones, sin ninguna posibilidad de ganar en las urnas. Decían no tener relación con el partido nazi alemán a pesar de tomar todos los signos como el uniforme y el saludo. Decían odiar la corrupción partidista y la mercantilización de la sociedad, promovían ideas de izquierda y la fuerza del trabajo pero, a diferencia del Partido Comunista, se declaraban nacionalistas furiosos. Tenían un sentido militar y disciplinado de la vida. Apoyaban a Ibáñez y habían sido la pulga en el oído del explosivo presidente Alessandri. Querían derrocarlo, querían un gobierno de corte personalista muy en la línea de los fascismos de la época en Alemania, España, Italia o Argentina.

¿Eran un grupo pequeño de locos que imitaban el nazismo alemán, como los pinta la historia?

La verdad es que tuvieron presencia en las federaciones de estudiantes; sus diputados electos llegaron a representar el 3,5 por ciento del electorado nacional (y creciendo), y juntaron cien mil personas en una manifestación organizada el día anterior a la toma del Seguro Obrero. Declararon su incompatibilidad con el nazismo alemán en 1936 e impulsaron como base ideológica no el concepto de raza sino el del ser nacional, la *chilenidad*, como la llamó uno de sus ideólogos, Carlos Keller. En 1938, el naciismo era una fuerza creciente en Chile que buscaba su lugar en la historia a través de una visión romántica de la patria, heroica y trágica. Eso tenían en mente los integrantes del grupo selecto de miembros de las TNA (Tropas Nacionales de Asalto del MNS) el día 5 de septiembre cuando despertaron en sus casas, se vistieron y se prepararon para su gran acto.

El plan era que un grupo se tomaría la Universidad de Chile y otro la torre del Seguro Obrero para crear conmoción pública; un tercer grupo ocuparía la radio Hucke para iniciar transmisiones revolucionarias, mientras piquetes comando dinamitarían torres de alta tensión y matrices para dejar sin luz ni agua a Santiago; diversos regimientos, contactados por un general en retiro, se alzarían para rodear La Moneda e iniciar un movimiento de fichas de dominó que culminaría con la caída del gobierno y la entrada triunfante de Ibáñez y los nacistas al poder.

Pero todo salió mal esa tarde.

El operador de la radio Hucke consiguió desconectar el transmisor y nadie en Chile se enteró de las razones del barullo; ninguna matriz de agua fue destruida; la única torre que cayó solo cortó la luz por unos instantes en zonas irrelevantes de Santiago, y lo peor, el general Caupolicán Clavel, el supuesto nexa con las fuerzas golpistas del Ejército, simplemente desapareció del mapa y no pudo ser ubicado. Quienes ingresaban al edificio del Seguro Obrero ese día no sabían que la operación había muerto antes siquiera de comenzar. El destino quiso además que una acción que no se había planteado directamente — matar gente; solo se habló de resistir hasta crear las condiciones para un golpe militar— se iniciara con el asesinato de un carabinero.

Los amotinados querían aprovechar que era hora de colación, el edificio estaría casi vacío y no habría resistencia, podrían tomarlo y operar con calma. Pero cuando comenzaron a cerrar las puertas el mayordomo del edificio forcejeó con ellos, la dueña de un puesto de diarios escuchó el alboroto y alertó al carabinero José Salazar, que solo pasaba por el lugar, señalando que estaban asaltando la Caja. El uniformado corrió hacia la entrada, desenfundó la pistola, pero uno de los nacistas fue más rápido y lo hirió de muerte. El estampido resonó en el lobby del primer piso y ya no hubo vuelta atrás. A partir de ahí los hechos se precipitaron. Gerardo Gallmeyer, el líder del grupo, gritó e impartió órdenes. A medida que subían fueron registrando los pisos casi vacíos y reunieron a los pocos empleados presentes. La adrenalina corría a mares.

—¡Estalló la revolución! —gritaban a los empleados asustados mientras subían las escaleras con ellos hasta el piso 12.

Afuera, otro carabinero, Juan Vega, consiguió entrar por una ventana y corrió hasta el lobby con el revólver en la mano. Disparó hacia arriba, las balas rebotaron; el ruido fue ensordecedor en ese edificio amplio de hormigón y aplicaciones de mármol en las paredes. Los gritos y los disparos se sucedieron, el carabinero subió tiroteando los talones de los amotinados, parapetándose en puntos ciegos y disparando de nuevo, hasta que agotó sus balas y se quedó a refugio en un rincón a la espera de refuerzos.

En La Moneda, el presidente Alessandri estaba hecho un energúmeno, convencido de que esa acción era parte de un movimiento mayor que buscaba derrocarlo. Le temía al Ejército, no confiaba en la institución que ya lo había derrocado en 1924 y que seguramente estaba aliada con Ibáñez, su némesis de siempre. Así que llamó a Carabineros, que rápidamente rodeó el edificio y comenzó el asedio.

—¡Quiero finiquitado esto a las cuatro de la tarde! —gritó el presidente a sus subordinados.

En el piso 12, un empleado se acercó a una ventana y comenzó el infierno: los tiros entraban por los ventanales, todos se arrojaban al suelo y se cubrían la cabeza; las balas hacían caer una lluvia de vidrios sobre ellos, los proyectiles rebotaban, hacían saltar molduras y pedazos de yeso; las mujeres gritaban, se arrastraban hacia la habitación del conserje y se cubrían con los colchones, las almohadas y frazadas; algunos lloraban, otros rezaban. Nadie entendía qué estaba ocurriendo de pronto en sus oficinas de trabajo.

Los amotinados se distribuyeron entre el piso 7 y el 11. Carabineros había conseguido romper las cadenas y hacía ingreso disparando hacia arriba a través del estrecho cajón de la escalera de servicio que comenzaba en el segundo piso, único acceso hacia los pisos superiores. Desde arriba, los nacistas arrojaban petardos y algunas bombas caseras hechas a escondidas por un profesor del colegio Sagrados Corazones en su laboratorio de clases. Los uniformados llegaban hasta el piso 5, y ya desde el 7 el intercambio de tiros era incesante. El sexto piso, lleno de barricadas hechas con muebles, máquinas de escribir y de contabilidad, era tierra de nadie.

En esos instantes hizo su ingreso a escena el general de Carabineros Humberto Arriagada. Venía de civil, pero se cambió de ropa y se instaló en la puerta de Morandé 80. Pidió una carabina y disparó como

cualquier otro mientras gritaba, insultaba y ordenaba a sus tropas asegurar posiciones y terminar con el motín lo antes posible. Alessandri le había puesto una pistola en la cabeza: o terminaba el motín antes de las 16.00 horas o llamaría al Ejército. Arriagada odiaba la idea de entregarle el problema no resuelto a los milicos y perder la gloria, así que apretó a sus hombres, mandó a traer ametralladoras y barrió el edificio.

—¡No me hagan pasar vergüenzas! —gritaba descontrolado.

La ciudad estaba conmocionada, los transeúntes se acercaban peligrosamente y nadie entendía qué ocurría ahí, a metros del Palacio de Gobierno.

En el interior del edificio, en el piso 10, Julio César Villacís intentaba mantener contacto por radio con la central de operaciones donde se encontraban Óscar Jiménez Pinochet y «El Jefe», el carismático líder del movimiento nacista chileno, el abogado Jorge González Von Marées.

Después de casi dos horas de resistencia, en algo amainó el intercambio y se hizo un poco de calma. La batalla estaba en tablas. Arriagada era un animal furioso, le quedaban dos horas para el arribo de los militares y no podía creer que unos pocos civiles tuviesen en jaque a su institución. Alessandri caminaba de un lado a otro, exigía resultados, quería dar una demostración de fuerza que nadie olvidara para terminar con la enfermedad golpista permanente que aquejaba a Chile.

La moral era alta en el grupo de rebeldes: estaban logrando contener a Carabineros. Seguramente en la Universidad de Chile, donde se había producido otra toma de similares características, estaba ocurriendo lo mismo, quizá ya estaban en camino las tropas que los reforzarían, todo Chile debía estar escuchando por la radio Hucke del sacrificio que estaban haciendo. Se sentían héroes.

Eran las 14.15 cuando Gerardo Gallmeyer, el líder del grupo, ansioso, se asomó cuidadosamente por una ventana para evaluar la situación. Marcos Magasisch, médico y segundo al mando, fue testigo del impacto de bala que entró limpiamente por la frente del joven y lo mató al instante. El cuerpo cayó inerte como si fuera de trapo, en silencio. Magasisch miró incrédulo, se acercó a gatas, Gallmeyer ya no estaba ahí. Ricardo White asumió el mando, las bajas estaban dentro de las posibilidades, la moral seguía alta y se elevó aún más cuando lograron distinguir a tropas del Ejército acercándose a La Moneda. Todo dependía del apoyo de los regimientos y ahí estaban llegando. Estaban salvados. «¡La revolución ha comenzado!», iban gritando de piso en piso y los vítores y hurras se escuchaban por todo el edificio. Pusieron sus vidas en riesgo pero ahora liberaban al país, como siempre habían soñado.

De pronto, los militares se dividieron, se saludaron cordialmente con los carabineros y comenzaron a apuntar hacia el edificio. Los amotinados no lo podían creer. Las tropas rodeaban el palacio para protegerlo y se sumaban a Carabineros para tirotear las ventanas y preparar el asalto. La desmoralización fue total, habían sido traicionados. Luego de un par de minutos de incredulidad, se reunieron a conversar las posibilidades, tal vez aún tenían alguna si resistían. «Quizá llegó el momento de luchar hasta la muerte», dijo White. Pero a las 15.30 subió, enviado por los carabineros desde los pisos inferiores, Humberto Yuric, uno de los cabecillas de la toma de la Universidad de Chile. También ellos habían fracasado. Solo quedaba este foco de rebelión en todo Santiago.

—Todos fuimos hechos prisioneros. Nos llevaban al edificio de Investigaciones pero alguien ordenó que nos metieran al Seguro Obrero. Nos dispararon con un cañón. Murieron algunos. Las tropas nunca aparecieron. Nada funcionó. Von Marées no contesta. Todo está perdido.

Se miraron, estaban sucios, cansados y ahora completamente desmoralizados.

Nadie dijo nada.

Todo había sido una locura que no había llegado a ninguna parte. En vez de la gloria, se vendrían juicios, cárcel y vergüenza para ellos y sus familias.

Magasisch y White decidieron no inmolar sin sentido a sus compañeros y, emocionalmente

destrozados, acordaron la rendición.

—¿Nos irán a tratar muy mal?

Yuric, Cuello y White bajaron para acordar las condiciones de la rendición.

Todo había terminado.

—¡Nos rendimos! Vamos bajando todos. ¡No disparen! —gritó Magasisch.

Subieron a buscar a los empleados que aún se resguardaban en el piso 12 y comenzó el descenso.

Catorce mujeres entre ellos, iniciando la fila.

Eran las 16.00 y la toma del edificio del Seguro Obrero había concluido.

Media hora más tarde, el general Arriagada le informó al presidente que Carabineros tenía la situación controlada.

Una hora después de la rendición, a las 17.00, se declaró el estado de sitio. El general de Ejército Bari tomó el control de la ciudad y le pidió a la prefectura de Carabineros el parte con el informe de lo sucedido. Le indicaron que estaba en proceso de redacción y que no tardaría en ser entregado. La Policía de Investigaciones avisó que las celdas estaban listas para recibir a los sublevados. La Posta Central también estaba preparada por si hubiera que atender a algunos heridos en una asonada que registró solo una baja en su momento.

Todo parecía tomar el cauce de la normalidad.

A las 18.00 la fiscalía militar comenzó a incomodarse. El informe de Carabineros estaba demorando demasiado. Todos preguntaban por qué no se había comenzado con el proceso de detención y formalización de los detenidos. ¿Dónde estaba ese informe que no debió demorar más de treinta minutos en ser elaborado? ¿Por qué Carabineros no entregaba el edificio después de casi dos horas desde el fin de los enfrentamientos? ¿Dónde estaban los detenidos?

Sus familias comenzaban a aparecer en los alrededores, a consultar en comisarías, los periodistas no tenían respuestas. El hermetismo en La Moneda era total. Aún se escuchaban algunos tiros aislados en el interior del edificio. Carabineros insistía en que solo eran disparos de advertencia a amotinados que aún no se entregaban.

Ya eran las 19.00. Desde la fiscalía no toleraron más demora y enviaron al secretario militar, Leonidas Bravo, a buscar personalmente el informe a la prefectura.

El propio prefecto de Carabineros le contestó de mala manera:

—Están revisándolo. No estará antes de las 21.00.

En la calle, el cerco policial no aflojaba, nadie sabía qué ocurría y las familias comenzaban a sospechar lo peor. Radios y diarios estaban siendo intervenidos por fuerzas policiales, acallados, amenazados, sus oficinas ocupadas por tropas. El silencio en el centro cívico de Santiago se intensificaba con el frío y la noche que empezaba a entrar en la capital.

De pronto hubo movimiento en la entrada del edificio. Carabineros rodeaba el lugar; se alcanzaban a ver algunos civiles saliendo rápidamente subidos a vehículos policiales. Se trataba de empleados que eran retirados sin permitirles contacto con sus familiares ni con la prensa. Había madres y hermanos rogándoles a carabineros por algo de información: sus hijos estaban ahí dentro y nadie decía nada.

Se cumplieron las 21.00 y no había noticias de Carabineros. Bravo volvía a dirigirse a la prefectura, esta vez a exigir, por encargo del general Bari, la entrega final del informe. Nuevamente no tuvo respuesta, pero logró ver reuniones muy sospechosas entre miembros de la intendencia, de Carabineros y del gobierno. Los rumores comenzaban a tomar forma: algo horrible había pasado en el interior del edificio.

El diputado Raúl Marín, que llegó al lugar como todos movido por la conmoción, escuchó del capellán de Carabineros que habría algunos muertos en el edificio. El diputado no lo pensó y decidió ingresar. Le

pidió al capellán que lo acompañara junto a un periodista y un doctor. En la entrada le gritaron al carabinero de guardia que venían de parte del presidente a realizar una inspección. Era mentira, pero el uniformado titubeó y los dejó entrar.

El grupo no veía nada extraño en el primer piso: muebles apilados, máquinas de escribir destrozadas, restos de algunas explosiones, agujeros de proyectil en las paredes y algunos casquillos de bala, nada raro para un enfrentamiento desordenado entre dos fuerzas menores. Pero al entrar a la escalera de servicio, ubicada tras una puerta en una esquina del segundo piso, se encontraron de golpe con el primer cadáver y los peldaños teñidos de rojo. Guardaron silencio, se miraron, caminaron más lento; algo no estaba bien. Demasiado silencio. La tensión pesaba, las pupilas se dilataban. Avanzaban en puntillas para no resbalar porque la sangre ya era una alfombra, una capa espesa que bajaba por los peldaños y cubría todo el piso. Temieron lo peor. Cuando giraron para tomar la curva que los llevaría al tercer piso quedaron mudos. Frente a ellos, a lo largo de toda la escala y dando la vuelta había un cerro de cadáveres apilados en las posiciones más grotescas. Rostros desfigurados, miembros que colgaban, caras aplastadas; las paredes cubiertas de agujeros de bala, salpicadas de sangre y masa encefálica, vísceras colgando entre brazos y piernas crispadas. Una carnicería con olor a sangre, carne cruda y pólvora en un encierro que les provocó náuseas. Más arriba, un par de carabineros de guardia custodiaba la matanza. Un oficial les explicó que Carabineros se enfrentó con profesionalismo a quienes los atacaron alevosamente y solo habían cumplido con su deber. El diputado no respondió. Para continuar su inspección, Marín debió subir pisando los cadáveres. «¿Qué mierda pasó aquí?»

Después de un par de horas de inspección constató que más allá del sexto piso no había nadie y comenzó el descenso, agotado, destrozado por dentro.

Al pasar junto a un grupo de cadáveres creyó ver movimiento, una pierna temblaba en el enredo de cuerpos y el diputado se acercó a verificar. Un carabinero intentó detenerlo y el diputado explotó, quizá soltando toda la tensión del horror que estaba viviendo y le gritó descontrolado que él era un representante del pueblo, y que no toleraría dejar heridos sin auxilio en medio de la carnicería. El carabinero retrocedió y, en ese instante, de entre los cuerpos sanguinolentos surgieron tres sobrevivientes desde distintos lugares; se arrastraban, moviéndose apenas, rogando por ayuda, bañados en sangre, uno con fracturas, otro con el rostro desfigurado, estirando las manos, sollozando. Marín y sus acompañantes estaban horrorizados. El carabinero levantó su fusil con los ojos desorbitados, apuntando en todas direcciones, pero no se atrevió a disparar con el diputado ahí. Los heridos se aferraron a sus ropas y les rogaron que no se fueran o los matarían a ellos también. Marín le pidió a Darío Zañartu, el periodista que lo acompañaba, que protegiera a los sobrevivientes mientras él cruzaba a La Moneda para hablar con el presidente y pedirle protección para los heridos. Zañartu los escondió en una habitación temiendo también por su vida. Él era solo un periodista, y de pronto estaba en una oficina cuidando tres cuerpos desgarrados en medio de la ocupación policial de un edificio sembrado de cadáveres.

¿Qué ocurrió, David Hernández?

¿Qué pasó después de la rendición, Carlos Pizarro?

¿Cómo llegamos a esto, Facundo Vargas?

¿Qué pasó realmente dentro de la *torre de la sangre*, como llamaron después al edificio?

Los sobrevivientes contaron entre llantos que todo ocurrió después de rendirse.

Bajaron con las manos en alto y portando una bandera blanca. Con el corazón de plomo. Con el alma colgando de un palo, bajando como una espina de pescado que desciende por la garganta, peldaño a peldaño.

Según consta en el acta de la 2ª comisión de acusación de la honorable Cámara de Diputados de Chile, con fecha marzo de 1939, los carabineros les habrían gritado:

—¡Bajen, no les vamos a hacer nada!

Los derrotados descendieron lentamente, bajaron desde el cielo caminando con el cadáver de Gallmeyer en los brazos hasta el quinto piso. Fueron siendo rodeados. Los corazones latían a mil por hora frente a tanto fusil, tanto cañón, gorra y verde que salía de los rincones ahogándolos. Se detuvieron en la escalera y se rompió el encanto que separa a los enemigos en un combate; ese momento en que unos dan un paso más y tocan a los otros y comienzan los empujones, los insultos, bota ese fiambre, conchatumadre; los agarrones, las bofetadas, los culatazos, los golpes de puño, las patadas y separa a los empleados de los amotinados de mierda.

—Lleven a los empleados abajo. ¡Sáquenlos de aquí!

Y la furia acumulada por horas de tensión se descargó en el otro con violencia. La tranquilidad de poder golpear e insultar a un enemigo vencido e inerte fue intoxicante. Seguro que a más de alguno se le paró la verga clavándole el fusil en los riñones a estos pijecitos botados a revolucionarios.

—¡Yo soy empleado del Seguro! —protestó José Cabello mostrando su carnet.

El comandante lo escuchó en medio del forcejeo, se acercó y le partió el cráneo con la cachapa de su revólver. Francisco Droguett, civil, desenfundó y le disparó casi a quemarropa en el estómago. Ese empleado que en la mañana había salido de su casa como cualquier otro día, se derrumbaba con los ojos atónitos. El civil expulsó su ira descargando el revólver sobre los rendidos como una bomba que explotaba una y otra vez. Cuando las tronaduras se detuvieron y el humo se disipó había tres o cuatro jóvenes en el suelo, removiéndose de dolor. Alguno cesó de hacerlo a los pocos segundos. El grupo de empleados observaba sin creer lo que estaba viendo. En el silencio que se hizo, Carlos Ossa Monckeberg se adelantó muy asustado para hacer ver su condición de funcionario de la corporación, quizá Cabello no fue lo suficientemente respetuoso. Iba a hablar pero un carabinero, sin trámite, le descerrajó dos tiros y lo mató instantáneamente. Claramente, la instrucción era guardar silencio.

Los jóvenes, la mayoría vestidos de traje y corbata, se mantenían a duras penas de pie en el descanso de la escala entre el cuarto y el quinto piso, rodeados en un callejón, las carabinas cada vez más cerca, casi todas apuntándoles. Algunos temblaban, otros llevaban su mente hacia otros lugares, a su familia, al peso del fracaso. El peso del silencio. ¿Qué ocurrirá? ¿Qué harán con ellos? No podían matarlos así sin juicio, estaban a metros del Palacio de Gobierno, todos lo sabrían, era ilegal. No se iban a atrever. A plena luz del día. Ninguno sabía que la orden ya estaba despachada. El general de Carabineros y director de la institución, Humberto Arriagada, al parecer con la anuencia del propio presidente de la República, en un hecho inédito de nuestra historia, había enviado un papel igual de blanco que la bandera en la mano de Magasisch, con la orden de que nadie saliera vivo.

Se escuchó el suspiro del oficial.

—Ya, niños —dijo, dirigiéndose a sus subordinados—. Terminemos.

Desde la plaza de la Constitución se sintió como un solo bramido. Pero fueron decenas de fusiles disparando casi al mismo tiempo, buscando cabezas, pechos y estómagos. Miles de años de cultura humana, de avances científicos solo para conseguir arrojar la misma piedra pero más dura y más rápido para atravesar piel, tejidos, sensores de dolor; quebrar huesos y estallar los órganos internos de otro ser humano. La sangre explotó en todas direcciones, los cuerpos buscaban protegerse unos de otros mientras les entraban bolas de metal por las carnes, rasgaban las telas de sus trajes y entre corbatas e intestinos los amotinados se ahogaban con el humo y manoteaban buscando aferrarse a algo que no alcanzaban, mientras se les nublaba la vista, se les alejaba la imagen y un abismo se abría bajo los zapatos.

Cuando la primera descarga se detuvo, continuaron los insultos, las patadas a los cadáveres, los tiros de gracia uno por uno a los agónicos. Los carabineros avanzaban sobre los cuerpos como hormigas buscando aliento, hurgando entre los pulmones el aire y la expresión en las miradas. Buscaban vida para

extinguirla, como animales olfateando al que se movía para ponerle selectivamente un tiro en la cabeza. Allá hay otro que gime, tiro en la cabeza, más allá se giró uno, tiro en la cabeza, ese tiene los ojos abiertos, tiro en la cabeza. Allá se movió una pierna. Tiro en la cabeza. Un cráneo estalló y salpicó al carabinero. «¡Conchetumadre!», patada a lo que quedaba de Ricardo White. Algunos intentaban, en su agonía, ponerse de pie. Pedro Molleda se tambaleaba como un borracho y gritaba «¡Viva Chile!», y recibió más descargas que lo derribaron, pero se enderezó y dijo:

—No importa que nos maten, camaradas, nuestra sangre salvará a Chile.

Un sable es un fierro con filo y fue eso lo que cayó sobre la cabeza de Molleda.

—¡Qué venís a hablar de salvar a Chile, hijo de puta! —le gritó un oficial a cinco centímetros de los ojos.

Retrocedió y le dio dos sablazos cruzados directamente en la cara. Mientras el joven agonizaba, le hundió el sable en el pecho. Como un energúmeno sacó su revólver y le dio dos tiros más en la cabeza. La carnicería estaba desatada, los sables se desenvainaban y como destellos molían lo molido, cortaban lo quebrado y trozaban lo que iba quedando de los jóvenes. Carabineros saltaban sobre los cuerpos esperando ver alguna reacción para descerrarles tiros en la cara. Chapoteaban en la sangre caliente. Insultaban, gritaban como enajenados soltando la tensión, mataban a culatazos a un empleado que no debía estar ahí. Un culatazo tras otro, tras otro, en la cara, la cabeza, el cuello, la cabeza, la cabeza de nuevo, la cabeza. La demencia a un centímetro bajo la civilidad.

Respira hondo, suda, cansa matar, por eso hay que estar enojado, estos conchadesumadres mataron al paco en la entrada, estos conchadesumadres iban a violar a nuestras mujeres, a matar a nuestros hijos, son un cáncer, son monstruos, otro culatazo más. Pegarle a una cabeza quebrada es como golpear un jarrón bajo una frazada. Y cansa. Respira, respira hondo.

—¡Háganse a un lado! —grita el oficial a cargo.

Un carabinero apareció con una ametralladora y repasó los cadáveres de lado a lado. Saltaron trozos de cuerpo, trozos de hueso y tela, «es igual que tirotear sacos», y la sangre caía por los peldaños. Un cuerpo humano tiene cinco litros de sangre en el cuerpo, y esa tarde bajaba por los peldaños la de una treintena, como envases rotos, máquinas quebradas.

—¡Traigan a los otros, a los amotinados de la Universidad de Chile!

—Pasen por arriba nomás, si estos huevones ya no sienten nada.

—Muévete, conchetumadre.

Alberto Montes, parte del grupo que se había tomado la universidad horas antes, cerró los ojos. Cada segundo pesaba y latía en todo su cuerpo.

—Cumplan con su deber, niños.

Otra tormenta, un temporal como los de Valparaíso, donde caen árboles y el oleaje revienta contra las rocas y el cielo se rasga tronando. Caían uno tras otro, gritando, en silencio, revolviéndose, quietos. ¿Han visto la cola cortada de una lagartija?

Alberto Montes cayó debajo de algunos compañeros con una bala en el brazo y la cara regada por la sangre de otros. Se hizo el muerto. Escuchó algunos gritos y llantos de compañeros agonizantes que llamaban a sus madres. Le iluminaron los ojos con una linterna, le clavaron con elementos punzantes. Cada tiro de gracia parecía más cerca. Apenas podía controlar su respiración. El terror quemándole cada célula del cuerpo. En cualquier momento sentiría el cañón de un revólver en la cabeza y su mente explotaría, como un puñado de luciérnagas en la oscuridad. Pasaban los minutos, el brazo le dolía como el carajo. Tres tiros de carabina lo rozaron en pies y rostro. El silencio fue ganando la pelea poco a poco al interior del edificio del Seguro Obrero. Ya eran las 18.00 horas. El general Arriagada hizo su entrada

realizando una lenta inspección, revisó el estado desastroso de los cuerpos y ordenó dejar de disparar. Exigió culatazos y sables para terminar con los agónicos que encontraran, basta con el alboroto.

Sonó nuevamente el reloj del diario *La Nación*, las 19.00, y Alberto Montes era tomado de pies y manos y arrojado por la escala en el afán de distribuir los cuerpos para simular enfrentamientos. Quedó con la cabeza colgando hacia el piso inferior, pero no movió un pelo. Imaginen horas inmóvil, con enemigos armados caminando sobre ti, olisqueando y buscando tu calor, tu mínimo gesto, el temblor de un párpado para hacerte explotar la cabeza. Montes escuchó el reloj dando las 20.00 horas. Quería llorar, se le cruzaban una y otra vez todas las imágenes del día, el momento en que dijo «Sí, participo», el asalto, el cañón que usaron para romper las puertas de la Universidad de Chile, el camarada que saltó hecho pedazos. Imaginó a Chile como un gran cementerio sembrado de cuerpos, sobre huesos de obreros, sobre huesos de campesinos, sobre huesos de indígenas. Una cordillera de huesos el blanco de la bandera, un mar de sangre ahí abajo rematando el emblema.

Algunos minutos después escuchó conversaciones, movimiento, sonaron correas, broches y el esfuerzo de alguien que intentaba dar vuelta un cadáver. Los carabineros habían comenzado a saquear los cuerpos. Billeteras, monedas, mancuernas y relojes. Comentaban entre ellos los hallazgos. Le trataban de sacar el reloj a Montes pero algo lo trababa.

—Córtale la mano.

Pero la correa cedió.

Silencio, noche, silencio, frío. El reloj daba las 21.00 horas. Cada minuto era un minuto ganado a la muerte. A Montes le dolía todo el cuerpo.

Las 22.00. Llevaba más de cuatro horas inmóvil.

Antes de desmayarse, escuchó movimientos más abajo. No sabía que el diputado Marín había conseguido el indulto para los tres sobrevivientes que cuidaba el periodista Zañartu y regresaba a buscarlos. Serían llevados a Investigaciones donde los torturarían durante horas. Marín no sabía que había otro sobreviviente más arriba. Montes los escuchó irse. No soportaba más el dolor de sus heridas y se levantó, que pase lo que deba pasar, ya no aguantó más. Pero el centinela, sorprendido, quizás asustado, lo ayudó, sin saber qué más hacer. Un par de oficiales lo bajaron al primer piso y frente a él discutieron la mejor manera de matarlo. De un tiro en la nuca no, porque otro disparo a esa hora no era conveniente; estrangulado no, porque se darían cuenta en el Médico Legal. Montes escuchaba desenchajado. ¿Y si lo llevamos al sexto piso, le damos un culatazo en la cabeza y lo arrojamos por el cajón de la escala? Podríamos decir que se suicidó. Pero había tantos muertos, ya habían liberado a tres, qué más daba otro, así que lo enviaron a Investigaciones. Se habían cansado de matar.

Recién a la 1.00 de la madrugada comenzaron a sacar en camillas los despojos de los jóvenes del Seguro Obrero. Cargaban camiones con los restos, algunos irreconocibles, aplastados, de Marcos Magasisch, Carlos Barraza, Humberto Yuric, Enrique Herreros...

A las 4.00 de la madrugada comenzaron a ser entregados. Se les prohibió a familiares, con lo que quedó de sus hijos en los brazos, realizar cualquier rito religioso, velorio o ceremonia, y fueron obligados a dirigirse desde el Instituto Médico Legal directamente al cementerio. Las caravanas de silencio se sucedieron una tras otra antes del amanecer. Madres y hermanos acarreaban a su ser querido en un cajón cerrado.

Cuando los cadáveres aún no se enfriaban, la acción oficial para encubrir los hechos ya había comenzado. Se clausuraron todos los periódicos opositores, radios y revistas. Carabineros redactó una declaración estándar que todos sus funcionarios debían aprender, en la cual se decía que los amotinados habían muerto en enfrentamiento o disparándose entre ellos mismos por rencillas internas. Guion repetido que se utilizaría hasta el cansancio cuarenta años después.

Al día siguiente, el ministro del Interior, Luis Salas Romo, publicó un artículo en el medio oficialista *El Diario Ilustrado*, confirmando que los nacistas habían muerto acribillados entre ellos y felicitó al general de Carabineros por su patriótica acción. La paranoia de Alessandri estaba saciada. El intento de golpe de Estado de Ibáñez, su enemigo de siempre, había terminado. El final había sido demoledor, cruel y definitivo.

Todos los uniformados involucrados recibieron gratificaciones en dinero y ascensos a nombre del gobierno «por los problemas que pudieron suscitarles los hechos del 5 de septiembre».

Paradójicamente, Alessandri ganó pero su derrota posterior fue definitiva. Ross, el candidato del gobierno, de la derecha y seguro triunfador, vio dañado su prestigio al ser asociado con la matanza. Ibáñez bajó su candidatura y junto al propio MNS llamó a votar por Pedro Aguirre Cerda, quien finalmente ganó la elección por apenas cuatro mil votos, inaugurando uno de los períodos presidenciales más brillantes de nuestra historia.

Los procesos y las investigaciones que vinieron con posteridad fueron vergonzosos. Luego de un juicio civil que liberó de responsabilidad a todos los uniformados, vino una investigación de la Cámara de Diputados que inculpó al presidente y a los oficiales de Carabineros. Elaboraron una resolución, pero la mayoría de derecha en la cámara rechazó los resultados y cerró la comisión, obviamente.

Fueron tribunales militares los que finalmente llevaron adelante un juicio que terminó con los complotadores, con Arriagada y muchos uniformados condenados. Pero este último esfuerzo de justicia se convirtió en letra muerta cuando el sistema jugó su última carta maestra, la acostumbrada patada en el tablero. Desde La Moneda surgió el indulto definitivo para todos los implicados, dejando en la impunidad uno de los asesinatos masivos más descarados y crueles de nuestra historia, ocurrido FRENTE al Palacio de Gobierno.

Siempre el olvido, siempre el peso de la noche.

¿Para qué sirve saber de historia? Habría servido para conocer y rechazar a Humberto Arriagada como director de Carabineros, si la población hubiera sabido que la masacre de Ranquil, donde centenas de campesinos mapuche fueron rodeados y masacrados por uniformados cerca de Lonquimay en 1932, había sido dirigida y ejecutada por él. Santiago no sabía a quién tenía encargado de la seguridad en las calles, nadie sospechaba que el carnicero de Ranquil se hacía cargo de la vida de sus familias.

Mención especial al teniente Antonio Llorens Barrera, quien se negó a participar en el acribillamiento de los civiles desarmados, ya rendidos y sin juicio. Por supuesto, en premio a su humanidad y sentido republicano, fue detenido con violencia, encerrado en un calabozo de Investigaciones, vejado y expulsado de Carabineros de Chile para siempre.

Me tocó conversar con la sobrina nieta de Humberto Yuric, Michele. Fue increíble verla llorar al hablar del impacto que tuvo en su familia la muerte de Humberto a casi ochenta años de los hechos, el dolor de sus abuelos y la sombra que cayó sobre todos. «No se trata de ideologías, eran chilenos y fueron asesinados como perros, sin un juicio.»

Es sintomático de nuestro país el olvido, el retorno a la página en blanco. Chocar contra el mismo muro de sangre, siempre. Olvidar es arriesgarse a repetirlo todo una y otra vez. Chile y sus choques de amnésico, sus malas bromas. Sintomático de esto es que el edificio donde se cometió uno de los crímenes más espantosos y públicos de nuestra historia, concluido en la más vergonzosa impunidad, hoy albergue nada más y nada menos... que a nuestro Ministerio de Justicia.

LOS SÍMBOLOS DE PODER CHILENOS

Todos los países, imperios, incluso pequeñas comunidades, guardan celosamente objetos en los que por distintas razones sienten que reside la identidad del grupo. Hay algunos casi mitológicos, como la famosa *pedra del destino* escocesa. Una roca plana sobre la que coronaban a sus reyes, supuestamente utilizada por el profeta bíblico Jacob para apoyar su cabeza mientras dormía. La piedra fue secuestrada por los ingleses y puesta bajo un trono construido *ad hoc* para coronar a los reyes anglos durante siete siglos. Incluso la actual reina Elizabeth se sentó sobre esa roca cuando recibió la corona en 1953, en la abadía de Westminster. Fue devuelta recién en 1996.

En el año 2004 hice un viaje a Europa con el propósito secreto de conocer uno de estos objetos. Llegué a Viena y fui directo al Hofburg, el complejo de edificios en el centro de la ciudad, corazón del Imperio austrohúngaro y su nobleza dirigente; crucé dos jardines que parecían dibujados para un cuento de hadas, pasé bajo un arco precioso hasta ingresar a la *schatzkammer*, la cámara del tesoro, donde había desde cristos labrados en dientes de jabalí, espadas enfundadas en «cuernos de unicornio», dedos de santos engastados en maravillosos relicarios de orfebrería alucinante, hasta pedazos del mantel de la última cena. Casi al final de este recorrido entre rarezas de la fe estaba lo que yo había ido a conocer. En un lugar privilegiado dentro de una vitrina de cristal, junto al conjunto conocido como *joyas del Reich*, relucía la famosa *lanza de Longinos*. Esta es una punta de hierro envuelta en láminas de oro que supuestamente habría herido el costado de Jesús crucificado. Es un objeto de poder fundamental en la mitología germana reciente. De hecho, cuando Adolf Hitler anexó Austria, una de las primeras cosas que hizo fue llevarse esta misma lanza y mantenerla oculta en Núremberg, en una cámara a más de cien metros de profundidad. El objeto cargaba con la leyenda de hacer invulnerable a su dueño. Y como no hay nada más entretenido que las casualidades, esta reliquia fue rescatada por los norteamericanos solo días antes del suicidio del *führer*. Pero esa es otra historia.

Nuestros objetos de poder son bastante más humildes y se relacionan con nuestra corta vida como país independiente. Así como Estados Unidos tiene el pergamino del acta de independencia o la famosa *campana de la libertad*, en Filadelfia, Chile tiene la piocha y la espada de O'Higgins, el acta de independencia, los diarios de Carrera y la bandera sobre la que se juró la independencia el 12 de febrero de 1818. Cada país protege y preserva estos símbolos como tesoros de su identidad, objetos preciosos y relevantes para todos. Sin embargo, en Chile la piocha de O'Higgins se perdió, la espada está desaparecida, el acta de independencia fue destruida, los diarios fueron regalados y la gloriosa bandera fue robada desde el Museo Histórico Nacional en 1980. Incluso la réplica de la espada de O'Higgins también fue robada desde la Casa de la Cultura, en Chillán viejo, en mayo de 2015. Pero tranquilos, al menos los diarios fueron recuperados y la bandera restituida por sus captores en una aventura digna de contar. Vamos por partes.

La piocha de O'Higgins

Este objeto de poder es esa medalla con forma de estrella que se cuelga al final de la banda presidencial durante los traspasos de mando. Sus orígenes no son claros. Se le llama piocha de O'Higgins, pero en los clásicos retratos de Gil de Castro el prócer aparece con una medalla completamente distinta. La que

conocemos hizo su aparición recién en 1827. Como todo objeto reliquia, algo de amuleto y carga psicológica acarrea. Existe la leyenda de que el presidente al que se le cae o tiene dificultades para ponérsela tendrá un gobierno difícil o simplemente no lo logrará terminarlo. Se le habría caído a Balmaceda, que a raíz de la guerra civil de 1891 no pudo acabar su mandato, y también a Alessandri en 1920, que debió entregar su primer gobierno a una junta militar en 1924. Con los años se convirtió en el símbolo del mando, en el objeto permanente que pasa de presidente a presidente, encarnando el poder y la legitimidad del gobernante... y la actual es falsa. Sí, porque la original se perdió en el Palacio de La Moneda durante el golpe de Estado de 1973. La que se entregó desde el retorno a la democracia en 1990 fue una copia hecha sobre la base de registros fotográficos y descripciones nada de ajustadas. Es decir, el símbolo del poder presidencial chileno por excelencia en realidad no existe. Sobre ella circulan rumores, sobre todo desde el lado militar, que sostienen que la pieza no está extraviada sino «a buen recaudo y en las manos correctas». Pero la verdad es que no hay antecedentes al respecto. El objeto se perdió esa mañana nublada del 11 de septiembre y no hay más que decir, salvo considerar el simbolismo del hecho y que esta joya del republicanismo y el poder civil que se traspasa entre presidentes desde 1990... fue hecha por el artesano que elaboraba las medallas militares durante la dictadura de Pinochet.

El sable de O'Higgins

¿Y el famoso sable del libertador? Es tan importante para el mundo militar que se le entrega una réplica exclusiva de aquel a cada oficial general que asume en el Ejército. Pero, para entender mejor su sentido e historia, vamos un poco hacia atrás.

Era enero de 1818 y los realistas, después de retroceder desde el norte y atrincherarse en Talcahuano empujados por los patriotas, recibieron refuerzos por mar desde Perú y comenzaron un irrefrenable avance de regreso hacia el centro del país, en dirección a Santiago. Las filas patriotas no podían sino retroceder trepando el mapa hasta que, solo tres meses después, en abril, tuvieron a las tropas del rey de España a las puertas de la capital. Había tensión y miedo en la población. Era el momento decisivo, el todo o nada no solo para Chile sino para todo el movimiento independentista latinoamericano. San Martín y su ejército se instalaban en un territorio alto en los llanos de Maipú y los realistas de Mariano Osorio hacían lo mismo un poco más allá. San Martín sabía que si ganaban los de España, la causa independentista quedaría encerrada en Argentina, sin posibilidades de llegar a Perú, el corazón del Imperio español y donde había que asestar el golpe. Los chilenos, a su vez, sabían que si eran derrotados caería la furia del Imperio sobre los rebeldes y sus familias. La revancha sería terrible.

Había silencio en Maipú.

Era casi mediodía.

Los ejércitos se miraban, los soldados temblaban haciendo sonar las hebillas; como era costumbre se repartía aguardiente para enfrentar el horror de lo que se venía; estaban aterrados, el valor no era carecer de miedo, sino actuar a pesar de él.

Alguien gritó, la artillería patriota rompía el paisaje a cañonazos y la infantería corría gritando para entrar en ese estado alterado necesario en la matanza porque el choque sería cruento y la carnicería terrible.

Más de tres mil soldados morirían ese día.

En uno de los momentos clave, San Martín necesitó reforzar un sector de su ataque debilitado; la situación era apremiante. Entonces, hizo una aparición providencial Manuel Labarca a la cabeza de escoltas de la Academia Militar, sencillos cadetes que contribuyeron a consolidar la victoria final. Por la

intervención tan oportuna, O'Higgins, que llegó al final de la batalla, le entregó su propio sable en reconocimiento. La espada quedó en la familia Labarca y pasó de padre a hijo con todo el orgullo que uno pueda imaginar. Hasta que en 1895 fue donada al Museo Militar por sus descendientes. Luego, la reliquia encontró su lugar en el Palacio de La Moneda, desde donde desapareció adivine en qué fecha. Sí, 11 de septiembre de 1973.

Durante años la versión oficial fue que el valioso sable se perdió, quizá destruido por los bombardeos y el posterior incendio. Sin embargo, también circulaban rumores que exfuncionarios de la dictadura se apresuraban a desmentir: «Trabajé cerca de mi general Pinochet durante años y nunca vi que ese objeto estuviera en su poder». La espada que brilló ese 5 de abril en Maipú, donde se había ganado la independencia para Chile, se había destruido para siempre entre las paredes de la incendiada Casa de Gobierno; esa era la conclusión.

Recién en el año 2011 se dio con una pista definitiva de su destino. La investigación judicial sobre la muerte de Salvador Allende, llevada adelante por el juez Carroza, le exigió al Ejército la entrega del expediente sobre el suicidio del exmandatario. La fiscalía militar negó tenerlo y fue solo a través de dos copias conseguidas fortuitamente que se pudo acceder, entre otras cosas, a un escondido y curioso *tercer informe*, de 1973, titulado «Relación de especies encontradas por personal militar en lugar del suicidio», firmado por el coronel Julio Polloni Pérez. En este papel adjunto, casi insignificante, se leía una lista de objetos, entre otros la ametralladora AK-47 de Allende, su valioso reloj Jaegger le Coultre, documentos históricos varios y, en primer lugar, con todas sus letras, el ítem «la espada de O'Higgins». Los objetos de esa lista, que ese día pasaban oficialmente a custodia del Ejército, siguen perdidos hasta el día de hoy, negándose que estén en poder de la institución a pesar de ese informe. Sin embargo, en el año 2006, la historiadora Patricia Arancibia Clavel, cercana al pinochetismo y hermana del agente de la DINA, Enrique Arancibia Clavel, se despachó una sorprendente respuesta en una entrevista a nuestro.cl, un sitio sobre patrimonio nacional patrocinado por la Unesco.

¿Por qué Pinochet se llevó la espada de O'Higgins?

Supongo que debe haberlo considerado un símbolo importante de poder. El poder ayuda a que el ego se desarrolle vigorosamente. En todo caso, no es legítimo que los gobernantes se queden con cosas que son patrimonio nacional.

A confesión de parte, relevo de pruebas, dicen en los tribunales. El punto es que quizás el arma más importante de nuestra historia ya no le pertenece a todos los chilenos y continúa desaparecida.

El acta de independencia

Vamos por ese tercer objeto de poder, uno que despierta controversias y enfrenta al menos a dos de nuestras ciudades más importantes, Concepción y Talca, en una pelea con muy poco sentido: el acta de independencia.

Talca reclama ser el lugar donde se declaró la independencia el 12 de febrero de 1818; Concepción se enoja porque se habría declarado en su plaza el 1 de enero del mismo año, cuarenta y dos días antes. Los alcaldes se mandan mensajes por la prensa y levantan monumentos jurando que el acta se habría firmado en su ciudad.

La verdad es que ambos están equivocados. Hay un par de cosas que aclarar y para eso volvamos, otra vez, un poco más atrás.

En términos sencillos, la campaña de nuestra independencia consistió en una invasión del Ejército argentino atravesando la cordillera al norte de Santiago. Derrotaron a los realistas en Chacabuco y los correataron hacia el sur hasta que estos se atrincheraron en Talcahuano. ¿Por qué ahí? Porque encerrarse en un puerto permitía que te llegaran refuerzos por mar. Había que derrotarlos antes o romper la fortificación, pero O'Higgins fracasó en ambas.

Era 1 de enero de 1818, la frustración cundía entre las tropas patriotas porque sabían que los refuerzos españoles, con Mariano Osorio al mando, ya venían desde Perú. El fantasma de lo que ocurrió en la intentona de 1814, cuando los patriotas fueron barridos por los refuerzos que llegaron de Perú, recorría los corazones de todos.

Entonces O'Higgins tomó una decisión política. Un par de meses antes se había realizado un plebiscito en el cual le preguntaron a la ciudadanía si quería independencia y la respuesta fue un SÍ rotundo. Ok, los lugares donde votabas SÍ o NO eran distintos, el país estaba ocupado por los patriotas y seguramente nadie quería ser visto en el local de votación equivocado, pero... El punto es que nuestro prócer decidió hacer un acto público al respecto. Reunió a las tropas en la plaza de Concepción y declaró a viva voz la independencia de Chile. Luego agarraron sus cositas y comenzaron a retirarse hacia el norte, arrasando campos y cosechas para evitar que las utilizaran los españoles que finalmente desembarcaron el 10 de enero. El objetivo de esa declaración era justamente que, cuando los realistas pusieran pie en Chile, estuvieran *invadiendo* un país independiente y no *recuperando* territorio propio.

A fines de enero, ya en Talca, O'Higgins le pidió a la administración de Santiago la redacción de un acta de independencia. El documento fue aprobado y se proclamó en un acto oficial en la Plaza de Armas de Santiago el 12 de febrero de 1818. Bien apuradito, porque se venían los realistas. Asistieron todos los estamentos del gobierno, el director supremo subrogante y las autoridades eclesiásticas.

¿Dónde se produce la confusión, entonces? En que O'Higgins encabezó un acto paralelo en Talca ese mismo día y hubo personas que interpretaron que su sola presencia convertía a ese en el acto oficial, pero no es así. Lo mismo que sucedió en Talca ocurrió varias veces más en muchas otras ciudades durante años: un acto local de proclamación del acta.

Otro detalle que mueve a confusión es que O'Higgins pidió fechar el acta a *1 de enero de 1818, Concepción*, para validar el acto previo a la invasión. En esos momentos, como decíamos antes, el ejército realista avanzaba hacia Santiago y había que legitimar todo rápidamente. La situación era de mucha tensión e incertidumbre: todo podía irse al carajo y la represión, el exilio y la cárcel estaban a la vuelta de la esquina si todo fracasaba.

En resumen: la independencia se *declara* a viva voz en Concepción el 1 de enero de 1818; el acta (el documento) se *proclama* oficialmente en Santiago el 12 de febrero del mismo año, y O'Higgins encabeza un acto *local* de proclamación en Talca. El resto es challa.

Ah, y cuando escuche que el acta se firmó en tal o cual ciudad, ríase, pero con respeto. El acta NUNCA se firmó. Recién en 1832, el presidente José Joaquín Prieto consideró oportuno autografiar el documento y pidió ubicar a los protagonistas. Incluso debió enviarlo a Perú, donde O'Higgins vivía su exilio. Después de eso, el documento de nuestra independencia, la preciosa carta de nacimiento de nuestro país, descansó en el corazón de la República, el Palacio de La Moneda, hasta, adivine..., sí, el 11 de septiembre de 1973.

Volvamos a los últimos momentos del presidente Allende.

Eran las 13.00 del 11 de septiembre. La Moneda era un infierno. Dieciocho rockets la habían impactado y varios focos de incendio llenaban de humo los salones. Por las ventanas entraban balas de gran calibre que rompían lámparas, desconchaban las paredes, obligaban a usar casco y a arrastrarse por

pasillos y salas. En medio de la tormenta y en un arranque de furia poco conocido, Allende derribó los bustos de casi todos los presidentes en el espacio destinado para ellos. Lo ayudaron.

—¡Dejen el de Balmaceda y el de Aguirre Cerda —gritó—. Los únicos que han valido la pena.

Sus compañeros estaban desesperados porque el presidente insistía en disparar hacia el exterior y la respuesta en fuego de ametralladora y fusil era brutal.

Era un civil, de sesenta y cinco años, médico, enfrentándose a todo un ejército.

La Moneda ardía por sus cuatro costados.

No había mucho más que hacer.

Cuando ya estaba todo perdido, su amigo Augusto Olivares agonizaba frente a sus ojos y los soldados estaban a punto de entrar, su última orden fue pedirle a Eduardo «Coco» Paredes que desmontara el acta de independencia de su marco acristalado. La Moneda era un edificio en llamas y había que salvar el precioso documento como último gesto. Ordenó que le fuese encargado a Miria Contreras, la «Payita», su pareja y amante por años, la única mujer que se quedó con él hasta el final. La instrucción fue entregársela a los militares. El ambiente era de funeral, era la República la que se estaba quemando. La mujer la guardó en la chaqueta de Augusto Olivares, que con sus bolsillos siempre llenos de llaves, papeles, monedas y libretas, sería un buen recuerdo para su viuda.

Lo que siguió a continuación es confuso. Se escucharon tiros en el salón Independencia, el humo era sofocante, alguien gritó:

—¡El presidente ha muerto!

La Payita gritó y debió ser contenida entre varios para que no regresara.

Empujones, gritos, desilusión, insultos y culatazos. Patadas y golpes de puño desde un remolino verde oliva que les caía encima mientras salían del palacio. Todos se llevaban las manos instintivamente a la cara, los cañones de los fusiles se hundían en las espaldas y los insultos también. La puerta, la luz de la calle, tanques, jeeps, olor a keroseno y los ojos enrojecidos por el humo. Más gritos.

—¡Al suelo, mierda!

—¡Ese huevón está armado, seguro!

—¡Permiso para pasarles el tanque por la cabeza a estos conchasumadres, mi teniente!

—¡Revisen a la mujer!

El soldado le arrancó la chaqueta de los hombros y comenzó a botar su contenido. En el proceso encontró algo extraño. Miró a la Payita mientras lo extraía. Era un pergamino antiguo. No sabía de qué se trataba. Miria Contreras abrió los ojos y la boca, pero el soldado tomó el documento con ambas manos y lo rompió por la mitad.

—¡No, soldado, no!

Juan Seoane, inspector de Investigaciones, recuerda haberla oído gritar:

—¡Es el acta de independencia, no la rompa!

Pero el militar ya la había destrozado, arrojado al pavimento y a ella la empujó contra la pared.

Nuestro documento fundacional quedó en el suelo esa tarde, junto a otros escombros. Alguien, sin saber lo que estaba haciendo, lo arrumbó después junto a otros pedazos de tela, casquillos de bala y restos de muro. Nuestro pergamino de nacimiento terminó en un tambor, barrido como basura, llevado con destino desconocido, perdido para siempre.

El diario de Carrera

Uno de los dos objetos de poder que lograron sobrevivir son los diarios militares donde José Miguel

Carrera registró minuciosamente la campaña de la Patria Vieja, documento invaluable al momento de reconstruir los hechos de nuestra independencia. Los descendientes donaron este delicado ejemplar con notas y mapas dibujados de puño y letra del prócer al Museo Histórico Nacional, en 1974, para su conservación y cuidado. Por alguna razón terminó en el Ministerio de Bienes Nacionales y luego de años de paradero indeterminado, le fueron regalados a Augusto Pinochet en 1980 por el ministro de la época, René Peri Fagerstrom, miembro además de la Sociedad Chilena Histórica.

El paradero de los diarios no era público, se suponían perdidos. Pero en cierta ocasión, alrededor de 1990, el investigador Armando Moreno Martín le preguntó a boca de jarro a Pinochet:

—Señor general, ¿qué pasó con los documentos del diario militar [de Carrera]?

—Ah —dijo—, los tengo yo, muy guardados en mi velador. Lo tengo como libro de consulta.

La sorpresa fue total entre los historiadores y desde ese instante comenzaron las gestiones para su devolución. El propio Armando Moreno, junto al historiador José Miguel Barros, encabezaron la labor. La publicación de un artículo denuncia en *El Mercurio* y el envío de dos cartas de la directora del Museo Histórico Nacional, Bárbara de Vos Eyzaguirre, presionaron lo suficiente para que, en diciembre de 2005, exactamente un año antes de su muerte, Augusto Pinochet decidiera devolverlos no al museo, sino al comandante en jefe del Ejército de entonces, Óscar Izurieta, quien hizo entrega del patrimonio nacional a la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. Hoy, cuenta además con una digitalización disponible online en el gran sitio memoriachilena.cl.

Final feliz al menos para esta reliquia.

La bandera original

El último objeto que revisaremos es la bandera chilena sobre la que se juró la independencia en ese acto del que ya hablamos, el 12 de febrero de 1818.

Cuando el ejército al mando de José de San Martín empujó a los realistas hacia el sur, comenzó rápidamente la organización de un gobierno y se encargaron símbolos nuevos que lo representaran. Curiosamente, la bandera de este nuevo Chile independiente la diseñó... un español, Antonio Arcos, y fue confeccionada por Loreto Pineda y su hermana, naturales de Concepción.

La bandera original, sus medidas, geometría áurea y la gran carga simbólica que contenía, son materia de un capítulo aparte. Hay símbolos ocultos, medidas, signos y significados riquísimos.

Con posterioridad a la proclamación de la independencia, se guardó este paño cargado de sentido en el Museo Histórico Nacional, donde pasó tranquila vida hasta marzo de 1980.

Retrocedamos solo un poco. El MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria) había sido prácticamente exterminado en Chile después del golpe, incluido su líder natural Miguel Enríquez. En 1978, la dirección sobreviviente organizó la Operación Retorno, que consistía en la internación ilegal de miembros exiliados con instrucción militar para luchar contra la dictadura. En 1980 estaba todo preparado para dar inicio a la resistencia armada, pero algo faltaba. Un golpe de efecto. Una provocación simbólica que le demostrara al país que se podía desafiar a la máquina militar del dictador.

«¿Y si robamos la bandera de la independencia?», se preguntaron.

Tiempo después, una camioneta se estacionaba en un costado del museo y cuatro hombres bajaban de ella. Eran las once de la mañana del domingo 30 de marzo de 1980. En la parte de atrás del vehículo, amarrado y amordazado, el dueño de la camioneta, tras una hora de incertidumbre y temor, sintió movimientos, gritos quedos, órdenes y portazos. Alguien echó un bulto hacia atrás y aceleró. Algo había pasado, ¿un asalto? Seguro. Pero no. El comando Javiera Carrera del MIR había entrado al Museo

Histórico Nacional en pleno centro de Santiago y concretado su objetivo. Dos se quedaron afuera vigilando, dos ingresaron por los accesos principales. Uno con una ametralladora AK-47 bajo el abrigo; el otro, con una pistola al cinto. Tenían en la cabeza la imagen de una corta resistencia de los guardias, las alarmas sonando, romper la vitrina, cámaras que inhabilitar y huir con el paño de seda enrollado en el cuerpo en una persecución salvaje, quizás a tiros, por las calles de Santiago. Pero nada de eso ocurrió. Los guardias no estaban en su lugar, no había cámaras ni alarmas y lo más increíble: el mueble vitrina que contenía la bandera tenía vidrio corredizo... ¡sin seguro ni candado! Rápidamente sacaron la tela, la guardaron bajo las ropas y salieron caminando con toda tranquilidad hacia la calle.

Casi puedo ver el rostro del guardia cuando descubrió la vitrina vacía.

Ese lunes 31 de marzo la prensa explotó desconcertada y llena de suposiciones que involucraban a coleccionistas millonarios y sicópatas antisociales. Pero la verdadera bomba cayó una semana después, cuando a los medios llegó la foto de un mirista armado, con un pasamontaña negro en la cabeza, de pie junto a la bandera de la independencia que colgaba vertical desde la pared.

«Nosotros fuimos.»

Los organismos de seguridad de la dictadura estaban enfurecidos. Era una burla en sus narices y no podían tolerarlo. Todo empeoró cuando, tiempo más tarde, el MIR escribió una carta a *El Mercurio* pidiendo instrucciones al director del museo sobre cómo guardar y proteger la bandera... ¡y el director les contestó a través de la prensa!

Ni la DINA, ni Investigaciones, ni Carabineros pudieron dar con una pista fidedigna. En la investigación detuvieron y torturaron gente para obtener algún resultado, pero nada ocurrió. Lo que siguió fue el lento olvido. Para quienes guardaron la bandera «hasta que Chile sea democrático de nuevo», fueron años de cuidados a cargo de un museólogo del que hasta el día de hoy se desconoce el nombre. Los miembros del comando responsable fueron muriendo en enfrentamientos y la bandera fue movida de ubicación en operativos cuidadosamente planificados en varias ocasiones.

Volvió la democracia, pasó el gobierno de Aylwin, de Frei, y la bandera no aparecía. Ya se daba por perdido el último gran objeto que nos vinculaba con la independencia.

Hasta que en el año 2003, un hombre entró a la oficina de la directora del Museo Histórico Nacional, Bárbara de Vós, se sentó frente a su escritorio y le dijo:

—Mi nombre es Andrés Pascal Allende. Tenemos la bandera de la independencia y queremos coordinar su devolución.

La sorpresa fue enorme. Pero se llegó a un acuerdo de honor y tras una serie de operativos de seguridad, Andrés Pascal Allende, exsecretario general del MIR y sucesor de Miguel Enríquez, recibió la bandera en un estacionamiento de Providencia y la entregó a jóvenes miristas en una casa de Ñuñoa, junto al parque Juan XXIII.

El pabellón de 1818 sobre el que se juró la independencia de Chile fue envuelto en una bandera del MIR y entregado por familiares de detenidos desaparecidos en una ceremonia pública el 19 de diciembre de 2003. El objetivo era llamar la atención y pedir justicia para los cientos de chilenos asesinados por la violencia política del Estado de Chile después del golpe de 1973. Días antes unos miembros de la FACH habían reconocido que se lanzaron cuerpos amarrados a rieles de ferrocarril desde helicópteros, y el tema estaba ganando visibilidad por fin. De todas maneras, como dice una frase del periodista de *La Nación* que cubrió el evento: «La bandera regresó, pero sus hijos no».

No es casualidad que los símbolos de nuestra República hayan tenido este destino y es también simbólica su desaparición. El golpe de Estado de 1973 cerró el último período de nuestra historia con relato de

país republicano, uno que quizá comenzó con Alessandri y Aguirre Cerda, incorporando a la clase media y a las masas populares a la política, con los movimientos obreros y sindicales que comenzaron a decir que los trabajadores de Chile no eran fantasmas, que los mineros y profesores existían y tenían demandas justas. Un proceso que iba confluyendo en la necesidad de un gobierno representativo de una mayoría siempre postergada. Y del enorme fracaso al que se vio empujado y del que nuestro país todavía no se recupera. Algo se perdió en La Moneda el 11 de septiembre, por eso se nos aparece por todos lados. No solo se perdió el sueño de la justicia social por más de cuarenta años, no solo un presidente, también los símbolos de nuestro país. Quizás haya que dejar de buscarlos en los archivos de algún anticuario o en las bóvedas de algún coleccionista, y encontrarlos adentro de nosotros mismos, para traerlos de vuelta de otra manera, en la forma de los sueños de igualdad que esos objetos simbolizaban, porque esos sueños ningún violento los puede robar, ni a nosotros ni a nuestros hijos.

¿QUIÉN ES EL NIÑO DEL CERRO EL PLOMO?

Estaba feliz, había cumplido ocho años y el propio Inca, el rey del Tahuantinsuyu, lo había elegido a él entre miles de otros niños para algo... importante. No entendía por qué había escuchado sollozar a su madre la noche anterior, quizá de alegría. Los sacerdotes se inclinaban ante él, la gente lo tocaba, incluso alguien se alejó gritando que había recogido un cabello del *niño sagrado*, como empezaron a llamarlo.

Lo llevaron al Cuzco, la preciosa ciudad en las alturas, la flor de piedra del Imperio inca, quizás una de las ciudades más grandes y modernas del mundo de entonces. Porque no olvidemos que la inca era una cultura que había desarrollado cálculo astronómico, sistemas matemáticos, tecnología agraria, un ordenamiento social cooperativo y medicina avanzada. Cuando en Europa los médicos aún recetaban polvo de cuerno de unicornio y se pensaba que las estrellas eran agujeros en la cúpula del cielo por donde se veía la luz del paraíso, en el Imperio inca se efectuaban intervenciones quirúrgicas craneales exitosas y se calculaba con tremenda precisión el ciclo planetario venusino. El Tahuantinsuyu, el reino de los cuatro rincones, tuvo más carreteras que el Imperio romano. El comercio era intenso con toda la América roja de entonces. En el actual Perú, por ejemplo, se han encontrado piezas fabricadas con lapislázuli chileno, plumas de aves tropicales y conchas de moluscos del Caribe. La América precolombina no era el páramo prehistórico lleno de salvajes que nos han querido enseñar. Nuestro continente desarrolló civilizaciones maravillosas, conectadas entre sí por férreos sistemas de comunicaciones y preciosas redes culturales mágicas repletas de sentido y arraigo con el territorio.

Pero el niño no entendía nada. Escuchó con algo de vergüenza cuando el sacerdote les dijo a sus padres que era un niño sin defectos, un ejemplar hermoso y perfecto, un regalo del dios Viracocha para el pueblo quechua. Al día siguiente lo llevaron a la plaza y en medio de un gran gentío dio las dos vueltas rituales junto a otros niños y niñas vestidos como él. Se miraban y sonreían, todo parecía un juego. Se sentía tan bien que todos le sonrieran. Él les sonreía también.

Allá en el sur, quinientos años más tarde, en el extremo del mundo conocido como Chile o *Chiri*, frío en quechua, un hombre se revolcaba en su catre de madera sin poder dormir. Luis Ríos, zapatero remendón de la comuna de Puente Alto, rumiaba la extraña invitación que le había hecho su amigo, el «Abuelo» Guillermo Chacón.

—Acompáñame —le había dicho el día anterior—. Tengo el dato de una mina de plata que me dio un amigo muerto el año 29. Hay que subir el cerro El Plomo, seguir unas indicaciones y listo, pan comido.

Era cierto que Luis estaba desesperado; la miseria le carcomía el estómago a él, a su mujer y a sus trece hijos que apenas comían algo una vez al día, pero la invitación era descabellada. El Abuelo era un buscaminas sin ninguna fortuna, le faltaba una mano por un accidente torpe con un cartucho de dinamita, y nada aseguraba el más mínimo éxito: deberían viajar en tren hasta Bocatoma, pernoctar ahí, tomar cabalgaduras la mañana siguiente y subir laderas pedregosas para pasar la noche a media altura con temperaturas bajo cero y vientos gélidos para los que no habría resguardo; continuar al día siguiente por nieves eternas para llegar a 5.400 m de altura. Todo por un rumor, un dato de alguien que había muerto veinticinco años antes. Era una verdadera estupidez. ¿Quién protegería a su familia si le ocurría algo? De todas maneras, no podía decir que la estaba cuidando muy bien. El colchón se volvía más duro, la almohada más incómoda y la noche más larga. Era una apuesta sin ningún sentido. Estaba desesperado.

Era cierto, al día siguiente él y sus hijos, que dormían apiñados bajo su techo, tomarían *desayuno de agua* otra vez como toda esa semana. Pero la idea del Abuelo era una soberana locura, algo del mismo tamaño de su desesperación.

A la mañana siguiente se levantó muy temprano, se vistió y fue a verlo. Se plantó frente a su puerta y le dijo con aspereza:

—Vámonos al cerro. Pero llevamos al Jaime también, mi sobrino.

El viaje del niño sagrado fue largo y terrible. Atrás quedó el Cuzco, la fiesta y las flores. Ahora eran los caminos polvorientos, el sol quemante, sus espejismos, el mareo y la soledad. El Inca enviaba a su emisario al rincón más perdido de la Tierra para incorporarlo a su geografía sagrada. Ese lugar quedaba al otro lado del mundo conocido, detrás de desiertos asesinos, cordilleras congeladas y reductos dominados por seres violentos armados de rocas en la punta de palos; era un sitio mítico, visto por pocos, en el borde del mundo. Era el valle del río Mapocho, o *Mapuchuco*, «el agua que se hunde en la tierra», como era conocido por los aborígenes al constatar que efectivamente el brazo de agua se hundía más allá de las tierras de Pudahuel.

La comitiva compuesta por guardianes y sacerdotes cruzaba el desierto de Atacama al borde de sus fuerzas, solos en medio de la nada llevando en andas a un niño sagrado que no podía tocar el suelo. Algunos no lo soportaron y quedaron abandonados a la vera de un camino ritual que debía ser ejecutado en perfecta línea recta, desde el Cuzco y hasta la ciudad inca que existía donde luego Pedro de Valdivia fundaría Santiago. Subieron cerros, bajaron quebradas, cayeron extenuados al final del día en algún tambo perdido en medio de la arena y los cerros. Pasaron cerca de Tocopilla, y quizás el niño se enfermó más de una vez en los meses que duró esa travesía demencial. Vallenar, Illapel... En el valle de Llayllay debieron hablar con los caciques locales para indicarles la importancia del proceso. Entraron a tierras de Quilicura, los hermosos pantanos, vegas y humedales llenos de aves maravillosas que regresaban cada estación a anidar entre los juncos. Cerro Blanco y finalmente el valle del Mapuchuco y su ciudad perdida en el fondo del mapa.

El Camino del Inca bajaba por la actual avenida La Paz, en Recoleta, y doblaba a la izquierda en lo que hoy es calle Bandera. Al fondo se veía el peñón —el cerro Santa Lucía—, rodeado por los dos brazos del río Mapuchuco, el que conocemos hasta hoy y el otro, que se abría desde la actual plaza Baquedano y bajaba por la ahora Alameda Bernardo O'Higgins. Desde ese cerro, cada solsticio de invierno, alrededor del 21 de junio, se celebraba el Año Nuevo, el Inti Raymi, el día más corto del año y el momento en que el Sol, la fuerza de la vida, comenzaba su retorno como dominador de los cielos. Ese día, desde ese punto se podía ver al astro rey salir por una de las cumbres más altas de la cordillera visible: el cerro El Plomo. Pero no solo eso, el río Cepo, que nacía desde esa misma cumbre, se convertía eventualmente en el río Mapuchuco. Es decir, dos caminos cruzaban el valle desde el cerro sagrado, uno estelar y el otro terrenal. Ahí, en esa cumbre, en ese punto mágico en las alturas, debían llevar a cabo el ritual que aseguraría prosperidad y cuidado para el último valle del Inca. ¿Qué habrán sentido los sacerdotes al girar la cabeza desde el cerro para encontrarse con los ojos oblicuos, llenos de preguntas, del niño que sonreía y pedía otra porción de maíz tostado? Esos guardias que tenían que seguirlo cuando perseguía a las gallinas del tambo o se escondía... Esos que respondían sus preguntas, y quizá le contaban historias para calmarlo cuando el recuerdo de sus padres le llenaba los ojos de lágrimas...

Luis Ríos se envolvía en su poncho lo más que podía. Eran las diez de la noche a media altura en el cerro El Plomo y el frío le clavaba sus cuchillos en cada pequeña rendija que su ropa de hombre pobre dejaba al descubierto. Ya no sentía los pies, las bostas de animal que habían usado para encender la fogata comenzaban a apagarse. Se preguntaba qué crestas hacía un zapatero como él en medio de la cordillera, a tres días de distancia de su familia y siguiendo a un viejo demente que veía minas de oro, entierros y tesoros debajo de cada piedra. La ambición y la paranoia movían a los españoles a buscar ciudades perdidas en medio del continente, a él lo movían la desesperación y el hambre. Nunca había visto tantas estrellas en un cielo que se le venía encima para devorarlo, nunca se había sentido tan abandonado, diminuto y solo.

El amanecer sorprendió al cortejo inca subiendo entre la niebla por las laderas de los cerros. Les tomó dos días llegar al lugar donde se había levantado un pequeño oratorio y algunas construcciones menores. Habían sido ornamentadas y preparadas delicadamente para la ocasión, entre las nieves eternas en alturas donde la Luna parece estar al alcance de la mano, allí entre el cielo azul negruzco de la cordillera.

El frío congelaba la piel, el niño temblaba, se afirmaba la ropa de espaldas al viento y preguntaba qué iban a hacer ahí, pero el sacerdote le daba hojas de coca y le hablaba de los dioses. Alguien vomitaba un poco más allá, 5.400 metros no eran poco incluso para un quechua. Otro caía sentado, agobiado por el cansancio de la escalada. El niño miraba en todas direcciones y no entendía nada. Los guardias comenzaban a evitar su mirada. Él se acercó y preguntó qué iban a hacer, y si lo harían rápido porque quería irse, hacía mucho frío y quería ver a su madre. Le dieron más hojas de coca. Un asistente le cortó las uñas, tomó algo del cabello que se le había enredado en las ropas y lo metió en una bolsita de vejiga de cordero. El niño vio a tres guardias cavar un agujero dentro de uno de los espacios cercados con piedras y comenzó a ponerse nervioso. Le daban más hojas de coca. Alguien irrumpió con cantos y danzas que el niño no había visto antes, retrocedió hacia el camino y un guardia lo tomó suave pero firme del poncho. El sacerdote sacó dos figuritas de metal que arrojó a un agujero demasiado grande para ellas. «Ahí cabe algo más», pensó el niño, pero ya estaba mareado y le dieron más hojas de coca. No entendía nada, todo daba vueltas y comenzó a llorar. Dos guardias se dieron vuelta y se alejaron un poco del lugar con la cabeza agachada. Las manos de los otros se apretaron contra las herramientas y armas que portaban. El niño sollozaba, quería irse, pero se sentó en el suelo y miró a un guardia que bajaba la vista y lo evitaba. El sacerdote lo tomó en brazos, el niño balbuceó nombres pero no se resistió, gemía como un cachorro mientras lo envolvían en un poncho y todo daba vueltas. Lo sentaron en un lugar oscuro, le costaba entender, las voces ahora estaban arriba y él estaba aterrorizado pero inmóvil. El agujero era estrecho, estaba tan cansado y hacía tanto frío que se abrazaba las rodillas con un último esfuerzo, apoyaba su cabeza pequeña entre los brazos y cerraba los ojos con tristeza, agotado. Vio su casa, su cama, su calle, a su madre con los brazos abiertos. Ya casi no sentía frío. Algo caía sobre él, ¿tierra? El cielo giraba, todo estaba lleno de estrellas que se iban apagando una tras otra. Hasta que no quedó ninguna. Nada.

Silencio.

Hombres blanquecinos, animales colosales, máquinas de trueno, barcos de acero y fuego, gente con

cabellos de colores insólitos. Ciudades infinitas, cruces clavándose sobre el territorio y magos maniatando la tierra. Quinientos años.

Silencio.

Nieve, noche y más silencio.

Un ruido.

Alguien excavando, voces, cada vez más fuertes. Otra vez se escuchaba el viento. Algo como una pala clavándose cada vez más cerca. Gritos, unas manos que tiraban de su poncho. ¿El Sol?

—¡Lucho, tío Lucho! ¡Encontré algo raro acá, venga rápido!

Grete Mostny, doctora austríaca del Museo Nacional de Historia Natural, no podía creer lo que estaba escuchando. Ella, que había llegado a Chile en 1939 huyendo de los nazis, estaba paralizada, sin poder creer lo que esos dos chilenos pobres y mal vestidos le estaban contando.

—Además de las piezas que tiene en sus manos, tenemos una «chiquilla-niña» que se encuentra enterrada en una cueva en el cerro El Plomo —le dijo Luis Ríos, mientras el Abuelo Chacón asentía unos pasos más atrás.

Grete, escondiendo su emoción, les exigió ver la momia, como le decían en un principio, antes de cualquier acuerdo económico.

Luis Ríos subió a buscar al niño a la cueva donde lo había dejado escondido por cinco semanas y regresó a Puente Alto luego de tres días de excursión. Miró agazapado desde la parte de atrás de la camioneta que lo llevaba de regreso, y junto a él, un saco de arpillera. En cada esquina creyó ver un control policial. Al llegar a Nemesio Vicuña golpeó la cabina, se bajó y caminó hasta calle Irrarázaval cargando el saco con extremo cuidado. El sudor le caía por las mejillas, pero no por el peso del saco ni por el calor de marzo. Luis Ríos tenía el corazón en la garganta y miraba de reojo en todas direcciones porque lo que llevaba en el saco era el cadáver de un niño de ocho años. Una princesa inca, creía él. La llave que lo sacaría de la miseria en el Chile atroz de los años cincuenta, quizá. Lo cierto es que en ese saco que llevaba al hombro iba quizás el tesoro antropológico más importante de la historia de Chile.

En esa época no existían leyes claras respecto del patrimonio encontrado. Las negociaciones para comprar lo que técnicamente era el cadáver de un niño no fueron fáciles. Aparecieron agentes norteamericanos a ofrecer dinero, la noticia explotó en la prensa. La casa de la hija de Guillermo Chacón en Puente Alto se llenó de fotógrafos y curiosos. El niño sagrado, la pieza más trascendente y maravillosa, el regalo del Tahuantinsuyu a nuestro valle, estuvo sobre la mesa de una cocina durante días, deteriorándose con el calor de marzo, exhibida como en un circo de freaks a cambio de monedas en Irrarázaval 521, comuna de Puente Alto. El torbellino llevó a la prensa a titular que el hallazgo era el

indicio inequívoco de la existencia de una gran ciudad inca fantasma en la cordillera santiaguina; que la zona del cerro El Plomo escondía un tesoro inca de cuatrocientos millones de pesos y que pronto se desataría una fiebre similar a la de California. El sitio arqueológico fue invadido por expediciones formales e informales, con los resultados esperables: hoy no queda prácticamente nada.

Cuando el museo se hizo finalmente con el niño, lo sometió a exámenes exhaustivos que detallaron aspectos que iban desde la comida ingerida hasta cuestiones que despertaron ternura: indicios de acné incipiente y liendres. El niño sagrado del cerro El Plomo tenía piojitos.

Cincuenta mil personas llenaron el museo de la Quinta Normal en una semana. 1954 en Chile bien podría llamarse *el año del niño del Plomo*.

Pero ¿quién era el niño del cerro El Plomo?

En los años setenta, Eliana Durán, funcionaria del Museo Nacional de Historia Natural, indicó que leyendo estudios sobre la Capacocha, el ritual según el cual se sacrifica a un niño en las alturas, había encontrado una cita en donde el extirpador de idolatrías del siglo XVII, Rodrigo Hernández Príncipe, decía que «enviaron a sacrificar a Chile a Cauri Pacssa...». El museo intentó guardar el secreto al no poder probar la hipótesis, pero no deja de conmover la idea de que quizás al menos conozcamos el nombre de nuestro niño, el que cruzó el desierto hace quinientos años para dormirse sobre el cerro más sagrado de nuestro valle.

Cauri Pacssa, quizás. El niño que habita el museo. Quizá sean de él los pasitos que algunos dicen haber escuchado correr por los pasillos del segundo piso del área de antropología, donde hoy reposa. Quizá sí sea el nombre que una investigadora, obsesionada hasta el punto de ser conocida como *la madre del niño*, murmuraba cuando le hablaba constantemente en susurros durante las tardes de trabajo en el museo.

El niño solo está dormido, dicen los indígenas que lo celebran cada 21 de junio. Quién sabe.

Lo que sí sabemos es que en el corazón del Museo Nacional de Historia Natural, en Santiago de Chile, se guarda el cadáver de un niño de ocho años, alejado de la vista pública, en una cámara frigorífica donde duerme al cuidado del equipo de la antropóloga. No podemos pecar de ingenuos y pretender devolverlo a su posición original o entregarlo a quienes no tienen los conocimientos técnicos para cuidarlo. Pero ¿qué significa hoy ser un buen custodio de semejante regalo tan lleno de sentido? ¿Quién o qué es el niño que duerme en el Museo Nacional de Historia Natural? ¿Cuál es el sentido que esconde para Chile su presencia?

Solo sabemos que una cultura ancestral capaz de leer las estrellas, escuchar a los animales y hablar con el Sol hizo cálculos terribles, atravesó el desierto y subió sobre los cinco mil metros un cerro preciso para instalar, con profundo amor, su flor más amada, un niño de ocho años, como pieza viva de un mecanismo de relojería cósmico para darle estructura mágica a este valle: un niño perfecto, hermoso, que hiciera caminar la máquina cosmológica que protegería el territorio, montado en el Sol para recorrer el valle y regresar quizá por el río que se hunde en la tierra. Un rito geográfico enorme, con él instalado en la cumbre como el motor y la sangre de esta maquinaria sagrada. Solo sabemos que nosotros, enfermos de ignorancia, lo arrancamos de ahí y ya no hay vuelta atrás.

LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL TAMBIÉN
SE PELEÓ EN CHILE

A principios del siglo xx, Chile seguía siendo la *tierra incógnita* en el último extremo del planeta. Una red de pequeñas ciudades desplegadas a lo largo de una enorme extensión de desiertos y bosques impenetrables donde cabían países europeos completos, apenas conectadas por frágiles líneas de comunicación y a días de distancia unas de otras. Mientras más al sur te alejabas, más profundo en la geología del continente te hundías. Más allá de Concepción, todavía el ombligo de Chile, el país vivía en la oscuridad de una frontera iluminada por tenues fogatas de civilización, en medio de la noche portentosa del fin del mundo; alejado de todo, casi en otro tiempo, el de los dioses y pueblos que hablaban lenguas de piedra y chasquido. Pero si hubieras entrado en los laberintos de roca al oriente de Puerto Montt, en febrero de 1915, ahí donde el país se despedaza y las masas de tierra y agua parecen sacadas de alguna geografía mitológica; entre cascadas que caen desde cien metros de altura directamente al mar; pozones de aguas termales atrapadas entre macizos de roca que se elevan verticales hacia un cielo cruzado de verde y silencio; si hubieras girado navegando por el golfo de Ancud hacia las aguas verdes de ese estrecho pasadizo de mar que es el fiordo de Quintupeu, te habrías sorprendido. Ahí, en esa grieta que parece llevarte a otro tiempo, flotando en aguas transparentes como el aire frío de la Patagonia, flotaba en calma un acorazado de guerra alemán. Sobre su cubierta había una algarabía de fiesta que incluía acordeón, cerveza y cantos a viva voz; trompetas y aplausos; salchichas, pasteles y bailes. Risas. Un pedazo de otro planeta en medio del cretácico patagón, una visión fantasmal encapsulada entre roqueríos verdes de seiscientos metros de altura en los que rebotaba el eco de un espectáculo insólito, rodeado de kilómetros de silencio magallánico.

Horas después, cuando apenas se colaban unos pocos rayos de sol allá arriba, entre los alerces de más de tres mil años, los coihues y las lengas, un enorme cajón era descolgado desde el acorazado casi sin ruido. Solo la polea de la grúa de torpedos se quejaba y rasguñaba el silencio, denunciando el peso del misterioso contenedor que bajaba a besar las aguas, hundiéndose sin otros testigos, como un secreto dicho al oído, un compromiso entre el fiordo de Quintupeu y el elegante *SMS Dresden*, una de las joyas de la Marina imperial alemana en plena Primera Guerra Mundial, que se deslizó como una anaconda entre los islotes de nuestra historia.

Pero ¿qué hacía un barco de guerra alemán escondido en la Patagonia? ¿Qué tenía que ver Chile con un conflicto que ocurría a más de diez mil kilómetros, allá en el Viejo Mundo?

Un año antes, a principios de 1914, el *SMS Dresden* entraba a la bahía del puerto de Veracruz entre el tiroteo y las humaredas de un convulsionado México. Dictador tras dictador, traición sobre traición y revoluciones de todo tipo tenían al país convertido en una herida abierta. El pueblo mexicano se había levantado contra Victoriano Huerta de la mano de Pancho Villa y otros. El *Dresden* acudía a proteger y brindar apoyo a las decenas de colonos alemanes que veían amenazada su vida en el conflicto. El barco los recibió y mantuvo en sus instalaciones a refugiados alemanes y norteamericanos que buscaban protección de las masacres y los tiroteos. México ardía por los cuatro costados. De pronto, los marinos fueron testigos de un gesto sorprendente: en una ceremonia inusual, los colonos le entregaron al capitán todas las joyas, monedas de oro y plata, piedras preciosas y objetos de valor que habían acumulado. Sabían que debían proteger sus bienes del seguro saqueo que sufriría la ciudad. Le rogaron que se las llevara para depositarlas en un banco alemán. El *Dresden* llevaba meses operando y sus marinos sabían que el siguiente destino sería Kiel, en la madre patria, y estaban felices por ello. La enorme suma de

objetos de valor incalculable fue reunida en una caja de gran tamaño y depositada en la sentina, una bodega en las entrañas del barco. *El tesoro de Tampico*, como fue conocido, se alojaba en el corazón del *Dresden*.

Cuando el dictador fue depuesto y regresó algo de la normalidad a México, el *Dresden* zarpó hacia Alemania con la tripulación exultante. Después de meses verían a sus madres, esposas e hijos. Pero en medio del viaje recibieron un mensaje descorazonador: era 4 de agosto de 1914, Alemania había invadido Bélgica y Europa había entrado en el conflicto quizá más cruel y espantoso de su historia. La Primera Guerra Mundial incendiaba el viejo continente y Lüdecke, el capitán de la nave, debió llevar su acorazado a reunirse con el resto de la flota comandada por el famoso almirante Maximilian Von Spee, en el Pacífico. Su destino, un punto conocido para nosotros: Isla de Pascua. Objetivo: operar en las costas de América con Valparaíso como uno de sus puntos de abastecimiento más importantes.

En Chile gobernaba Ramón Barros Luco, político anodino que declararía la neutralidad del país por temor a perder clientes en el lucrativo negocio del salitre, imprescindible para la elaboración de explosivos, en medio de una guerra.

En esos años, y durante un par de siglos, la Armada británica había sido la más poderosa e imbatible del mundo, sus barcos mercantes y militares trazaban las rutas que convertían a Londres prácticamente en la capital del mundo. Y una parte de esa flota, instalada en las Islas Malvinas, frente a Argentina, recibió el 14 de octubre de 1914 la orden de zarpar hacia el Pacífico para destruir la Armada alemana de Von Spee. El almirante Craddock pidió refuerzos al Estado Mayor, pero quizá la arrogancia, la superioridad, quién sabe, hizo que la respuesta fuera: «Con lo que tiene es suficiente».

Craddock zarpó casi en el mismo momento en que los barcos alemanes dejaban Isla de Pascua, ambos con dirección a Chile, país en ese entonces de gran importancia estratégica. En un mundo aún sin aviones de carga, el estrecho de Magallanes, Coronel (y su carbón) y el puerto de Valparaíso eran fundamentales para las rutas marítimas del mundo. Su ubicación en el Pacífico era el punto desde donde las naves europeas se lanzaban a atravesar el enorme desierto de agua que es el océano Pacífico en dirección a Asia y sus riquezas. De hecho, fueron las transmisiones del barco británico *Glasgow*, anunciando su aprovisionamiento de carbón en Coronel, lo que delató a los ingleses. Los alemanes se agazaparon, enfilaron sus proas por Chile hacia el sur y se prepararon para el choque. Eran dos acorazados y tres cruceros. Entre estos últimos estaba el *Dresden*, barco joven y ágil, capaz de navegar a sorprendentes 52 kilómetros por hora, una maravilla para la época.

Un barco de guerra es un vehículo muy particular. Cada integrante de la tripulación es imprescindible para operar en conjunto cada parte de esta gran máquina. Es una pequeña ciudad que viaja cruzando el mar, absolutamente autónoma. Un organismo medio metálico, medio orgánico, que tiene baterías, alimento y energía limitados. En cada puerto debe hacer el cálculo preciso de necesidades para dar el salto al vacío hacia otros puertos con justeza, para no quedarse cortos en medio del océano. Nada más parecido a una nave espacial. Una máquina gigante con seres humanos que la operan desde adentro como partes precisas del mecanismo, cruzando mares por meses, sin ver a nadie ni nada.

Los tripulantes del *Dresden* y los otros barcos llevaban los corazones y el cuerpo apretados. Era 30 de octubre, finalmente se iba a producir el primer gran choque entre dos de los imperios más poderosos del mundo, y sería en costas chilenas.

Al atardecer del 1 de noviembre de 1914, ambos grupos se avistaron frente a las costas de Coronel. El oleaje era intenso. Los gritos y las órdenes para mover manivelas, bajar palancas, alinear cañones, mover el enorme dinosaurio mecánico para entrar en combate, sonaban por cada altavoz en los intestinos enfierrados de la bestia de guerra.

—*Feuer!* —resonó en el buque de Von Spee y las gargantas de acero escupieron pedazos de metal a

cientos de kilómetros por hora.

El cielo era de tormenta, pero esa tarde los truenos y fogonazos los pusieron los acorazados que montaban las olas con dificultad frente a la isla Santa María, actual Octava Región.

Von Spee, en el buque insignia *Scharnhorst*, se enfrentó a Craddock en el *Good Hope*. Y aunque parecía imposible, fueron los alemanes en el sube y baja de las olas los que acertaron un violento impacto en los cañones británicos, que desató el infierno en cubierta.

Sonaron las alarmas, los marinos heridos gritaban en sus posiciones y Craddock, desesperado, ordenaba seguir disparando. Pero una explosión en el pañol de municiones terminó de herirlo de muerte. La nave agonizaba, el aceite se derramaba en el mar. Los oficiales vieron con horror el arco perfecto que trazaba en el aire una salva en altura disparada desde el acorazado alemán, que caía limpiamente en el centro del barco, sobre la nave insignia de la Armada británica en el Pacífico, frente a los ojos del gran almirante sir Christopher Craddock, y hacía explotar todo en una bola de fuego que mató a casi toda la tripulación y hundió el buque, convertido en una masa de hierros retorcidos, frente a las costas de Chile. Desde la isla Santa María, lugareños sorprendidos asistían al espectáculo sin entender la magnitud de la catástrofe. Luego, cerca de las 21.00 horas, el otro crucero inglés era rematado a boca de jarro y se daba vuelta de campana. Durante unos segundos mostró su panza como un cetáceo moribundo, sus hélices aún girando, y se hundió con toda la tripulación encerrada en su estómago de hierro, en las cabinas, entre las máquinas, hasta el fondo del mar, donde aún yacen hasta el día de hoy.

Se hizo el silencio en la bahía de Coronel. Los marinos alemanes no lo podían creer. La Armada británica no había sido derrotada en más de cien años y ahí estaban ellos, marcando un hito, humillando a los dioses del océano. Gritaban de pronto al unísono, sacándose la tensión, el temor y el nerviosismo. Dicen que los tesoros siempre son objetos de maldición, pero en ese momento, en el corazón del *Dresden*, el tesoro de Tampico parecía iluminar la jornada.

Lo que vino a continuación es inexplicable. El gran almirante Von Spee, de cincuenta y tres años, ojos clarísimos y bigote demasiado blanco para su edad, en vez de abastecerse en Coronel y abalanzarse sobre las Islas Malvinas para tomar un punto vital para las operaciones inglesas, decidió regresar a Valparaíso para reabastecerse, celebrar la victoria y darle algún descanso a sus tripulantes.

En Valparaíso, los marinos del *Dresden* y los otros barcos caminaron por los mismos adoquines que aún cubren algunas calles del puerto, subieron los cerros usando los mismos ascensores y quizá compartieron cervezas con nuestros bisabuelos. Recién el 25 de noviembre, casi un mes después, la flota de Von Spee rodeaba el Cabo de Hornos solo para encontrarse con que el Imperio británico había enviado una enorme fuerza naval a cobrar venganza por la humillación. Los alemanes llegaron de madrugada a Port Stanley, pero debieron virar apresuradamente y huir. Los ingleses iniciaron una cacería feroz que tomó casi todo el día a través del difícil oleaje del Atlántico sur. El primero en ser atrapado y hundido fue el propio crucero de Von Spee. Su hijo, Heinrich Von Spee, comandante de otro de los cruceros, vio con horror a su padre perdiéndose en el fondo del mar y giró para hacer frente a los poderosos acorazados ingleses que lo destrozaron con facilidad. Uno por uno fueron siendo alcanzados, cañoneados, masacrados y hundidos. El *Dresden*, barco joven y veloz, dirigido con habilidad por Lüdecke, conseguía escabullirse una y otra vez de la artillería británica; no así los demás, cazados con furia uno tras otro. En el último, el *Nürnberg*, murió el segundo hijo de Von Spee, Otto, junto a más de trescientos compañeros. El desastre fue total. Casi mil novecientos hombres encontraron la muerte ese día, de los cuales solo diez eran británicos. Los marinos del *Dresden* miraban hacia atrás con impotencia y dolor cómo las nubes de humo negro marcaban el fin de la flota. Pero no podían titubear, el barco corría a casi imposibles sesenta kilómetros por hora, aún perseguido por cruceros que iban quedando atrás, en dirección a Tierra del Fuego. Sabían que estaban solos y abandonados a su suerte, pues incluso

los barcos de apoyo habían sido hundidos. Finalmente la nave consiguió huir, pero hacia el vacío. Su tripulación no hablaba. No tenían suficiente alimento ni carbón. Huían hacia ningún lado y sabían que la flota más poderosa del planeta no descansaría hasta encontrarlos y despedazarlos.

«¡Hundan al *Dresden!*» era la orden que se escuchaba en cada acorazado, crucero y repartición naval británica.

El maltrecho buque lograba llegar a bahía Orange en medio de los cientos de islas que tachonan Tierra del Fuego. Sus marinos, sin ropas apropiadas, temblaban unos contra otros con las temperaturas bajo cero de los canales patagónicos. Por su parte, los británicos interrogaban a lugareños, pagaban a informantes, desplegaban lanchones que recorrían los rincones más absurdos; todos azuzados por un joven Winston Churchill que, a toda costa, quería ver destruida esa ofensa flotante en la que se había convertido el *Dresden*. La noticia se volvió primera plana en Europa: se había desatado una verdadera cacería humana en el fin del mundo.

La luz llegó desde Punta Arenas. Albert Pagels, antiguo militar alemán retirado y residente chileno, logró hacer contacto con el *Dresden*, pero debía operar desde Puerto Porvenir porque Punta Arenas estaba completamente bloqueada por los británicos, sus barcos y sus espías. Nada debía llamar la atención. Pagels proveyó abrigo y algunos abastecimientos, y guió al acorazado por canales poco conocidos. Llegaban noticias de algunos barcos británicos que habían encallado en las difíciles y poco cartografiadas aguas del laberinto patagónico. Un par de veces los británicos habían llegado a puertos desde donde el *Dresden* había zarpado solo unas horas antes. El cerco se estrechaba, se sumaban barcos australianos y japoneses. Churchill ofreció una recompensa en oro y algunos lugareños se interesaron. El Imperio presionaba al gobierno chileno exigiendo colaboración. Pagels le propuso a Lüdecke una maniobra arriesgada: acercarse a Puerto Montt para conseguir ayuda, carbón y maestranzas que arreglaran las piezas dañadas del buque. Tarde o temprano los ingleses darían con ellos y debían salir a jugarse la carta más arriesgada, encontrarse con barcos amigos en Oceanía, desde donde operarían con más espacio. Acá, encerrados en los rincones de Chile, el juego del gato y el ratón eventualmente les jugaría en contra. El capitán desconfiaba, era demasiado cerca de territorio habitado, pero Pagels dijo conocer perfectamente el lugar apropiado: un fiordo no señalado en los mapas, un verdadero pasadizo secreto donde esconderse de la persecución mientras reparaban el barco.

Después de dos meses del desastre de Las Malvinas, eludiendo la cacería inglesa, navegando en un silencio enervante, viviendo de la pesca y la caza, más la exigua ayuda que Pagels podía obtener de simpatizantes, el 6 de febrero de 1915 el *SMS Dresden*, agotado, sin carbón, su tripulación mal nutrida y exhausta, llegó a la entrada del fiordo de Quintupeu. Frente a ellos vieron un acantilado de seiscientos metros de altura coronado por árboles milenarios, una cascada de agua dulce cayendo cien metros directamente al mar. En el centro, una grieta no más ancha que el propio buque por donde deberían ingresar. El barco maniobró e ingresó lento, rechinando, como animal herido. El interior era bellísimo. Al pasar por los acantilados de la entrada, el fiordo se abría y una embarcación con bandera alemana los esperaba. Enrique Oelkers, contactado por Pagels, les traía con gran riesgo víveres, carbón y ayudantes para llevarse las piezas dañadas a Calbuco y Puerto Montt. Los marinos no podían creerlo, entre los víveres había cerveza, salchichas, pastas dulces y otros embutidos frescos elaborados por colonos de la región.

Se desató la fiesta, la banda tocaba en cubierta y Lüdecke veía a su tripulación alegre por primera vez en meses. A pocos kilómetros de distancia, indígenas chilenos les indicaban insistentemente en el mapa a los ingleses el lugar donde podía esconderse el *Dresden*. Los oficiales se miraban molestos, pues el fiordo de Quintupeu no estaba en la cartografía británica; con seguridad los indígenas eran estúpidos.

Quizá los tesoros sí traían buena suerte, pensaba Lüdecke. La enorme caja que guardaba en la sentina,

de valor incalculable, se había convertido en un amuleto para el barco.

Las piezas dañadas, algunas semifundidas por el esfuerzo durante la huida, fueron llevadas en un delicado sistema de postas a través de islas chilotas hasta Puerto Montt, para no despertar sospechas. Durante los casi quince días en que el *Dresden* estuvo escondido en Quintupeu, sus tripulantes fueron visitados por colonos y agasajados con celebraciones y fiestas; incluso se dieron maña para recibir correspondencia desde Alemania.

Pero todo tiene un final. Una embarcación de la Armada chilena los encontró. Y entonces la autoridad local les indicó que debían abandonar el país o podrían ocasionar un problema diplomático grave: el Imperio británico estaba obsesionado con destruir el barco y le respiraban en la oreja a todos los países vecinos.

El *Dresden* estaba listo.

Pero faltaba una última decisión. Lüdecke sabía que al salir al Pacífico nada sería seguro. En el corazón del barco había una responsabilidad con nombres y apellidos que no podía seguir arriesgando. La caja con el tesoro de Tampico, el amuleto que los había protegido durante todo un año de horrores, fue cubierta con linóleo y brea, amarrada a la grúa de torpedos y, durante la noche, bajada a nivel de mar para ser soltada en un lugar preciso con el mayor sigilo. Como en las leyendas, un barco legendario abandonaba un cofre en un lugar de ensueño.

Pocos supieron de la maniobra, entre ellos un tal Wilhelm Canaris, del que nos ocuparemos más adelante.

El 14 de febrero de 1915, el *SMS Dresden* levaba anclas, gritaba órdenes y aceleraba abandonando el fiordo de Quintupeu, su paraíso.

El 1 de marzo, entre la neblina camino a Juan Fernández, un crucero británico reconoció las tres chimeneas del barco y su telegrafista recibió la orden de radiar con urgencia un mensaje largamente esperado: «Encontramos el *Dresden*».

Con reservas de carbón alarmantemente escasas, el *Dresden* logró llegar hasta Juan Fernández. Restaba solo un reabastecimiento más y podrían saltar hacia Oceanía. Pero en ese último momento aparecieron tres cruceros británicos que lo encerraron en bahía Cumberland y todo terminó. Tras un corto intercambio de disparos, el capitán Lüdecke tomó la más triste de las decisiones: la batalla estaba perdida y ordenó hacer explotar la bodega de municiones y abrir las válvulas de fondo.

El 14 de marzo de 1915, a las 11.35 am, la tripulación vio desde la costa el hundimiento del barco más famoso de la época, el bandolero que había burlado al Imperio británico durante meses. Los tripulantes fueron tomados prisioneros por autoridades chilenas y trasladados a isla Quiriquina, frente a Concepción. Desde ahí escaparon tres, incluyendo a Canaris, un oficial de inteligencia que vivió en Osorno haciéndose pasar por mendigo, cruzó a Argentina y, usando pasaporte chileno, regresó a Alemania donde llegó a ser el jefe del servicio de inteligencia de Hitler. Se cuenta que en ese cargo operó en el consulado en Barcelona, y era conocido como el Osornino Reed Rosas, por su gran dominio del castellano.

El espía estrella de Hitler tuvo chapa de chileno.

Otros integrantes de la tripulación vivieron una nueva odisea al fugarse en la goleta *El Tinto*, de Carlos Oelkers, en la que después de cuatro meses sin escalas llegaron en pésimas condiciones a Noruega, desatando una crisis diplomática chileno-británica.

Del tesoro nunca más se supo, salvo que la suerte del *Dresden* cambió cuando se deshizo de él. Muchos descendientes de sus más de sesenta tripulantes que se quedaron a formar familia en Chile, recuerdan a sus padres hablar de ese tesoro. Historias circulan en torno a buzos que habrían perdido dedos y brazos en la búsqueda, expediciones secretas de diferentes nacionalidades, lugareños

extraviados en las profundidades del fiordo buscando las joyas. Todos tratando de alcanzar el verdadero corazón de una de las aventuras navales más alucinantes que hayan ocurrido en nuestras aguas.

LA NIÑA DE PORTALES

Una mujer muy joven agoniza en un camastro, cubierta por la penumbra habitual de las velas en la noche colonial. La fiebre, los dolores y la pena la han derrotado. Tiene solo veinticuatro años, pero le pesa una mirada de cansancio antigua y llena de soledad en la cara. Tuvo padres, pero murieron, tuvo familia, pero la repudiaron; tuvo hijos, pero los alejaron de ella apenas nacieron. El hombre que ama es lo único que la conecta al mundo, pero estira la mano y él no está. Hay un extraño en su nombre al pie de la cama. Constanza Nordenflycht pregunta dónde está Diego, por qué no está con ella. El extraño mira de soslayo el guñapo humano que se deshace entre las sábanas, maravillado por tanta devoción. El padre de sus hijos no está interesado en verla aun cuando esté a punto de morir, tampoco está interesado en ver a esos niños; solo quiere mantenerla «embodegada», como dice en sus cartas, para darle uso de vez en cuando y mantenerla cerca; algún día su origen noble rendirá frutos. De hecho, el desconocido está ahí esperando su último suspiro para casarlos *in articulo mortis*, solo «cuando la enferma ya no dé más», «si es posible después de muerta», indica específicamente en una carta.

Antonio Garfias no entiende cómo esta mujer, con la que su amigo íntimo ha trapeado el piso de Santiago durante casi diez años, sigue perdonándolo y soñando con una vida juntos que sabe que nunca tendrá. La única razón por la que está ahí esa noche es porque, si la joven muere, la sociedad santiaguina podría enterarse de las causas de su deceso. La joven es hija de una familia poderosa en un Santiago diminuto y provinciano; podrían saber que su agonía se debió a un aborto clandestino encargado por Diego Portales a su amigo el cirujano Burton, del Ejército, complicado por hemorragias, fiebre, infección y agudos dolores uterinos. Por eso le pide a su íntimo amigo que los case. Portales no quería otro hijo más ni contraer vínculo alguno, pero la legitimidad de sus hijos y el futuro de la herencia que le correspondía a Constanza estaban en juego. Ella ha perdido todo y acepta, porque a su corta edad solo le queda esa cuerda que Portales le arroja desde su barco. Se ahoga, nada, grita, pero solo será esa cuerda. Nunca la invitará a subir a cubierta.

A pesar de todo, Constanza una vez más sobrevive. El cuervo que esperaba su muerte se retira y ella vuelve a su soledad. Es 1832, Chile vive momentos difíciles. Portales es una figura pública de primer nivel, con un secreto oscuro guardado en una pieza del centro de la capital. Una mujer para su uso que se cae a pedazos.

Diez años antes, en 1823, el comerciante Diego Portales, de treinta años, concurría a la tertulia en la casa de la marquesa de Azúa, familia que había conocido en Lima durante sus fallidos intentos de negocios en Perú. Afuera, Chile hervía en descontento y le exigía la renuncia a Bernardo O'Higgins, que partía al exilio después de un gobierno opresivo dejando al país dividido y en bancarrota. Pero a Portales no le interesaba la política, lo suyo era el comercio y la fiesta. Agudo, carismático, dado a la burla y el sarcasmo, resultaba un personaje muy atractivo en las reuniones y saraos criollos. Parecía haber quedado seco y falto de compasión luego de enviudar muy joven de su adorada prima con la que no llegó a tener hijos. Había sumergido su dolor en los negocios y, aunque afuera dos facciones de chilenos se estuvieran sacando los ojos, pocas cosas lo conmovían. Una de ellas apareció en una de esas tertulias en la mansión solariega de las Azúa, en calle Compañía, entre Bandera y Ahumada: una niña de porte angelical que se movía entre los invitados como un venado entre los árboles. Constanza Nordenflycht, la sobrina de

quince años de la marquesa de Azúa, dejaba boquiabierto a Diego Portales Palazuelos con su belleza, piel blanca, ojos claros y rasgos finos. Hija de holandés, criada entre la alta nobleza del virreinato peruano, parecía de todas maneras un ángel extraviado, casi transparente. Cuando perdió a su padre a los diez años —su madre también había muerto cuando ella era apenas una niña—, fue trasladada a Santiago desde la exuberante Lima, sola con su tía, lejos de su infancia. Había quedado a la deriva en este fin del mundo, cuando Portales clavó sus ojos en ella esa noche. Constanza era la fragilidad translúcida, una copa preciosa de cristal muy delgado asomándose al mundo.

El país poco a poco fue entrando en uno de esos períodos de nuestra historia en los que todo comenzaba a ir por los cauces correctos. Expulsado el tirano O'Higgins, un grupo de chilenos idealistas tomó el poder e intentó poner finalmente en práctica, después de cinco años desde la declaración de independencia, los valores e ideales de libertad e igualdad por los que se había luchado en batalla. La inexperiencia política produjo desorden, pero por fin había un gobierno con un programa para darle autonomía a las regiones, proteger la industria nacional frente a la extranjera, elegir por voto popular todos los cargos públicos, eliminar los monopolios de las familias poderosas, disminuir la pobreza y la desigualdad...

¿Les suena conocido?

Pero, por supuesto, las familias más poderosas, junto con la burguesía comerciante de nuestro país, esa que busca mimetizarse con la aristocracia, sintieron amenazados sus privilegios y comenzaron a denunciar desgobierno, aumento y descontrol de la criminalidad, caos.

¿Les suena?

Porque ellos preferían para Chile un Estado monárquico. Un retorno a la forma colonial con sus figuras en la cima sin contrapeso y mano dura. Eso era *orden* para ellos.

Entonces, contactaron a los militares.

¿Les suena conocido?

En la casa de la marquesa de Azúa las ideas independentistas repugnaban. Secretamente añoraban los años del virreinato y ser colonia de España. A veces lo comentaban abiertamente en sus tertulias, donde todos prestaban atención, menos Portales, más interesado en ganarse la confianza de la casa para que lo dejaran escoltar a la niña Constanza en un paseo por la Cañada o los Tajamares junto al Mapocho. Nadie se imaginó que esos paseos terminarían en una habitación con piso de barro, camastro de sábanas sucias y una niña con el vientre abultado por razones que ella desconocía.

Cuando la tía se enteró, entró en cólera. Los gritos se escucharon en el patio donde los sirvientes estrujaban la ropa y las sábanas. La niña estaba paralizada, de pie temblando frente al demonio en que se había convertido su protectora. Un embarazo era una maldición para una niña de su origen. Presa de la furia, la expulsó de la casa. Portales brilló por su ausencia. Frente a la responsabilidad que debía asumir, cortó todo contacto con la mansión y desapareció.

De pronto, la niña Constanza fue arrojada a una habitación diminuta en una casa pobre, en el campo cerca de Santiago, con la cabeza llena de preguntas, sin familia, sin dinero, con quince años, sola en la oscuridad y una panza enorme.

No tenemos ningún registro escrito de Constanza, quizá ni siquiera sabía escribir; no sabemos cómo sonaba su voz o de qué le gustaba conversar, cómo se reía ni qué pensaba de todo lo que estaba viviendo. Es un fantasma que nos mira desde el único retrato que circula de sus rasgos hermosos, cuello delgado y ojos perfectos.

El 24 de septiembre de 1824 nació Rosalía de los Dolores. La familia presionó a Portales para que desposara a la niña pero solo consiguieron, a regañadientes, que la recién nacida fuese inscrita «bajo promesa de matrimonio». Se la quitaron a Constanza inmediatamente de los brazos. La tía puso como

condición no solo que regresara sin su hija, sino que se pusiera bajo su estricta autoridad y, por supuesto, con el compromiso de recuperar su figura para alejar cualquier rumor del círculo social. Se le prohibió dirigirle la palabra a la familia o siquiera estar cerca de ellos, niña impura, asquerosa. Se le confinó en una habitación junto a los sirvientes en el fondo del patio más alejado, donde crió una profunda depresión, encerrada, aislada, sin su hija, sin su infancia, sin entender nada. Sin Diego, el hombre que le había prometido el matrimonio que la sacaría de esta situación y que hacía meses que no daba señales de vida ni mostraba siquiera interés por contactarla. Mientras tanto, la niña rezaba el rosario y se consumía de angustia por su futuro.

Afuera de ese patio diminuto, Portales fracasaba una y otra vez en sus negocios. Detestaba el desorden administrativo de los gobiernos liberales y comenzaba, a partir de sus necesidades económicas, a interesarse en la política como forma de influir en el destino del comercio, a crear redes con gente poderosa y a empezar a construir una idea sobre cómo debía ser Chile para que esos negocios comenzaran a florecer, y no era precisamente con ideales de libertad e igualdad.

Inmerso en sus negocios, detestaba las arremetidas de la familia Azúa para que cumpliera su compromiso de casarse con Constanza para salvar su reputación. Nadie en su sano juicio en la aristocracia se casaría con una niña que tenía una hija ilegítima en la cuenta. Era Portales o nadie, y don Diego lo sabía. Tenía el sartén por el mango. Y el tiempo pasaba.

Luego de meses terribles para Constanza, le llegó el mensaje esperado: Portales deseaba verla de nuevo. La felicidad la llenó, corrió a su encuentro; seguía siendo una niña deslumbrada, necesitada de una figura fuerte a la cual aferrarse. Sin entender muy bien lo que ocurría, lo satisfizo, se dedicó por entera a complacerlo. Y quedó embarazada nuevamente, solo seis meses después de haber dado a luz. Portales pateó los muebles, furioso. Constanza estaba atemorizada. Intuía que había cruzado un punto definitivo, que iniciaba un arco descendente hacia algún tipo de tragedia. Aún no cumplía los dieciocho años.

La tía la confinó a gritos a una habitación de sirvienta y le prohibió salir siquiera. Tenía derecho a media ración de alimento y no podía dirigirle la palabra a nadie. En esas condiciones vivió todo su segundo embarazo. En la más profunda tristeza y soledad dio a luz a Ricardo. Esta vez, Portales lo inscribió sin promesa de matrimonio y el niño fue retirado de las manos de su madre para que Manuela Portales, hermana de Diego, se hiciera cargo de él junto a Rosalía. La miseria de Constanza era tal, que Portales decidió entregarle una pequeña mesada de 25 pesos.

La pobreza, la debilidad que le produjeron dos embarazos demasiado seguidos, el aislamiento familiar, la lejanía de sus hijos y la indiferencia de Portales, sumieron a Constanza en la depresión y la neurosis. Se ahogaba en el sueño, dolores físicos la despertaban durante la noche envuelta en llanto. Y como si nada bastara, una bronconeumonía la dejó postrada un año después del parto, desahuciada. Así dictó a duras penas su testamento. Portales nunca la visitó durante su larga enfermedad, pero entró en cólera cuando le informaron que la joven había incluido a sus hijos en el testamento como *hijos naturales de Diego Portales Palazuelos*. El futuro ministro enfurecido exigió que esa línea fuese borrada del documento y, además, en un hecho insólito, la presionó para que nombrara heredero de toda la fortuna que algún día recibiría a su amigo íntimo y secretario personal, Manuel Rengifo. Su *palo blanco* preferido. La joven, incapaz de cualquier resistencia, aceptó. Aún no perdía la esperanza de un futuro juntos. Portales se burló de ese empecinamiento en alguna carta, donde la llamó *la emperrada*.

Era 1827, la clase poderosa chilena ya había puesto en movimiento la máquina que desestabilizaría la democracia. La violencia usual con que resolvía su miedo a perder privilegios. Y Portales, que ya había creado redes de contactos y lealtades comerciales entre empresarios, se fue dibujando como una de las caras visibles de la acción.

Durante esos años de motines y complots, Portales casi no vio a Constanza, y menos a sus hijos.

Finalmente, un alzamiento militar destruyó la República liberal en 1829, en la batalla de Lircay, y la oligarquía tomó el poder de manera violenta. Comenzó con ello un período oscuro para las libertades civiles y la disidencia.

Después del golpe de Estado, el gobierno de facto, con ayuda militar, le entregó el poder a las familias poderosas de Chile y a los empresarios. El Estado comenzó a detener, exiliar o fusilar a los opositores al nuevo régimen. Restringió la prensa, derogó la Constitución y gobernó a destajo hasta que redactó una nueva, donde el poder se le entregó a la población adinerada (solo ellos podrían votar); se restringió la participación, se le dieron poderes casi totales al presidente y se integraron leyes de amarre para impedir su modificación.

¿Les suena parecido a algo?

A Portales nos lo enseñan en la escuela como el estabilizador y creador del Estado chileno, como el gran estadista que ordenó la casa y trajo prosperidad. La verdad es que repitió lo que la élite chilena hace cuando se ve amenazada: construir la idea de caos y desgobierno para justificar una intervención de fuerza y hacerse del poder violentamente. Patear el tablero cuando va perdiendo y dispararle al oponente. Cuadro que se ha repetido muchas veces en nuestra corta vida republicana.

Portales entró en acción como una tromba en nuestra historia. Destruyó lo que se había avanzado en libertades, participación ciudadana, regionalización, y reestableció el poder de la aristocracia en un modelo similar al colonial. Consejos de guerra permanentes, la proliferación de ejecuciones públicas y castigos humillantes, como carros que paseaban a los condenados o latigazos públicos, el terror policial justificado con la mantención del orden y la estabilidad para favorecer los negocios de algunos.

La historia de nuestro país ha sido la violencia como herramienta política de la minoría poderosa, una y otra vez, en la búsqueda de la estabilidad social a toda costa para atraer la inversión, como paradigma. Y Portales es el ejemplo por antonomasia.

A partir de ese momento la vida del ministro fue absorbida por el personaje. La élite chilena se enamoró de ese ejecutor implacable que no tenía tiempo para nada más que no fuera una paranoica mantención del orden a sangre y fuego. Sin tiempo para nadie.

Fue durante esos años crueles cuando la marquesa, cansada del ninguneo del ahora ministro y prácticamente el hombre más poderoso de Chile, le exigió a Constanza una decisión: su familia o Portales.

Y así fue como una mañana en la primavera de 1833, la joven tomó sus pocas pertenencias y abandonó la mansión de los Azúa en dirección a Valparaíso, donde había fijado su residencia Diego Portales. Él no la recibió en su casa, pero la instaló cerca para facilitar las visitas.

Constanza estaba radiante y esperanzada. Por fin estaban cerca, solos, en otra ciudad. Por fin iba a cambiar todo. Pero hubo un último embarazo y Portales terminó de repudiarla. Obligó al jardinero a ser el padrino de Juan Santiago de los Dolores quien, llorando envuelto en mantas sobre la pila bautismal de la iglesia La Matriz, en Valparaíso, fue inscrito sin su presencia y bajo la figura de *hijo bastardo de Constanza Nordenflycht*.

Portales la abandonó y se fue a La Ligua, pero frente a la intención de la marquesa de nombrar herederos, obligó a Constanza a regresar a Santiago y abuenarse con su tía. Llegó incluso a pedir que le llevaran a su hija Rosalía, «para que alegre a la vieja». «Profeso algún cariño mezclado con compasión por la chiquilla Rosalía», escribe en una carta.

Constanza logró ser aceptada nuevamente en la mansión. Trabajó intensamente su relación con la marquesa de acuerdo a las instrucciones de Portales. Ella sabía que la herencia podía ser la puerta definitiva para su matrimonio con el ministro. Él siempre argumentó que era la falta de dinero lo que le impedía aspirar a casarse. Sí, la herencia era la clave. Explotó de alegría cuando Ana Josefa de Azúa,

marquesa de Cañada Hermosa, la nombró heredera de su fortuna junto a una prima. Más aún, cuando recibió, por primera vez en todos los años de relación, una carta del propio Diego Portales, escrita de su puño y letra. La joven la puso contra su pecho y corrió a su habitación a verla. Pero solo se trataba de instrucciones sobre cómo administrar sus nuevos bienes.

Desgraciadamente, la administración férrea del país, la resistencia de una oposición que cada vez ganaba más fuerza, no le daba tiempo a Portales para nada más. Luego del intento fallido de Ramón Freire para derrocar el gobierno conservador, la paranoia se apoderó de Portales, quien comenzó a ver conspiradores y atentados en su contra por todos lados. Apeló al espionaje, la tortura, la muerte y la represión generalizada para mantener a raya este invento de su período: el *enemigo interno*.

Todo explotó cuando, en 1837, Perú y Bolivia se unieron en una Confederación que Portales vio como una amenaza para la hegemonía chilena en el Pacífico y movió toda su influencia para llevar al país a una guerra.

A este enemigo externo sumaba el miedo al interno; sus enemigos, sus fantasmas y temores conspiracionales que lo llevaron a dictar leyes que en la práctica se tradujeron en el fusilamiento sin juicio de opositores políticos e intelectuales en un paroxismo de terror que solo terminaría cuatro meses después, el 3 de junio de 1837, en Quillota, cuando en una revisión de tropas de Portales fue tomado prisionero por un movimiento que buscaba impedir la guerra.

El país estaba conmocionado por la captura del poderoso ministro.

Portales fue llevado a Valparaíso. Se movilizaron agentes y tropas del gobierno para liberar a su político estrella. Las fuerzas del movimiento subversivo fueron derrotadas en el puerto, el alzamiento fracasó y la comitiva se trasladó al cerro Barón durante la noche. Habían tomado una decisión terrible.

—¡Bajen al ministro! —gritó el teniente Santiago Florín, de veintitrés años.

Portales, engrillado y maltrecho, intentó mantener la dignidad, pero fue llevado a empujones, junto a su amigo, el coronel Necochea, unos metros más allá. Frente a ellos, un pelotón de soldados confundidos estaba frente a la leyenda viva de la época. Quizás el político más poderoso de la década. ¿Qué querían hacer con él?

—¡Armas, apunten! —ordenó Florín, levantando su sable.

Los soldados se miraban unos a otros.

—¡Apunten, mierdas! —gritó enfurecido por segunda vez.

Los soldados apuntaban, no muy convencidos.

—¡Disparen! —ordenó, bajando el sable, pero nada ocurría.

Florín sacó su revólver, fuera de sí, pero un soldado se adelantó y le puso el fusil en la cara al ministro. Portales intentó un gesto de autoridad, mirando al soldado a los ojos y retirando el cañón con la mano. Pero el uniformado disparó el arma. El trueno rompió la escena, en el fogonazo estalló la cara de Portales que cayó de rodillas sin mandíbula y haciendo gárgaras con su propia sangre, las manos en el cuello. Otro soldado le abrió la espalda con un tiro a quemarropa. Cayó de bruces en el barro, agonizando. Sus ojos giraban, el peso de la noche esta vez lo aplastaba a él. El hombre más poderoso estaba tirado en un tierral, ladrando, escupiendo dientes y trozos de su lengua.

—Sigue vivo. Remátenlo —ordenó Florín.

Los soldados se adelantaron y le hundieron sus bayonetas, cuchillos de acero del largo de un antebrazo, abriéndole las carnes, los riñones, los pulmones e intestinos. Treinta bayonetazos recibió esa noche el poderoso ministro que terminó desangrándose, apagándose de a poco, mirando de costado el mar y los cerros porteños.

Su cuerpo fue llevado en una carreta a Valparaíso. Un guiñapo sanguinolento irreconocible.

Mucha gente no sabe que el único retrato de Portales se hizo *post mortem*, tomando como modelo a su

hermano, porque esa noche el rostro del ministro era un manchón rojo indistinguible. Es decir, el hombre del cuadro en La Moneda, en billetes, libros y estampillas, es otro.

Su cuerpo fue embalsamado y trasladado con gran pompa a Santiago. Había muerto el hijo predilecto de la élite chilena y, cuando capturaron a sus secuestradores, la justicia operó rápidamente y tomó decisiones republicanas y civilizadas: los condenó a muerte, les cortaron la cabeza y las extremidades, y las exhibieron en plazas y caminos de la zona.

En Santiago, la mujer que durante dieciocho años había soportado las humillaciones de Portales, parido a sus hijos, escondido sus secretos, saciado sus placeres, y que por fin había visto que se daban las condiciones para una vida juntos, se enteró de su asesinato.

Constanza no lo podía creer. Cayó en cama, dejó de comer, dejó de hablar. De veintinueve años, soltera con tres hijos ilegítimos, su único futuro posible en una sociedad cerrada como la de la época era casarse con el que ahora bajaba a una tumba en la catedral de Santiago. La cuerda se había roto y el barco se alejaba hacia el horizonte. Constanza se fue consumiendo con los días, en silencio. Nunca sabremos qué pasó por su mente mientras la pena se la comía por dentro. *La emperrada, la embodegada*, la preciosa niña fantasma de Diego Portales murió sin diagnóstico médico cierto el 23 de julio de 1837, menos de dos meses después. Se desvaneció como un aroma tenue en el viento de Santiago.

Pocas personas asistieron a sus funerales en el patio 5 del Cementerio General. Pero todos saben a quién están despidiendo. Tanto así, que solo un mes después, en un gesto público de compasión, el presidente José Joaquín Prieto hizo lo que Diego Portales jamás aceptó: a través de un decreto reconoció a los tres hijos de Constanza Nordenflycht como hijos también de Diego Portales y le entregó el apellido a Rosalía, de trece años; a Ricardo, de once años, y a Juan Antonio, de cuatro. Hijos de una de las relaciones secretas más trágicas, ocurrida en uno de los momentos más oscuros de nuestra historia.

EL ESTADO CHILENO AUTORIZÓ
ZOOLOGICOS HUMANOS

París, 1889. El país que trajo al mundo la luz de la República celebraba el centenario de una revolución clave para la historia de la humanidad. Un movimiento humanista que creía en la igualdad de todos los hombres, en la libertad de sus ciudadanos y sobre todo en la fraternidad entre pares. Después de milenios de civilizaciones opresoras, culturas brutales e imperios esclavistas, por fin la humanidad podía celebrar la creación de una sociedad de hermanos en la cual todos seríamos iguales ante la ley, todos tendríamos espacio para encontrar la plenitud y la felicidad. París y todos los países que asistieron a esa gran feria mundial, entre ellos Chile, celebraron esta fiesta de la hermandad planetaria con preciosas muestras de arte, tecnología y, entre otras cosas, con un zoológico que exhibía a seres humanos vivos.

Casi a los pies de la torre Eiffel, recién inaugurada para la ocasión, unas jaulas de hierro levantadas sobre la tierra del parque encerraban a seres humanos apretujados y semidesnudos que no entendían nada: ni el idioma, ni la situación, ni dónde se encontraban. Era una familia, con padres, tíos, esposas e hijos pequeños exhibidos como animales peligrosos. Eran indígenas chilenos. Se les advertía a los entusiastas republicanos no acercarse demasiado a los *salvajes antropófagos*, pero los parisinos se abarrotaban frente a las jaulas cuando, cada cierto tiempo, los cuidadores arrojaban trozos de carne de caballo al grupo. Muertos de hambre, se abalanzaban con desesperación sobre la comida emitiendo sonidos guturales, chasquidos y frases ininteligibles en medio del hedor espantoso en el que eran mantenidos para aumentar la sensación de salvajismo. Pero algo extraño ocurría; no gritaban, no gruñían, no mostraban los dientes ni intentaban atacar a nadie. En realidad se veían cansados y débiles. Más allá de la costra de mugre, el cabello largo y la ropa de cuero, solo eran nueve seres humanos desconcertados, enfermos y tristes. Nueve personas con miedo y tremendas ganas de volver a sus hogares entre los canales de la Patagonia, desde donde habían sido secuestrados con la anuencia del gobierno chileno. Eran selk'nam. Una familia completa había sido cazada como animales en una persecución y captura que dejó al menos un muerto y varios heridos, llevada a cabo por el ballenero belga Maurice Maître con la autorización del gobernador interino de Magallanes, el médico Lautaro Navarro Avaria. Tras la caza, siguió un viaje. Técnicamente, una familia de chilenos encadenada en las bodegas del *Toulouse* y llevada a Europa en un viaje horrible de sesenta días en alta mar, sufriendo tormentas, sol abrasador, hambre y sed en la oscuridad de los niveles inferiores del barco; amarrados sin entender el lenguaje de sus captores ni las razones de nada, arrancados de pronto de su mundo por gente violenta. Tu mujer amarrada allá a tres metros de distancia, inalcanzable; tus hijos, tu guagua y sus cólicos; tu hermana y sus mareos, sus vómitos, su debilidad, día tras día empeorando dentro de ese ataúd flotante. Tu desesperación y los gritos de dolor de alguien de tu familia abriéndose paso entre la oscuridad y el ruido del oleaje, quizá tu otro hermano, en una bodega donde no logras ver ni la punta de tu nariz. Los sollozos de tu esposa tras dos semanas de viaje. Las veinticuatro horas del día amarrado, en silencio, sin saber adónde te llevan. Tres semanas. Un día despiertas, pero tu hermano no. Lo arrastran de una pierna amarrada a una cuerda. Creciste con él, cazaste con él, ahora te despidas diciendo su nombre antes de que lo arrojen por la borda. Escuchas el ruido que provoca su cuerpo contra el agua. Tu hijo tiene fiebre; la orina, las heces, la oscuridad de nuevo. Tu hermano es un pedazo menos de tu corazón. Cuatro semanas y ya no quedan lágrimas. ¿Moriremos todos acá? ¿Viajaremos para siempre amarrados en el estómago oscuro y hediondo de esta canoa gigante? ¿Esto es el infierno? Tu hermana lleva dos días casi sin moverse. Murmura algo. Tu hijo menor vomita, el otro pide agua, tú estás amarrado. Le dices a tu

hermana que regresarán, que volverán adonde están los padres, le pides que recuerde cuando jugaban en la playa a arrojar estrellas y vieron por primera vez una ballena varada, ese cuerpo inmenso como un dios resoplando con dificultad sobre la arena. Su ojo muy abierto, del tamaño de un puño, que parecía abrirse con pánico mirando en todas direcciones, sin reconocer dónde estaba, qué era todo ese mundo extraño, por qué no podía moverse y todo daba vueltas. Le recuerdas que la acompañaron hasta que dejó de respirar, ambos se veían reflejados en su córnea de pronto inmóvil, y el ruido del mar, y el cuerpo que no se mueve, y tu hermana te escucha con sus ojos abiertos, demasiado abiertos. Una mosca se para sobre uno de ellos. El ruido del cuerpo de tu hermana contra el agua. Gritas.

Seis semanas, cuarenta y dos días. Ocho semanas, sesenta días en una bodega en alta mar, sin entender nada.

París.

Si a nosotros hoy nos parece extraño viajar a Francia, imagínense lo que deben haber sentido estos selk'nam del fin del mundo al bajarse encadenados a sus muelles. Después guardados en un galpón del puerto como ganado mientras se tramitaba el viaje hasta la capital, en carros cerrados arrastrados por caminos polvorientos.

La familia fue exhibida durante un tiempo en la Ciudad Luz. Ahí murió uno de sus hijos, un pequeño de solo tres años. Arrebatado de los brazos de su madre, fue disecado, eviscerado y estudiado, su cerebro extraído y guardado en un frasco por el famoso y muy respetado antropólogo Léonce Manouvrier.

Meses después, a fines de 1889, agotados y enfermos, fueron subidos nuevamente a un barco y llevados a Inglaterra en un peregrinaje grotesco.

Londres a fines del siglo XIX era como la actual Nueva York. El Imperio británico, el más poderoso de la Tierra, y su capital, un puerto, era cruce y eje internacional obligado de todo tipo de comercio. Por sus calles podías cruzarte con gente de todo el orbe. Animales exóticos adornaban los jardines de los más potentados y barrios chinos o hindúes ofrecían opio, sustancias extrañas y servicios insólitos. Londres y sus asesinos seriales, sus fantasmas victorianos, sociedades secretas, sectas teosóficas y espiritistas engrosando su atmósfera neblinosa; el Támesis tóxico y el vapor de las chimeneas industriales. Una tribu de salvajes antropófagos solo sumaba espesor a la demencia del ambiente.

Sacados de las bodegas del puerto fueron puestos en exhibición, cada vez más enfermos de pena y nostalgia, en el Westminster Royal Aquarium. El estado de abandono, la imposibilidad de comunicarse, el maltrato y la pésima alimentación hacían estragos en la familia. El pobre espectáculo despertó la solidaridad de algunas voces londinenses influyentes y Maître comenzó a ponerse nervioso. La South American Missionary Society inició una campaña que incluyó cartas a las autoridades diplomáticas chilenas que demoraron meses en ser contestadas. La embajada de Chile puso en duda que los indígenas fueran chilenos e intentó deslindar responsabilidades, asegurando que uno de los socios de Maître les había jurado que los selk'nam viajaron y se enjaularon bajo su propio consentimiento. Mientras los políticos chilenos discutían y evadían las acusaciones, una mujer selk'nam cayó gravemente enferma y fue internada en el Hospital de la Unión Saint George y Maurice Maître, aprovechando la confusión, huyó con la familia harapienta hacia Bélgica, dejando abandonada a la mujer que murió sola, a más de trece mil kilómetros de su tierra natal, el 21 de enero de 1890. El reguero de huesos que iba dejando este zoológico humano parecía no terminar.

En Bruselas, Maître exhibió al grupo en condiciones aún más deplorables como simples rarezas en museos populares, junto a aparatos mecánicos, ilusionistas, obras de teatro protagonizadas por enanos y figuras de cera. Ya ni siquiera intentaba esconder su acto tras la etiqueta antropológica, simplemente arrastraba a los fueguinos como un carro de freaks caníbales monstruosos.

No fue la diplomacia chilena, sino la inglesa, la que presionó para que Extranjería detuviera al grupo,

que para mayor desgracia terminó en el fondo de la cárcel belga de Petit-Carnes. Un hombre, tres mujeres y tres niños en pésimas condiciones. Cuando las autoridades contactaron a la delegación chilena en Francia, esta contestó que aunque fueran indígenas chilenos no contaba con los medios ni fondos para socorrerlos. El Foreign Office inglés asumió el caso y determinó que sí eran chilenos, pidió su extradición a Dover y el 18 de febrero de 1890, después de más de un año de peregrinaje atroz, fueron puestos en un barco con destino a Punta Arenas.

Seis de once lograron regresar. De esos seis, un niño se quedó en Europa, otro se perdió en Montevideo y los cuatro restantes, felices de volver finalmente a su hogar después de la pesadilla, no fueron devueltos a su tierra, sino acarreados al verdadero campo de concentración que los Salesianos habían construido en isla Dawson, para salvarlos del proceso de eliminación y reducción de indígenas que llevaban adelante las autoridades y los poderosos estancieros magallánicos de Tierra del Fuego. Para ellos, los selk'nam eran un estorbo para los océanos de ovejas que pastaban en la isla grande.

Después de sobrevivir al violento secuestro, a un viaje horrible, a las condiciones inhumanas de exhibición y cautiverio en Europa, los cuatro selk'nam sobrevivientes no soportaron el traslado y murieron al poco tiempo, producto de las epidemias de sarampión y tuberculosis que se incubaban en las estalas infectas donde hacinaban a cientos de indígenas, verdadera mano de obra esclava de los aserraderos que los curas salesianos administraban. Porque en realidad no habían regresado a su hogar, habían regresado a una guerra silenciosa, a una lógica de exterminio que ha sido escondida por años al resto del país. Los gobiernos chileno y argentino les habían entregado concesiones de tierra gigantescas a estancieros europeos, para que iniciaran la explotación ovejera a gran escala en Tierra del Fuego. Nuevamente no les importó que esa tierra perteneciera a pueblos ancestrales y las entregó con ellos dentro como si fueran animales o parte del paisaje. José Menéndez, llamado Rey de la Patagonia, llegó a tener medio millón de hectáreas en el patrimonio familiar. Eso equivalía a ¡más de dos veces el gran Santiago con todas sus comunas! Poco comparado con sus tierras en Argentina, donde casi alcanzó los ¡dos millones de hectáreas más! Alambraron el territorio y alejaron al guanaco, fuente básica de alimento y pieles para los selk'nam que comenzaron, en su inocencia y nulo sentido de la propiedad, a cazar algunas ovejas. Los estancieros presionaron a las autoridades y comenzó una lenta matanza con la colaboración de policías y la gobernación de ambos países. Organizaron grupos de cacería humana, pagaron una libra por cada selk'nam muerto, y una libra y media por cada mujer asesinada. Como prueba se pedían las orejas de los cadáveres, pero cuando comenzaron a encontrarse con indígenas desorejados, exigieron la cabeza de los hombres y los senos cortados de las mujeres contra pago. Menéndez contrató al infame escocés Alexander McLennan, el tristemente célebre *Chancho Colorado*, hombre violento y alcohólico que perpetró matanzas de comunidades completas y se le atribuye el envenenamiento con estricnina a una ballena varada, que mató entre espantosos dolores a cientos de selk'nam que consumieron su carne. Sí, esto pasó en nuestro país, un genocidio que hasta la fecha no ha sido reconocido por el Estado.

Empujados a una silenciosa extinción con la colaboración y beneplácito de las autoridades, bajo la excusa de proteger la producción de quienes dan trabajo y prosperidad a la región, pueblos completos fueron empujados a la fuerza lejos de sus hogares ancestrales. Algunos fueron llevados a Punta Arenas, donde se ejecutarían verdaderos remates de seres humanos de entre una población amontonada en las bodegas del puerto. Niños fueron separados de sus madres para ser educados en la servidumbre, mujeres jóvenes fueron entregadas sin fines claros. Un apocalipsis humano secreto se vivió en Chile cuando la República entraba en el siglo xx, y nadie se enteró. Y como si nada pudiera ir peor, aquellos que consiguieron ser acogidos en las misiones religiosas comenzaron a morir a un ritmo pavoroso producto de las infecciones y enfermedades que se contagiaron por la ropa donada que los sacerdotes los

obligaban a usar. De mil quinientos selk'nam y kawesqar que en 1895 llegaron a habitar la misión de isla Dawson, en 1911, dieciséis años después, solo quedaban veinticinco. En un eco perverso de la historia, esto ocurrió en la misma isla que sesenta y cinco años más tarde Augusto Pinochet elegiría para instalar su propio campo de concentración.

Cierra los ojos.

En la Patagonia chilena de hoy, una mujer ya en su tercera edad, morena y bajita, regresa a su casa cargando una bolsa de tela en la mano. Tres marraquetas, un pan de mantequilla y dos kilos de harina. Saluda a sus vecinos y entra a la pequeña casa que fuera de sus padres, de cara al canal. Ya son las cinco de la tarde y empieza a helar. Enciende el televisor, pero se queda mirando la ventana. Cree ver una canoa cruzando el brazo de mar frente a su puerta. Se queda ahí, con los ojos perdidos en el paisaje extenso del sur más extremo, el fin del mundo, donde el ruido que hacen los remos al empujar el agua se puede escuchar a decenas de metros de distancia.

Cierra los ojos.

Es el año 2010 y hace unos días asistió a la ceremonia fúnebre de cuatro de sus ancestros que habían logrado regresar después de ciento veinte años encerrados en cajas en un museo de Suiza, en otra jaula, como animales, como especímenes de investigación. Los restos de cuatro kawesqar que murieron abandonados por los zoológicos humanos que recorrían Europa, que después de ciento veinte años habían sido encontrados en unas bodegas europeas, luego enviados a Chile, recibidos con honores tardíos por la propia presidenta de la República de entonces y llevados a las tierras de sus antepasados, donde descansarían en paz después de tanto viaje, tanta ausencia, junto a sus hermanos y sus ríos.

La señora cierra los ojos.

En sus sueños a veces hay gritos, alguien la persigue y ella corre en medio de una oscuridad donde no se ve nada. Se tropieza, la toman de un pie. Grita, despierta.

Si has visitado la Patagonia chilena estarás de acuerdo en que parece otro planeta. Tierra del Fuego quedaba tan lejos y era tan inaccesible como hoy puede pareceros el planeta Marte. En esos páramos los selk'nam desarrollaron una cultura abstracta expresada en cosmogonías bellísimas, cultivaron un vivir ritual de gran complejidad, sociedades sin jerarquías duras donde las comunidades vivían ordenadas, con expectativas de vida de setenta años, en completa armonía con su entorno. Un pueblo maravilloso que habitó la región por más de nueve mil años y que fue borrado del mapa en menos de cincuenta, en nombre de la producción, la industria y el bienestar de unos pocos que hoy cuentan incluso con calles y monumentos a su nombre en la ciudad de Punta Arenas. Desaparecidos para siempre, como el humo de una fogata en la noche magallánica.

*Aquí estoy cantando, el viento me lleva,
estoy siguiendo las pisadas de los que murieron.
Se me ha permitido venir a la Montaña de poder,
he llegado a la gran Cordillera del Cielo,
el poder de aquellos que murieron vuelve a mí.
Del infinito me han hablado.
Aquí estoy cantando, el viento me lleva,
estoy siguiendo las pisadas de los que murieron,
porque las huellas de los que murieron están aquí*

LOLA KIEPJA

(? - 1966)

LA ÚLTIMA SELK'NAM ORIGINAL

PINOCHET NO FUE EL LÍDER DEL GOLPE

Es la primavera de 1973 en Santiago de Chile. En los patios de la casa se celebra una fiesta de cumpleaños; al interior, en el despacho del general, el aire se corta con cuchillo.

—Ya está decidido —dice el de uniforme azul—. Solo faltas tú. Nosotros vamos a ir adelante con la Marina este martes 11. Te parezca bien o no.

El general se muerde el labio inferior mirando un punto en el suelo. Se siente sorprendido, acorralado.

—Pero ¿te das cuenta de que podríamos morir metidos en esto? Además, no tengo nada preparado, cómo mover tropas. ¡Nada!

Golpean la puerta y Augusto Pinochet se pone de pie, aliviado por una interrupción que lo podría sacar del problema. Pero es el almirante Huidobro con un acompañante y un mensaje de José Toribio Merino. Era una encerrona y la tenaza se cerraba sobre el cuello de un militar callado y obediente, instalado en su cargo para defender a Salvador Allende de los conspiradores.

Pinochet suda, el almirante y el general del aire se miran. Es ahora o nunca.

Siempre te han contado que la historia del golpe militar de 1973 tuvo un caudillo, Augusto Pinochet Ugarte, quien tomó el poder liderando a las Fuerzas Armadas sublevadas contra el gobierno de la Unidad Popular. Y que actuó motivado por el caos en el que se hallaba sumido el país producto de una creciente polarización política, violencia y descalabro económico. Pues, toma asiento y lee con calma, porque todo eso es mentira. «¡Ah!, me contarán la versión del otro lado», pensarás. La verdad, la historia que vas a leer la cuentan, en su mayoría, los propios vencedores del 11, gente que pensó y participó en la conspiración.

Todos los chilenos que vivieron esa mañana del 11 de septiembre jamás olvidarán el momento en que encendieron la radio y, tras interminables cortinas de marchas militares, surgió entre la estática y la niebla una voz dura leyendo un comunicado feroz. Las Fuerzas Armadas tomaban el control del país esgrimiendo las siguientes razones:

1. La gravísima crisis social y moral por la que atraviesa el país.
2. La incapacidad del gobierno para controlar el caos.
3. El constante incremento de grupos paramilitares entrenados por los partidos de la Unidad Popular que llevarán al pueblo de Chile a una inevitable guerra civil.

Estos generales se arrogaron la misión de restaurar el orden y la institucionalidad. Como si el golpe de Estado fuera una *consecuencia* del *desastre* del gobierno de Salvador Allende.

Pero la verdad es que al grupo de poder que hoy sabemos que lideró el golpe jamás le importó si al gobierno de la Unidad Popular le iba bien o mal; si conseguía sus objetivos de reducir la desigualdad y la pobreza o no. La verdad es que desde el momento mismo de ser electo Salvador Allende, fuerzas poderosas se conjugaron para evitar que llegara siquiera a tomar el mando.

Cuando Salvador Allende finalmente obtuvo el triunfo el 4 de septiembre de 1970, estalló la furia no solo en el corazón de la oligarquía chilena, sino también en la Casa Blanca, el Palacio de Gobierno estadounidense. Richard Nixon, el presidente en esos años, golpeó paredes, pateó puertas y gritó «That

son of a bitch!» («¡Ese hijo de puta!»), refiriéndose a Allende. Su secretario de Estado, Henry Kissinger, habló de «la estupidez del pueblo chileno» por haber elegido un gobierno socialista. Esa misma noche, el equipo de campaña de Alessandri —el candidato de la derecha— recibió el llamado de un alto jefe de la Policía de Investigaciones para ofrecerle cualquier acción para impedir que Allende asumiera.

A partir de ese 4 de septiembre y hasta la fecha en que el Congreso debía ratificar la presidencia del Chicho, como le decían a Allende, el 24 de octubre, se vivieron los cincuenta días más frenéticos de la historia reciente. Un mayor en retiro del Ejército y un agente de la CIA fueron denunciados por la propia embajada de Estados Unidos al presidente Eduardo Frei por planear el asesinato de Allende. El mayor José Cabrera, también en retiro, fue detenido en una parcela de La Florida con un arsenal y el mismo plan. El coronel Viaux, con otros oficiales, idearon secuestrar al comandante en jefe del Ejército, general René Schneider, pero fracasaron gracias a un hecho fortuito.

Se proyectaron todas las combinaciones legales posibles para impedir la proclamación. Incluso, cuando descubrieron que la elección quedaba nula si uno de los candidatos fallecía, llenaron de cartas a su propio candidato, Alessandri Rodríguez, pidiéndole que se suicidara por el bien de la patria, como relata en sus memorias Federico Willoughby, cercano a la candidatura y posterior colaborador de la dictadura militar.

Pero fue el 15 de septiembre, tras una reunión con Agustín Edwards, dueño del diario *El Mercurio*, cuando Richard Nixon tomó la decisión y le dijo a Helms, director de la CIA, que «un gobierno de Allende no era aceptable para Estados Unidos», y le ordenó que «no hay que dejar ninguna piedra sin mover para obstruir la elección de Allende», «reventar la economía chilena» si era necesario.

Al día siguiente la CIA emitía un memorándum con detalles del proyecto FUBELT, cuyo principal objetivo era impedir que Allende asumiera o desalojarlo si lo llegaba a concretar. Para ello, la misma CIA ordenó una intervención millonaria y secreta. El mundo no debía enterarse de que Estados Unidos, paladín internacional de la democracia y los derechos civiles, conspiraba para destruir a un gobierno elegido democráticamente.

Y pusieron entonces en marcha el proyecto FUBELT. Le negaron créditos a Chile, que es de lo que vive en parte cualquier país en desarrollo; fomentaron la crisis económica a través de embargos y bloqueos comerciales; buques repletos de cobre chileno eran requisados en puertos internacionales por orden norteamericana. «Haremos aullar la economía chilena», había dicho Nixon. También promovieron, como parte del FUBELT, el desorden social; financiaron a la oposición y a grupos terroristas para crear las condiciones de quiebre de la legalidad y generar un clima que justificara una intervención violenta de las Fuerzas Armadas, eso que el escritor e historiador brasileño Luiz Alberto Moniz llamó «una fórmula para el caos»: la fase Track I, según el FUBELT. Y todo esto, antes de que Allende siquiera asumiera el poder. Porque si llegaba a asumir se desataba la fase Track II, o sea, crear las condiciones para un golpe militar.

¿De dónde salen estos datos? No de la imaginación de un cronista pro UP, sino de los archivos desclasificados del propio servicio de inteligencia estadounidense, como se relata en detalle en el gran libro *La CIA en Chile*, de Carlos Basso.

Cuando nada estaba resultando y la fecha para que Allende asumiera se acercaba, fue tanta la furia y la desesperación que un grupo de extrema derecha asesinó a tiros en la calle al propio comandante en jefe del Ejército de entonces, general René Schneider, en un hecho de sangre inédito en nuestra historia.

Las condiciones para el presidente electo eran las peores. Por esta razón, desde su triunfo el 4 de septiembre hasta su proclamación el 24 de octubre, durmió cada noche en una casa diferente.

A fines de 1970, cuando Allende ya era presidente, el nuevo comandante en jefe del Ejército, Carlos Prats, tomó una decisión que cambiaría la historia. Para proteger a Allende de los militares conspiradores, trajo desde Iquique a un oscuro, callado y obediente general que estaba a punto de ser

pasado a retiro, para que se hiciera cargo de las tropas de Santiago. Alguien de perfil bajo que pudiera ser controlado con facilidad, un subalterno confiable: el general Augusto Pinochet Ugarte.

Durante toda mi infancia vivida en dictadura escuché mil veces el relato oficial heroico de Pinochet liderando el golpe, la antorcha de la libertad en la mano, el sonido del clarín y toda la imaginería fascista desplegada sin contrapeso. Pero ¿cuándo entraba Augusto José Ramón en esas primeras horas de la conspiración?

En *Fórmula para el caos*, el exhaustivo libro de 574 páginas sobre el golpe de Estado chileno, su autor Luiz Alberto Moniz nombra a Pinochet recién en la página 489.

¿Qué dice la CIA, ya entrado 1971, sobre nuestro Augusto?

«El general Pinochet (...) es un oficial subordinado altamente eficiente, que cumple órdenes en forma explícita. Es poco probable que actúe por su cuenta.»

En un cable de la misma CIA, del 6 de agosto de 1971, el agente informante declaró que Pinochet «podría ser neutralizado por un golpe conspirativo, pero no liderará golpe alguno».

Alguien podría suponer que fue a lo largo de su estadía en Santiago cuando fue empapándose de golpismo, pero según otro cable de la CIA, ¡del 8 de septiembre de 1973!, cuando ya se sabía incluso que el golpe lo darían la Marina y la Fuerza Aérea, «Pinochet ha dicho que el Ejército no se opondría a la acción de la Armada», dejando en completa duda su apoyo al golpe.

Hay que pensar que Pinochet participó activamente en la desarticulación del Tanquetazo en junio de 1973, entregándole el 12 de julio información a Prats sobre «generales con inquietudes». Una clara denuncia solapada de actividades golpistas. Incluso el 23 de agosto, a menos de veinte días del golpe, cuando asumió la comandancia en jefe del Ejército, el general Sergio Arellano Stark, oficial golpista de primera hora, escribió en su agenda: «¿De qué lado está Pinochet?».

Tan seguro estaba Allende de la lealtad del general recomendado por el propio Prats como hombre de confianza, que la mañana del 11 de septiembre, cuando las tropas avanzaban y el golpe era evidente, una de sus primeras preocupaciones fue la seguridad del comandante en jefe.

—Pobre Augusto —se le escuchó decir al presidente—. Lo deben tener preso.

Entonces, si Pinochet no estuvo involucrado en la conspiración, ¿quiénes planearon el golpe?

Lo primero que hay que decir es que la idea era parte de un plan genérico de Estados Unidos para América Latina. En plena Guerra Fría querían detener a toda costa a los gobiernos de izquierda de cualquier índole en su patio trasero. En los sesenta, Nelson Rockefeller ya recomendaba las dictaduras militares como la solución para el avance rojo en Sudamérica, y este plan resultó a la perfección. Para 1976, Argentina, Chile, Brasil, Bolivia, Uruguay y Paraguay eran gobernados por el bototo y la ametralladora, todos embarcados en una política de exterminio coordinado local y continentalmente.

En Chile, todo comenzó en 1968. Mónica González, en esa biblia sobre el golpe llamada *La Conjura*, cuenta sobre la formación de la «Cofradía Náutica del Pacífico Austral», punto de encuentro entre oficiales de la Armada y empresarios, entre ellos José Toribio Merino y Agustín Edwards.

Ya en 1971 ese mismo grupo se organizaba contra el gobierno en un seminario falso en el hotel O'Higgins de Viña del Mar, donde se reunieron a planificar derechamente el derrocamiento de Allende. Allí, junto al estero Marga-Marga y sus zancudos, comenzaron a hilvanar el tejido que terminaría con La Moneda en llamas y el presidente muerto en medio de un baño de sangre.

Esa tarde hablaron de recaudar fondos dentro y fuera del país, de la creación de un programa para el gobierno que impondrían después del golpe, de la creación de equipos de trabajo en las sombras, de un servicio de inteligencia para las operaciones de sabotaje y espionaje, de la estructura orgánica de un pregobierno fundado en secreto. No importaba si a Allende le iba bien o mal, no importaba la gente que

se llevaran en el camino, la máquina comenzaba a caminar de la mano de la Armada y los empresarios coludidos.

Del Ejército nada se sabía hasta que, en 1972, el coronel Sergio Arellano Stark, rabioso anticomunista, recibió una destinación que cambiaría la historia. Fue enviado como comandante del regimiento Maipo a Valparaíso, primera zona naval donde conoció, por supuesto, al vicealmirante José Toribio Merino, pero también a otro golpista, el jefe de Carabineros de la zona, Arturo Yovane. Con ellos, el corazón de la conspiración quedaba armado y latiendo.

En diciembre de 1972, Arellano Stark fue nombrado general y trasladado a Santiago, donde participó en los consejos de generales y fue reuniendo en torno suyo a los golpistas.

En mayo de 1973, en el hotel San Martín de Viña del Mar, fue terminado el documento de cinco páginas donde se resumían los principios del gobierno militar que tomaría el poder. Nada importaban las marchas multitudinarias a favor de Allende, el apoyo popular, las canciones, los rayados y murales, los discursos y el triunfo de marzo en las urnas. El pueblo chileno nada decidiría, su destino se estaba escribiendo en secreto desde antes de iniciarse siquiera la apuesta.

El 25 de junio de 1973, el golpe se trasladó a una casa en Lo Curro, Santiago. Allí se sumó Gustavo Leigh, comandante de la Fuerza Aérea. Pinochet también fue invitado, pero rechazó asistir, lo cual despertó las sospechas.

A fines de julio todo estaba coordinado y solucionado, excepto el tema del Ejército. Todos estaban de acuerdo en que se necesitaba el apoyo de la rama principal, nadie quería repetir la guerra civil de 1891 en la cual se enfrentaron en bandos opuestos, pero por esos días los golpistas de Lo Curro consideraban a Pinochet contrario a la conspiración, un extraño.

Orlando Sácur, presidente de la Sofofa, lo resumió de la siguiente manera: «Las primeras relaciones oficiales (...) fueron con la Marina (...) La Fuerza Aérea apareció, para mí, en los inicios de 1973 y el Ejército no se hizo presente sino al final. Yo mismo me reuní con dos o tres generales, entre los cuales no estaba el general Pinochet».

Federico Willoughby, uno de los primeros colaboradores civiles que tuvo la junta militar después del golpe, fue aún más explícito en sus memorias. El capítulo donde relata los hechos de septiembre comienza así: «El almirante José Toribio, comandante de la Armada, encabezó y lideró el golpe militar del 11 de septiembre de 1973». Punto.

Pinochet, en su libro *El día decisivo*, del que seguiremos hablando, dijo que nadie sabía de sus planes golpistas porque estaba planificándolos en secreto ayudado por un pequeño grupo de colaboradores. Mónica González, en *La Conjura*, consultó a esos colaboradores mencionados por Pinochet. Ninguno recordó haber trabajado con él en planificación alguna.

Entonces, ¿cómo entra el gran dictador en esta historia? Pues, casi contra su voluntad.

Cuando el viernes 7 de septiembre, a solo cuatro días, los golpistas se reunieron y acordaron el 11 como el día apropiado, fue Arellano Stark quien insistió en incorporar a Pinochet, que ya era comandante en jefe del Ejército. No era del todo necesario, considerando que ni Carabineros ni la propia Armada habían sumado a sus comandantes en ejercicio en la conspiración, pero Arellano insistió.

Al día siguiente, Gustavo Leigh intentó hablarle, pero Pinochet eludió quedar a solas con él. Posteriormente, Arellano fue a su casa pero no lo encontró; entonces lo fue a buscar a un matrimonio donde estaba invitado, pero no había asistido. Lo buscó por todo Santiago, pero Pinochet lo dribleaba huyendo con los dedos en los oídos. Hasta que ya de noche lo acorraló en su casa y le contó todo, sin anestesia. Pinochet guardaba silencio, preocupado, con el ceño fruncido. Arellano le dijo que lo pondría en contacto con Gustavo Leigh, pero Pinochet se negó, muy tenso, y alegó que él llamaría a Leigh esa misma noche.

La llamada nunca se produjo y se encendieron todas las alarmas. Los conspiradores estaban desesperados. La noche del 8 al 9 de septiembre fue eterna para los golpistas. Pinochet podía estar perfectamente entregándole toda la información a Allende en esos momentos. Arellano sudó frío toda la madrugada. Como muchos protagonistas han dicho, nadie sabía lo que pensaba Augusto Pinochet a solo tres días del 11 de septiembre.

Al día siguiente, Gustavo Leigh decidió irrumpir en el cumpleaños de Jacqueline, la hija de Pinochet. La escena con la que comenzamos este capítulo.

—Ya llegó el límite —le dijo, entrando al despacho donde podrían hablar en privado—. La Fuerza Aérea y la Armada van a actuar con o sin ti.

—Pero —interrumpe Pinochet— tú sabes que esto nos puede costar la vida.

En ese momento golpearon la puerta, entró el almirante Huidobro con un oficial de acompañante. Venía de Valparaíso con un papel del almirante Merino escondido en su zapato.

Gustavo y Augusto.

Bajo mi palabra de honor, el día D será el 11 a las 06:00. Si uds. no pueden cumplir esa fase con el total de las fuerzas que mandan en Santiago, explíquenlo al reverso. El almirante Huidobro está autorizado para tratar y discutir cualquier tema con ustedes. Les saluda con esperanza y comprensión.

MERINO

—¡Pero yo no tengo planes, no puedo traer tropas...! —habría dicho Pinochet, según Merino. Y mientras Leigh firmaba el papel sin dudar, Pinochet hacía tiempo buscando un timbre personal entre sus cosas, entre nervioso y molesto.

En una entrevista con Mónica González, años después, Leigh fue lapidario: «Yo, lo único que sé, es que cuando el 9 de septiembre fui a hablar con Pinochet, este estaba totalmente en pampa».

Ninguno de los golpistas sabía que ese mismo día, en la mañana, Pinochet se había reunido con Allende y le había expresado, entre otras cosas, el pleno respeto del Ejército a la autoridad presidencial.

Recién el lunes 10 de septiembre Pinochet se reunió con Arellano Stark en el Ministerio de Defensa. Ahí, el verdadero operador del Ejército en el golpe, le entregó toda la información y lo incorporó definitivamente al golpe militar, solo un día antes.

Pinochet contó en su libro que a las 13.00 de ese mismo día 10, se reunió con los generales que participarían de las operaciones al día siguiente. Dijo que los arengó, desenvainó una réplica de la espada de O'Higgins y les hizo jurar uno por uno frente al sable del libertador. Ninguno de esos generales recuerda la arenga y menos el juramento. Aseguran que nunca ocurrió.

La mañana del 11 partió con la toma de Valparaíso por parte de infantes de Marina que bajaron de camiones corriendo hacia radios y reparticiones públicas. El nombre en código es tragicómico. El gran movimiento estratégico de la gloriosa escuadra nacional se llamó «Operación Cochayuyo».

En Santiago, Pinochet llegó con retraso al reducto de Peñalolén en la precordillera. Gracias a la grabación fortuita de las comunicaciones entre los jefes golpistas, liberadas en 1985 por la revista *Análisis*, pudimos escuchar la lenta conversión de Augusto José Ramón, alzado de última hora, callado y contenido, en un tipo cada vez más agresivo y chillón. Contrastaban incluso sus gritos y groserías con el tono mesurado del resto de los militares.

«No podemos aparecer con debilidad de carácter, aceptándole plazos y parlamento a esta gente porque... ¡no podemos nosotros aceptar plazos ni parlamentos, qué significa diálogo, significa debilidad! Todo ese montón de jetones que hay ahí, el señor Tohá, el otro señor Almeyda, todos esos mugrientos que estaban echando a perder el país, hay que pescarlos presos... y el avión que tienes dispuesto tú, arriba y sin ropa, con lo que tienen pa' fuera, viejo.

«Que lo metan (a Allende) en un cajón y lo embarquen en un avión, viejo, junto con la familia. Que el entierro lo hagan en otra parte...»

A medida que la mañana avanzaba, lo íbamos viendo cada vez más suelto y empoderado, más duro y agresivo. Ya pasado el mediodía, junto a las llamas que consumían el Palacio de La Moneda y los restos del presidente muerto, vemos finalmente emerger al dictador, al Pinochet que conocimos. Consciente de mandar sobre la Fuerza Armada más poderosa. Consciente quizá del regalo que el destino ponía en sus manos, cuando todo parecía terminar en un simple retiro sin ninguna gloria.

Pero ¿quién era Pinochet detrás de esos lentes oscuros que dieron la vuelta al mundo?

El general siempre fue descrito como un tipo callado, observador y ladino. De gustos simples. Alguna vez dijo que su plato preferido era el puré con vienasas. Escuchaba marchas militares y se emocionaba en particular con «Yo tenía un camarada», versión en castellano de la marcha nazi «Ich hatt eine kameraden». Cercanos lo pintan como una persona de campo, astuta y llena de temores sobrenaturales, muy supersticioso. Federico Willoughby contó sobre una ocasión en que iban a salir a terreno y el ascensor no llegaba nunca. Pinochet hacía cruces con los dedos y dijo:

—No vamos a ir. No quieren los duendes que salgamos. Nos puede ir mal.

Hablaba de los reyecitos que tenía en el cielo y lo protegían. Actualizaba su horóscopo cada dos meses, incluso postergando decisiones importantes a la espera de la carta astral que le llegaba desde Puerto Cisnes, en la Patagonia, donde vivía su astróloga personal, la italiana Eugenia Pirzio-Biroli, a quien además llegó a designar alcaldesa de la zona. La mujer era famosa en círculos de derecha por haber predicho y publicado el día de la muerte de Allende semanas antes de su ocurrencia.

Su mezcla de superstición popular, ocultismo y catolicismo se veía reflejada en el grueso anillo de oro con un rubí y signos masónicos que usaba como talismán en su dedo anular izquierdo. Solo en la página 115 de su libro *El día decisivo*, encontramos consecutivamente términos como *luz divina*, *la mano de dios*, *el mandato del destino* y de *la providencia que limpia la senda*.

Sus temores lo llevaron a reconstruir totalmente la casa oficina de los comandantes en jefe, porque aseguraba que el fantasma de Prats, el comandante en jefe retirado que mandó a matar en Argentina, se le aparecía en los pasillos y al pie de su cama.

En los últimos años de su dictadura fue la médium Eliana Merino la encargada de canalizar las angustias paranormales de Pinochet. Con ella organizó sesiones de espiritismo en La Moneda e invocó a sanadores brasileños. Sus trances, registrados en archivos de la CNI, según contó César Parra en su libro *Santiago mágico*, eran utilizados como información de inteligencia para planificar viajes, visitas y evitar supuestos atentados, el gran temor del dictador, que ya en 1986 había identificado a la Virgen del Carmen como la entidad que lo había salvado del ataque del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Recordemos que en una entrevista en Televisión Nacional mostró uno de los cristales del auto acribillado, donde dijo reconocer una imagen mariana formada milagrosamente por los impactos de bala.

Pinochet no era una persona culta, tampoco venía de una familia de importancia. Durante su carrera había tenido que soportar el ninguneo de su esposa que sí provenía de una familia de clase alta y le exigía más. Su desconfianza y sus manejos discretos provenían en parte de esa inseguridad. Cuando el golpe de Estado le cayó en las manos, lo abrazó con la pasión de quien se aferra a la última oportunidad de su vida. Desde el mismo 11 de septiembre comenzó a construirse una nueva identidad como propietario único de un proceso que no le pertenecía.

El 11 en la tarde, por ejemplo, debería haber sido nombrado Gustavo Leigh como presidente de la junta militar, por ser el uniformado de mayor antigüedad —presidencia que por un acuerdo previo sería rotada periódicamente entre los jefes de las FF.AA.—, sin embargo, se hizo pesar el criterio de favorecer el arma más antigua: el Ejército. Pinochet entonces tomó el mando... y no lo soltó más.

A diferencia de los otros representantes de las Fuerzas Armadas que premiaron a sus oficiales golpistas con ministerios en el nuevo gobierno, Pinochet no nombró a ninguno de sus subalternos, miembros de la conspiración, en ningún cargo importante como un primer gesto para controlar la situación y disminuir a cualquiera que pudiese hacerle sombra.

Después de negarse a rotar la presidencia de la junta militar, decidió que además debía ser nombrado presidente de la República, contra la opinión de casi todos sus generales y del resto de la junta. Las peleas en particular con Leigh, el que más se le oponía, eran monumentales, con gritos, muebles rotos y portazos. Pero un día le llegó a Leigh un decreto sorpresivo, ya firmado por el resto de la junta, con el nombramiento de Pinochet. Esto causó una nueva discusión, en la cual Pinochet rompió el cristal de su escritorio, Leigh le arrojó el famoso decreto 806 firmado, y la relación se quebró para siempre.

El 27 de junio de 1974, Pinochet finalmente tuvo su ceremonia y se convirtió en presidente de la República sin haber recibido un solo voto. En su gusto por la pompa y los rituales, además de recibir la banda presidencial, había mandado a hacer una réplica de la piocha de O'Higgins, que se había perdido en el bombardeo a La Moneda. Además se hizo imponer un enorme collar de dudoso gusto, hecho de copihues de oro esmaltado que remataba en un gran medallón de estilo medieval. Y como si fuera poco, agregó a esto un bastón de mando también enchapado en oro, plata y lapislázuli.

La imagen real que fabricaba para sí y para el país ya había tenido su ceremonia de coronación. El siguiente paso fue eliminar o sobreponerse a quienes pudieran disputarle el mando. En 1975 pasó a retiro a Arellano Stark, el general que había peleado por incluirlo en la conspiración golpista. Luego murió Bonilla, un general de gran ascendiente en el Ejército, en un accidente de muy extrañas circunstancias. Finalmente, en 1976, el general Benavides entró con soldados armados a la oficina de Gustavo Leigh a indicarle que la junta lo había destituido. Todos los generales de la Fuerza Aérea renunciaron en solidaridad con su comandante en jefe, excepto uno: Fernando Matthei, quien terminó nombrado en el cargo por la junta.

Con el resto de sus oponentes la estrategia fue peligrosa y brutal. Su poder no se iba a afianzar controlando la economía; ese aspecto lo dominaba la Armada. Tampoco mediante las obras públicas, y menos la salud o la educación. Su plataforma sería otra. Ahí entró uno de los personajes más siniestros de nuestra historia: Manuel Contreras, y un plan para coordinar los servicios de inteligencia de las cuatro ramas en uno solo y al mando del Ejército: la DINA. Esa iba a ser su plataforma de poder: eternizar el terror y la guerra interna para justificar el estado de sitio y su mano de hierro. El resto de la junta pensaba en entregar el poder a civiles en cinco o siete años; Pinochet tenía otros planes.

Después de ello, su personalidad se desató. Creó para sí el galón de cinco estrellas que lo identificaba como Capitán General, una investidura militar en desuso desde los primeros tiempos de la República. Introdujo el uso de capas hasta los tobillos para las altas dignidades del Ejército y aumentó la teatralidad del mando. Gustaba de ceremonias a campo abierto, las antorchas y ritos simbólicos típicos del fascismo. Diseñó un sillón rojo con un escudo para su despacho, con el cojín a mayor altura para quedar por encima de sus visitas, hundidas en sillones más bajos y a cierta distancia de él. Buscó emularse a O'Higgins al llenar de referencias a una segunda independencia monedas, estampillas, medallas y monumentos. Como no tenía dominio del lenguaje en público, comenzó a practicar oratoria con tutores que buscaban bajarle unos tonos a su voz chillona, mejorar el lenguaje corporal y sus errores de dicción. Todo en el afán permanente de construir una dignidad de gobernante. También compraba libros compulsivamente. Su biblioteca, periciada durante la investigación por el caso Riggs, fue tasada en más de mil novecientos millones de pesos, comprada en gran parte, según las propias investigaciones, con fondos del Estado.

«Después de leer al personaje a través de su biblioteca —decía la perito bibliográfica Berta Concha

—, mi conclusión es que este señor miraba con mucha fascinación, temor y avidez el conocimiento ajeno a través de los libros.»

Y fue a través de un libro que quiso darle el toque final a su ascenso al poder. Ya había eliminado a los potenciales retadores al cargo, así como al propio Manuel Contreras cuando comenzó a convertirse en un problema, y levantó su figura como gobernante indiscutido a través de los medios de comunicación; solo faltaba construir su figura histórica. Y, al igual como en el golpe mismo, se trató de una obra no ejecutada por él, pero firmada con su nombre. Un relato fantástico de corte épico y donde aparecía como el gran cerebro y líder de toda la conspiración, dejando fuera prácticamente a toda la lista de personas que realmente planearon el 11 de septiembre.

En 1979, justo antes de la promulgación de su propia Constitución, publicó en la Editorial Andrés Bello el libro *El día decisivo*, su gesto refundacional definitivo mediante el cual cerró el círculo de su poder y se inventó un pasado glorioso ajeno a la verdad.

El libro se imprimió por decenas de miles. Se regaló en escuelas y bibliotecas. Se distribuyó obligatoriamente entre el personal de las Fuerzas Armadas con la firma del propio libertador Augusto Pinochet. Todos los soldados recibían gustosos el regalo, hasta que, en una afición por la estafa que conoceríamos años después, descubrirían que su valor les era descontado de su sueldo a fin de mes. El mito autocreado de Pinochet, ideando y liderando la gesta libertaria, además le rendiría dinero por derechos de autor a costa de sus propias tropas.

El día decisivo es una de las demostraciones más extremas de lo que el poder puede hacer con la historia cuando se suspenden las libertades, el flujo de información cesa y alguien piensa que se puede tergiversar nuestra memoria, porque es así cómo la mente de un país queda en la oscuridad. Y Chile está enfermo de oscuridad. Pero han sido las nuevas tecnologías y la propia gente las que han conseguido imponer la transparencia forzada que está levantando las alfombras y abriendo los sótanos muy a disgusto del poder. *Post tenebras lux*, profetizaron nuestros libertadores, *después de las tinieblas viene la luz* a iluminar los rincones escondidos de la memoria. Que esa frase vuelva a ser nuestro lema patrio de ahora en adelante y caminemos juntos por ahí arrojando luz sobre tanto agujero oscuro excavado en la tierra de nuestra historia. Es otra forma de despertar y pucha que nos hará bien.

BIBLIOGRAFÍA

- Alonso Marchante, José Luis. *Menéndez, rey de la Patagonia*. Santiago: Catalonia, 2014.
- Amunátegui, Miguel. *La dictadura de O'Higgins*. Santiago: Imprenta, Litografía i Encuadernación Barcelona, 1914. Disponible en: <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-8180.html> [16 de marzo de 2016].
- Báez, Christian; Mason, Peter. *Zoológicos humanos, fotografías de fueguinos y mapuche en el Jardín d'Acclimatation de París, siglo XIX*. Santiago: Pehuén Editores, segunda edición, 2010.
- Báez, Luis. «Testimonio de Miria Contreras (Payita): Las últimas horas del presidente Allende.» *Cuba Debate*, 6 de septiembre de 2003. Disponible en: <http://www.cubadebate.cu/opinion/2003/09/06/testimonio-de-miria-contreras-payita-las-ultimas-horas-del-presidente-allende/#.Vw7JQZPhCRs> [25 de febrero de 2016].
- Basso Prieto, Carlos. *La CIA en Chile 1970-1973*. Santiago: Aguilar, 2013.
- Bravo Lira, Bernardino. «Historia y significado de la transmisión del mando.» *Atenea, Ciencia, Arte y Literatura*, N° 461, Universidad de Concepción, 1990, pp. 165-182.
- Bravo Valdivieso, Germán. *La masacre del Seguro Obrero: a la luz de las investigaciones de la Cámara de Diputados y del Juzgado Militar*. Valparaíso: RIL Editores, 2013.
- Camogli, Pablo. *Nueva historia del cruce de los Andes*. Buenos Aires: Aguilar, 2011.
- «Capacha: ritual que dio origen al niño del cerro El Plomo.» Santiago: Museo Nacional de Historia Natural. Disponible en: <http://www.mnhn.cl/613/w3-article-5032.html> [21 de diciembre de 2015].
- Carrillo, Daniel; Obreque, Rodrigo. «El Cristo mapuche se perdió en el mar.» Disponible en: <http://prensa.politicas-publicas.net/index.php/indigenaschile/2010/05/25/reportaje-maremoto-de-1960-y-sacrificio-humano-en-el-budi-habla-la-madre-del-nino> [30 de septiembre de 2015].
- Casanova Guarda, Holdenis. *Diablos, brujos y espíritus maléficos: Chillán, un proceso judicial del siglo XVIII*. Temuco, Chile: Ediciones Universidad de la Frontera, 1994.
- «Cauri Pacssa. ¿El niño del cerro El Plomo?» Santiago: Museo Nacional de Historia Natural. Disponible en: <http://www.mnhn.cl/613/w3-article-5036.html> [20 de diciembre de 2015].
- Chapman, Anne. *Los onas*. Buenos Aires: Comité Argentino del Film Antropológico, 1967 (documental audiovisual).
- Cooperativa.cl. «Restos de Diego Portales fueron trasladados a cripta definitiva en la Catedral.» *Cooperativa.cl*, Santiago, 20 de junio de 2006. Disponible en: <http://www.cooperativa.cl/noticias/sociedad/historia/restos-de-diego-portales-fueron-trasladados-a-cripta-definitiva-en-la-catedral/2006-06-20/170136.html> [15 de enero de 2016].
- Correa Gómez, Antonio. *El último suplicio: ejecuciones públicas en la formación republicana de Chile, 1810-1843*. Santiago: Ocho Libros Editores, 2007.
- Correa Salas, M. Soledad; Eisner Sagüés, Federico. «Manuscrito encontrado junto a los restos de Diego Portales: análisis y conservación.» Santiago: Dibam. Disponible en: http://www.dibam.cl/dinamicas/DocAdjunto_1023.pdf [5 de enero de 2016].
- «Cuerpo desenterrado en Catedral sería de Diego Portales.» *Emol*, Santiago, 18 de marzo de 2005. Disponible en: <http://www.emol.com/noticias/nacional/2005/03/18/176428/cuerpo-desenterrado-en-catedral-seria-de-diego-portales.html> [10 de enero de 2016].
- Díaz, «Huevo»; Campos «Oniri», Omar. *Raptados*. Santiago: Ocho Libros Editores, 2011.
- Droguett, Carlos. *Los asesinados del Seguro Obrero*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1972.
- «El niño inmolado.» *Mapuche News*, online: 15 de agosto de 2001. Disponible en: http://www.mapuche.info/news02/merc_010815.html [28 de septiembre de 2015].
- «En ceremonia indígena habrían sacrificado a niño de siete.» *El Austral de Temuco*, 21 de junio de 1960. Disponible en: <http://www.anales.uchile.cl/index.php/ANUC/article/viewfile/12348/18135> [20 de septiembre de 2015].
- Fritz, Sergio. *La Recta Provincia, una cofradía de brujos en el sur de Chile*. Santiago: Editorial Bajo los Hielos, 2014.
- García-Huidobro, Joaquín; Orellana, Miguel. *Allende, Allende*. Santiago: Cuatro Vientos, 2002.
- Garrido González, Carlos. *Las visiones nacionalistas y racistas en los textos escolares de historia de 7° y 8° básico en Chile (1981-1994)*. Santiago: Editorial Magisterio, Colegio de Profesores de Chile, 2007.
- González Camus, Ignacio. *El día en que murió Allende*. Santiago: Catalonia, 2013.
- González, Mónica. *La conjura, los mil y un días del golpe*. Santiago: Ediciones B, 2000.
- Gusinde, Martín. *Los indios de Tierra del Fuego: resultado de mis cuatro expediciones en los años 1918 hasta 1924, organizadas bajo los auspicios del Ministerio de Instrucción Pública de Chile*. Buenos Aires: Centro Argentino de Etnología Americana, 1982-1991.
- Halperin, Tulio. *Historia argentina*. Tomo 3. Buenos Aires: Paidós, 2000.
- Hervé, Francisco. *Soy Jemmy Button, el salvaje*. Santiago: Zig Zag, 2013.

- Imprenta i Casa Editora de Ponce Hermanos. *Los Brujos de Chiloé. Célebre proceso del juzgado de Ancud. Declaraciones de los reos.* Santiago: Imprenta i Casa Editora de Ponce Hermanos, 1908.
- Infante, Javier. *Autonomía, independencia y República en Chile, 1810-1828.* Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2014.
- Jocelyn-Holt, Alfredo. *La independencia de Chile: tradición, modernización y mito.* Santiago: Debolsillo, tercera reimpresión, 2012.
- «Jurisprudencia, sección cuarta, jurisdicción criminal: causa de Valdivia - 7 de diciembre de 1953. Contra Juana Catrila.» *Gaceta de los Tribunales.* Tomo LII, N° 5 y 6, julio y agosto de 1955.
- Klein, Marcus. *La matanza del Seguro Obrero.* Santiago: Globo Editores, 2008.
- Kornbluth, Peter. *Los EE.UU. y el derrocamiento de Allende, una historia desclasificada.* Santiago: Ediciones B, 2003.
- «La masacre del Seguro Obrero. Entrevista a Carlos Pizarro Cárdenas, último sobreviviente de la masacre del Seguro Obrero.» *Canal Fasci Nation*, 30 de noviembre de 2014. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=PmaP2FORlxk> [12 de diciembre de 2015].
- Levene, Ricardo. *El genio político de San Martín.* Buenos Aires: Desalma, 1970.
- Marino, Mauricio; Osorio, Cipriano. *Juicio a los brujos de Chiloé.* Santiago: Ediciones Tácitas, 2014.
- Matus, Alejandra. «Dónde estuvo la bandera robada.» Centro de Investigación y Publicaciones de la Universidad Diego Portales (CIP). Disponible en: <http://www.casosvicaria.cl/temporada-uno/donde-estuvo-la-bandera-robada/> [28 de febrero de 2016].
- Mena, Rosario. «A Michelle Bachelet le falta un sueño: Patricia Arancibia Clavel, historiadora.» *Nuestro.cl*, Santiago, 2006. Disponible en: http://www.nuestro.cl/notas/perfiles/patricia_arancibia8.htm [21 de febrero de 2016].
- Moncecino, Sonia. «Mito, sacrificio y políticas de la diferencia: el terremoto del 60 en el lago Budi.» *Anales*, Séptima Serie, N° 1, mayo de 2011. Disponible en: http://www.captura.uchile.cl/bitstream/handle/2250/131693/Montecino_RN_013_2011.pdf?Sequence=1 [25 de septiembre de 2015].
- Moniz Bandeira, Luiz Alberto. *Fórmula para el caos, la caída de Salvador Allende (1970-1973).* Santiago: Debate, 2008.
- Moreno, Mario Isidro. «El Magallanes.» Punta Arenas, 2015. Disponible en: <http://www.slideshare.net/JosLAlonsoMarchante/mision-dawson-articulo-el-magallanes-15-11-2015> [20 de noviembre de 2015].
- O'Higgins, Bernardo. *Manifiesto del capitán general de Ejército don Bernardo O'Higgins a los pueblos que dirige.* Santiago: Imprenta de Gobierno, 1820. Disponible en: <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-98630.html> [16 de abril de 2016].
- Opazo Maturana, Gustavo; Balbontín, Manuel. *Constanza Nordenflycht en la vida de Diego Portales.* Santiago: Orbe, 1963.
- Oses, Darío. «El mito revivido.» *Nuestro.cl*. Disponible en: http://www.nuestro.cl/chilecronico/mito_mapuche1.html [1 de agosto de 2015].
- Parra, César. *Guía mágica de Santiago: Historias de fantasmas, duendes y brujas.* Santiago: RIL Editores, 2005.
- Peña Fletcher, Cristóbal. *Exclusivo: Viaje al fondo de la biblioteca de Pinochet.* Santiago, Centro de Investigación Periodística (Ciper), 6 de diciembre de 2007. Disponible en: <http://ciperchile.cl/2007/12/06/exclusivo-viaje-al-fondo-de-la-bibliotecade-pinochet/> [4 de abril de 2016].
- . «Los fantasmas que rodean la muerte de Salvador Allende.» *Ciper*, Santiago, 24 de mayo de 2011. Disponible en: <http://www.ciperchile.cl/2011/05/24/los-fantasmas-que-rodean-lamuerte-de-salvador-allende/> [20 de febrero de 2016].
- Pigna, Felipe. *Los mitos de la historia argentina.* Tomo 2: *De San Martín a «el granero del mundo».* Buenos Aires: Planeta, 2004.
- Pinochet Ugarte, Augusto. *El día decisivo, 11 de septiembre de 1973.* Santiago: Andrés Bello, 1979.
- Portales, Felipe. *Los mitos de la democracia chilena.* Volumen 1: *Desde la Conquista hasta 1925.* Santiago: Catalonia, 2004.
- Portales, Felipe. *Los mitos de la democracia chilena.* Volumen II: *Desde 1925 a 1938.* Santiago: Catalonia, 2010.
- Quevedo, Silvia; Durán, Eliana. «Ofrenda a los dioses en las montañas: santuarios de altura en la cultura Inka.» *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, N° 43, Santiago, 1992.
- «Reeditan diario de José Miguel Carrera que sigue en manos de Pinochet.» *El Mostrador*, Santiago, 2 de mayo de 2005. Disponible en: <http://www.elmostrador.cl/noticias/mundo/2005/05/02/reeditan-diario-de-jose-miguel-carrera-que-sigue-en-manos-de-pinochet/> [28 de febrero de 2016].
- Ríos Barrueto, Luis. *El niño inca: la verdadera historia del niño del cerro El Plomo.* Santiago: Colección Biblioteca del Bicentenario, Pehuén Editores, 2009.
- Rodríguez, Eugenio. *Constanza de Nordenflycht: la querida de Portales.* Santiago: Pehuén Editores, 2005.
- Salazar, Gabriel; Pinto, Julio. *Historia contemporánea de Chile.* Tomo I: *Estado, legitimidad, ciudadanía.* Santiago: Lom Ediciones, 2014.
- Salazar, Gabriel; Pinto, Julio. *Historia contemporánea de Chile.* Tomo II: *Actores, identidad y movimiento.* Santiago: Lom Ediciones, 2014.
- Sepúlveda, Alfredo. *Bernardo: una biografía de Bernardo O'Higgins.* Santiago: Ediciones B, 2007.
- . *¡Independencia!: siete crónicas históricas.* Santiago: Ediciones B, 2010.
- Silva, Osvaldo. *Atlas de historia de Chile.* Santiago: Universitaria, 1983.
- Síndromes culturales en el archipiélago de Chiloé: sobrepeso, mal, susto y corriente de aire.* Castro, Chiloé: Ministerio de Salud, Unidad de Salud Colectiva, Servicio de Salud Chiloé. Proyecto FONIS CONYCIT SA07120072, 2010.
- «Terremoto de 1960: 50 años del juicio por sacrificio humano en la Araucanía.» *Intercomuna*, 20 de mayo de 2010. Disponible en: <http://www.intercomuna.cl/2010/05/20/50-anos-del-juicio-porsacrificio-humano-en-la-araucania/> [12 de septiembre de 2015].
- Valdés, Ambrosio. *Carrera: revolución chilena y campañas de la independencia.* Santiago: Ediciones Cerro Manquehue, 2013.
- Valenzuela, Eduardo. *Maleficio: historia de hechicería y brujería en el Chile colonial.* Santiago: Pehuén Editores, 2013.
- Varios autores. «La momia del cerro El Plomo.» Mostny, Grete (ed.). *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, tomo XXVII. Santiago: Museo Nacional de Historia Natural, 1959.
- Vega Delgado, Carlos; Grendi Ilharreborde, Paola. *Vejámenes inferidos a indígenas de Tierra del Fuego.* Tomo II. Punta Arenas, Chile. Con el apoyo de la Corporación Nacional de Desarrollo Indígena del Gobierno de Chile, 2013.
- Verdugo, Patricia; González, Mónica. «El gran misterio de Salvador Allende.» *Página 12*, Buenos Aires, 31 de marzo de 2002. Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-3411-2002-03-31.html> [26 de febrero de 2016].

«Vuelven restos de indígenas muertos en zoológicos de Europa.» *La Nación*, Santiago, 2010. Disponible en: <http://www.lanacion.cl/vuelven-restos-de-indigenas-muertos-en-zoologicos-de-europa/noticias/2010-01-12/175344.html> [23 de noviembre de 2015].

Willoughby, Federico. *La guerra: páginas íntimas del poder, 19572014*. Santiago: Uqbar Editores, 2014.

INVITACIÓN

Este es primero que todo el libro de un escritor, que va descubriendo y sorprendiéndose con los hechos de su país. Y es desde esa posición que te propongo profundizar y leer a historiadores chilenos, a Alfredo Jocelyn-Holt, Gabriel Salazar, Jorge Pinto, Javier Infante, Felipe Portales o a Julio Pinto, entre otros. Piensa en este libro como en una invitación o una puerta hacia regiones de tu propia memoria, territorios inexplorados y llenos de riqueza, signo y símbolo donde podremos encontrarnos con nosotros mismos y entendernos mejor.

Edición en formato digital: junio de 2016

© 2016, Jorge Baradit
© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial
Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-956-262-486-2

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.